

***CAMINO DE
PERFECCIÓN***

(Códice de El Escorial)

SANTA TERESA DE ÁVILA

**Introducción de
Maximiliano Herráiz, OCD**

Editorial
Santa Teresa

COLECCIÓN:
TERESIANO-
SANJUANISTA
No. 3

©2006 by Editorial Santa Teresa

Ceres #36
Colonia Crédito Constructor
Delegación Benito Juárez
C.P. 03940 México, D.F.

e-mail: estocd@yahoo.com.mx

www.editorialsantateresa.org

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito del editor. Toda forma de utilización no autorizada será perseguida con lo establecido en la ley federal del derecho de autor. Derechos reservados conforme a la ley.

Este libro se terminó de imprimir el _____

Arte Gráfico
Fragonard No. 44
Col. Mixcoac, 03920 México, D.F.
Tel. Fax: 55-63-30-08
e-mail: impresoraideal@prodigy.net.mx

Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.

PRESENTACIÓN

Los místicos son el vértice de la conciencia cristiana y, por ello, sus experiencias y su doctrina son siempre actuales. A pesar de la distancia de tiempo y lugar en que ellos vivieron y escribieron, pueden orientar la existencia de los creyentes de todas las épocas. Ellos enseñan actitudes básicas para responder al Señor de la historia, que cuestiona e interpela en cada época. Los místicos tienen la misión de orientarnos en los vericuetos del itinerario hacia Dios, que abarca todas las dimensiones de la vida cristiana: la personal y la eclesial; las relaciones con Dios, con las personas y con las cosas; la oración y la acción. Por eso la lectura de sus escritos es especialmente iluminadora.

Con todo, sucede en ocasiones, que el lenguaje que utilizan para transmitirnos su mensaje puede dificultar su lectura y comprensión. Ellos son hijos de su época y, por tanto, expresan sus experiencias y transmiten su doctrina condicionados por la forma de hablar y de escribir de su tiempo. Las lenguas evolucionan, los modismos cambian, el significado de las palabras se modifica, algunas de ellas caen en desuso. En ocasiones, las personas se desaniman ante ese obstáculo.

La presente edición de los libros de Teresa de Ávila, primera Doctora de la Iglesia, sale al encuentro de esa dificultad para ayudar a superarla a quienes desean acercarse a una experiencia espiritual y una doctrina que han marcado profundamente la vida de la Iglesia en los cuatro últimos siglos. Para ello, se publica, con la autorización de su autora, la Sra. Ángela Nattero Ferrero, chilena, la adaptación al castellano actual que ella ha hecho de las Obras de santa Teresa. Ella nos habla en la introducción a su edición de la dificultad que encontró cuando comenzó a leer los escritos teresianos: “a veces había largos párrafos que tenía que reordenar para entenderlos, o palabras ya fuera de uso. Los escribía en mi lenguaje actual. ¡Qué pobre suena al lado del otro! Pero el procedimiento me ayudaba a entender mejor las luminosas ideas”.

Al editar esta adaptación de la Sra. Nattero, se quiere facilitar el acceso a todos los grandes libros teresianos para que los cristianos de hoy puedan aprovechar la riqueza humana y espiritual que nos transmiten. Después de un primer acercamiento a ellos en este lenguaje actualizado, será más fácil leerlos en el castellano del siglo XVI que ha hecho de santa Teresa una de las cumbres de la literatura castellana. “La grandeza y seguridad de su doctrina, el tono coloquial de sus escritos y la gracia y viveza de la narración” hacen insustituible el acceso a los textos originales una vez que uno ha logrado asimilar su contenido en una lectura hecha en un lenguaje más claro y actualizado.

Nuestra edición cuenta también con la riqueza de las introducciones que hace a cada una de las obras el P. Maximiliano Herráiz, uno de los mejores especialistas teresianos.

México, D.F., febrero de 2006

Fr. Camilo Maccise, ocd, Superior Provincial

INTRODUCCIÓN

LA ORACIÓN EN LA ESCUELA DE JESÚS

Fr. Maximiliano Herráiz, OCD

El hechizo se apoderó de los primeros lectores del *Libro de la Vida*. Pero también el miedo por la palabra inflamada de la carmelita, que había saltado ya también a la arena de la vida eclesial con la fundación de una nueva presencia religiosa femenina. Estaban ya en el círculo de sus primeros discípulos. Pero los tiempos les pedían extremada prudencia. De ahí el consejo apremiando a Teresa a empuñar de nuevo la pluma para satisfacer su apetito espiritual sin embarcarlos en un temido desaguisado, para educar al grupo aguerrido de mujeres que le siguen en su aventura fundacional: “Fue de suerte esta relación, que *todos* los letrados que la han visto –que eran sus confesores– decían que era de gran provecho para aviso de cosas espirituales y mandáronle que la trasladase e *hiciese otro librito para sus hijas* –que era priora– adonde les diese algunos avisos” (CC 53, 8). Así arranca su historia este segundo libro teresiano, pisando los talones del primero.

1. Génesis y proceso redaccional

1.1 La autora

Sus hermanas de comunidad, sabedoras del “mandato” de los amigos letrados, se unen ávidas, expectantes a ellos para doblegar la resistencia (¿?) de la madre. Teresa deja constancia de esto en las primeras palabras del prólogo: “las hermanas... me han tanto importunado les diga algo de ella [de la oración]..., que me he determinado a las obedecer”.¹ Amontona razones favorables: la entenderán mejor a ella “por el amor grande que me tienen”. Ella cuenta en su haber: ante todo “el amor y deseo” de su bien; “años y experiencia”. Por otro lado, los letrados, hay “cosas menudas” a las que “los letrados”, “por tener otras ocupaciones más importantes y ser varones fuertes, no hacen tanto caso” y a nosotras “nos pueden dañar” (pról 3).

No obstante sigue pensando que “es cosa tan desconcertada hacer yo esto” (pról 2). Habla de “vergüenza” y experimenta “confusión” escribiendo “mucho de lo que escribo” (25, 4). Le ayuda el ambiente en el que vive: priora y madre espiritual del grupo enfervorizado, ávido de saber de su vocación, abierto a la enseñanza de la madre, “años los más descansados de mi vida”, dirá un decenio después (F 1, 1; V 40, 21). Ella está viviendo en plena efervescencia mística. Se le abren horizontes ilimitados: “para algún gran fin las riquezas que el Señor ponía en ellas” (F 1, 6). De diálogos intensos y frecuentes surgió “el librito”, testimonio escrito de una realidad y unos deseos (13, 1). Memorial y profecía. Diálogo vivo² que se vacía ahora en los folios bajo el efecto de una gruesa de inspiración: “Mas ¡qué de cosas se ofrece en comenzando a tratar de este camino! ¡Ojalá pudiera yo escribir con muchas manos para que unas por otras no se me olvidarán!” (CE 34, 4).

¹ Pról. 1; “me habéis pedido” (4, 3); “me mandasteis” (42, 7). Cuando el lector se encuentre con esta sigla CE que sepa que remite a la primera redacción de *Camino*. Las demás citaciones corresponden a la 2ª, la que habitualmente se publica en todas las ediciones, originales y traducidas.

² 30, 7; 6, 5. 8.

Se pone a escribir sin saber “lo que he de decir”; “sin asiento”, con “tan poco lugar”, sin poder volver a leer lo escrito.³ Reconoce al mismo tiempo su incapacidad para escribir y la inspiración de Dios.⁴

1.2 El libro

Camino desborda con mucho el ámbito de sus directas y explícitas destinatarias: una comunidad contemplativa de mujeres. Es un auténtico manifiesto para una iglesia en pie de reforma, escrito por una mujer con una honda y ardiente pasión eclesial. En este sentido tiene razón el patrocinador de la primera edición, bastante defectuosa, al año de morir su autora: “Su espíritu [de Teresa] vive en la doctrina de este libro”. El ambiente social y, sobre todo, eclesial palpita en su gestación y nacimiento.

Un detenido y pormenorizado análisis interno del libro ha llevado al gran teresianista carmelita Tomás Álvarez a fechar su composición “como probable” en 1566. “En la datación está en juego la fijación de la evolución del carisma teresiano: la afirmación de su dimensión eclesiológica y la aparición del ideal misionero”.⁵ El censor de la primera redacción, llamada del Escorial (CE) porque en la biblioteca de este monasterio mandado construir por Felipe II se conserva, hizo bastantes correcciones. Pensó que así no estaba en condiciones de llegar a las destinatarias. En la aproximación al texto diré los puntos de crítica sobre los que se pronuncia Teresa. Posiblemente acomete esta segunda redacción inmediatamente, limando ciertas expresiones pero manteniendo firme la doctrina. Es la redacción de Valladolid (CV o simplemente C) porque el código teresiano se conserva en la comunidad de carmelitas descalzas de esta ciudad castellana. Es la que ha ganado las preferencias de los editores en la historia del teresianismo.

Tampoco ésta mereció no pocas correcciones. Se multiplicaron las copias deficientes. He aquí el testimonio de una carmelita de la primera hora, inteligente, muy querida de la madre fundadora: “Cuando venían [estas copias a manos] a sus manos [de Teresa], decía: Dios los perdone a mis confesores que dan lo que me mandan escribir, y ellos por quedarse con ello trasládalo y truecan algunas palabras, que ésta y ésta no es mía, y luego las borraba y ponía entre renglones de su letra”.⁶

Teresa decidió terminar con esta situación preparando la edición de *Camino*, y encomendando a un letrado que la “compusiera”, tercera redacción (CT porque se conserva en la comunidad carmelita de la ciudad imperial). Era capital para la transmisión del carisma, texto básico de formación del Carmelo, femenino ante todo. Según testimonio del patrocinador de la edición, don Teutonio de Braganza, arzobispo de Évora (Portugal), la autora le “pidió encarecidamente lo mandase yo imprimir”. Teresa misma le escribe: “La semana pasada escribí a v.s. largo y le envié el librito”.⁷ Apareció en 1583, siendo muy mal recibida. Hasta las monjas carmelitas se unieron al rechazo, “porque no oímos a nuestra santa madre”. Una cabeza de letrado se asomaba a las páginas del primer libro editado de la “madre de espirituales”.

1.3 Contenido del libro

³ Pról. 2; CE 22, 1; 19, 1. “El trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que había de decir” (42, 7).

⁴ 42, 6; CE 73, 5.

⁵ Así escribí en Introducción a *Camino de perfección*, Castellón, Centro de espiritualidad, 1981, p. 19.

⁶ *Procesos I*, BMC, t.18, Burgos, Monte Carmelo, 484-485.

⁷ Ct 22.7.79; 295, 1.

En diversos tiempos y documentos Teresa se refiere al contenido del “librillo”, por el tamaño en comparación al “grande”, el *Libro de la Vida*, hablando de “avisos”, “avisos y consejos”, “algunas cosas de oración”,⁸ de “contemplación”⁹ o, en el mismo prólogo, “algo de lo que al modo y manera de vivir que se lleva en esta casa” (1). La oración es la lección de este escrito teresiano: la oración, camino de perfección. Y, puesto que tiene ante sus ojos a un grupo de personas “de entendimientos tan desbaratados...que no hay quien los haga parar” (19, 2; 26, 2), que “no pueden recogerse”, voy a hablar de “unos principios y medios y fines de oración, aunque en cosas subidas no me detendré” (21, 4).

Pero hay otras formulaciones muy iluminadoras sobre el contenido de *Camino*. He aquí algunas: “Y así no os espantaréis de lo mucho que he puesto en este libro para que procuréis esta libertad” (19, 4). Y más adelante: “Todo lo que he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador” (32, 9). Donación total, disponibilidad a Dios “para que pueda poner y quitar como en cosa propia” (28, 12). Está llamándonos la atención sobre lo que constituye una de las piezas clave de su doctrina, la que llamaremos después pedagogía de la oración. Concluamos: *Camino* es un tratado de vida espiritual.

Concluyendo el libro escribe: “Ya habéis visto [que el Padre Nuestro] encierra en sí *todo el camino espiritual*, desde el principio hasta engolfar Dios el alma y darla abundantemente a beber de la fuente de agua viva, que dije que estaba al final del camino”.¹⁰

1.3.1 Estructura interna

De nuevo nos encontramos ante la finísima lógica teresiana. Nos la explica con cuidado para guiarnos en la lectura: “hasta aquí nos ha enseñado el Señor todo el modo de oración y contemplación...”. Continúa: “Ahora ya comienza el Señor a darnos a conocer los efectos” (37, 1). Si a éste aproximamos otro texto tendremos el esquema claro: “antes de hablar de la oración” presenta “algunas cosas que son necesarias tener para los que pretenden llevar camino de oración” (4, 3). Iniciaba así este capítulo: “Ya, hijas, habéis visto la gran empresa que pretendemos alcanzar”.

Luego visualizamos las partes de la estructura interna del libro señalando los capítulos:

1ª “Gran empresa” (1-3)

2ª Presupuestos de la oración o “virtudes grandes” (4- 23)

3ª Oración: naturaleza, desarrollo, exigencias (25-35)

4ª Efectos de la oración-contemplación (3-42).

Una breve pauta de lectura:

1ª (1-3): la “gran empresa” es ser buenos amigos de Jesús creando comunidad, iglesia doméstica con la vista puesta en el mundo en llamas. Comunidades contemplativas al servicio del reino.

⁸ Pról 1 ; 4, 3 ; CE 24,1.

⁹ 32, 9; 16, 1; CE 24, 3

¹⁰ 42, 5; cf 19, 14-15; 37, 1.

2ª (4-23): las “cosas tan necesarias”: La *humildad-verdad* te hace *libre para amar*. Estructura antropológica del hombre nuevo. Hay que empeñarse en esta reestructuración con “determinada determinación”. El 22 adelanta una presentación de la oración.

3ª (24-35): la oración, en su diversas partes, y el modo teresiano: la oración de recogimiento. La comunión eucarística es un momento privilegiado para esta oración.

4ª (36-42): efectos, en los que nos encontramos el crecimiento de las “virtudes grandes” que se habían presentado como presupuestos de la oración-relación amistosa con Jesús.

1.3.2 Contexto histórico

Camino es una gran ventana abierta al mundo social y eclesial. Llamativamente elocuente: la autora, que escribe para explicar la vocación religiosa a un grupo de mujeres “encerradas” para vivir al servicio de los demás en la contemplación, entra con decisión en cuestiones candentes del momento. Sin tener en cuenta este contexto histórico muchas páginas del libro resultarán indescifrables. En el centro del escenario está la mujer.

1.3.2.1 La mujer

Situación deplorable, de marginación absoluta y mínimo margen de movimiento. “Los jueces del mundo [son] todos varones”; las mujeres están “acorraladas”, “aborrecidas”, “no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa”, sin capacidad de “hacer cosa que valga en público”. Jesús, en cambio, las “favoreció con mucha piedad” y “halló en ellas tanto amor” y “más fe que en los hombres”. Por otro lado, “veo los tiempos que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres” (CE 4, 1). La reacción del “guardián de la fe” se despachó a gusto manchando el texto hasta volverlo ilegible. La ironía salta a raudales en muchas páginas teresianas sobre el “estatus” establecido de la mujer. En esta crítica dura sigue en los siguientes apartados, pues la mujer está en el punto de mira.

1.3.2.2 Los libros, la formación

El 1559 publicó la inquisición española un *Índice de libros prohibidos* que hirió profundamente a Teresa (V 26, 6). Teresa se pronuncia crítica y abiertamente contra esta decisión: “No os podrán quitar libros”.¹¹ El mismo sentido crítico tiene la exclamación: “¡Bendito sea el que nos convida que vayamos a beber en su evangelio!” (CE 31, 5). Teresa sabía, y por eso defendía su posición con tanta viveza, que la falta de formación hacía gravemente dependientes, seriamente manipulables a las mujeres. Lo que aparece con absoluta claridad en el siguiente apartado.

¹¹ 21, 4. Había escrito en el paralelo de CE 35,4: “No os podrán quitar libro que no os quede tan buen libro [el del Padre nuestro]”; “no os podrán quitar el paternóster y el avemaría” (CE 36, 4). Anotó el censor: “Parece que reprende a los inquisidores que prohíben libros de oración”. Vuelve al ataque en el último capítulo: “Y cuando nos quiten libros no nos pueden quitar este libro [el padre nuestro]” (CE 73, 4).

1.3.2.3 La oración

En este terreno se mueve con más soltura. Su ataque es más duro y más razonado, por mujer y por orante. Engloba a los dos epígrafes precedentes. Algunos “letrados” sólo permitían a las mujeres la oración vocal. La mental y más la contemplación “no es para mujeres”, “mejor es que hilen”, “no es menester estas delicadeces”, “basta el Paternóster y el Avemaría” (21, 2). Afirma: “Querría dar voces y disputar... con los que dicen que no es menester oración mental” (CE 37, 2). En la segunda redacción desaparece esta frase pero sigue descargando su batería con una dureza sorprendente: “Pienso que no os entendéis, y así queréis desatinemos todos; ni sabéis cuál es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplación, porque si lo supieseis, no condenaríais por un cabo lo que alabáis por otro”.¹² Son expresiones gruesas.

Excelente dialogante, se sitúa en el campo del “adversario” para disponer su pieza argumentativa: puesto que admitís que basta la oración *vocal* (adjetivo), voy a demostraros que, para que se salve la realidad y el concepto de *oración* (sustantivo) tiene que ser *mental*, *personal*. No hay oración *vocal* pura. Toda oración es mental, personal, o no existe: “si hablando estoy enteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios..., junto está oración mental y vocal”.¹³ Concluye: cuando así se procede –¿se puede orar de otro modo?– “primero que comencéis la oración vocal..., ocupéis harto tiempo en la mental” (21, 1).

Pero hay más: orando así vocalmente “es muy posible” que Dios os ponga en contemplación perfecta (25, 1 y tít). Ironiza: “no penséis”, “enemigos de los contemplativos”, que estáis libres de serlo, si las oraciones vocales rezáis como se han de rezar” (30, 7). En el fondo de toda esta situación latía una necesidad urgente: clarificar el concepto de oración, con la consiguiente pedagogía. Y a esta tarea se entregó Teresa poniendo en ello su enorme experiencia y su no menor capacidad de comunicación. Puesto que no hay pocos a quienes “el solo nombre de oración *atemoriza*” (24, 1) y piensan que es una “algarabía” (C 25, 3), lenguaje ininteligible, la maestra de oración entra en lid decidida a aclarar una cuestión que toca la entraña de la vocación cristiana, y ¡humana! Entramos así en el texto.

2. Oración y pedagogía

La escritora Teresa, ya consagrada por el primer fruto de su pluma, el *Libro de la Vida*, al que se refiere con bastante frecuencia en este segundo escrito, no cita, reasumiéndola, la descripción que en él nos dejó de la oración: “tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (V 8, 5). Propiamente no nos ofrece ninguna definición. Pero, como veremos, presenta la oración como escuela de la verdad de Dios y de sí mismo, como proceso de “conformación” de condiciones. Y se detiene en la explicación de la “alternativa” para quienes no pueden meditar: la oración de recogimiento. Y expone magistralmente la pedagogía de la oración. También aquí rompe moldes y se muestra original.

¹² 22, 2. “Hay *muchas* personas... que sólo el nombre de oración mental o contemplación parece las atemoriza” (24, 1). Estas personas “pintan peligros” y “ponen miedos” (21, 5); “opinión del vulgo” (21, 10). Quien así habla es “el mismo peligro, “falso profeta” (CE 73, 1). “No son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo” (21, 10).

¹³ 22, 1. Pone argumentos al servicio de sus hermanas (21, 10; 25, 3; 22, 3)

2.1 Qué es la oración

Afronta la cuestión en el capítulo 22 que lleva por título: “En que declara qué es oración mental”. Llama la atención que Teresa remande conscientemente cuestión tan importante hasta casi la mitad de su escrito. Y lo hace justificándose. “Antes que diga de la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración” (4, 3). Vuelve en el c. 16, 2 y lo termina escribiendo: “quiero tornar a lo que decía, que es declarar qué es oración mental y contemplación”. Pero inicia el 17 confesando que le “falta un poco”, y es hablar de la humildad. “*Comienza* a tratar de la oración” (19, tít), pero, ha vuelto a quedarse en la puerta. Lo reconoce al final del capítulo 20: “Mas qué de cosas se ofrecen en comenzando a tratar de este camino”, continuando en el inicio del siguiente: “no os espantéis, hijas, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje”.

Y así llegamos al c. 22 en el que verdaderamente aterriza centrándola en la relación interpersonal. De hecho termina con estas palabras: “ésta es oración mental..., *entender estas verdades*”. Una nueva lectura nos hace caer en la cuenta de estas verdades: Dios, la persona orante y “cómo haré que mi condición conforme con la suya” (7), comunión de amistad. En el capítulo 25 nos ofrece las tres formas *adjetivas* que pueden acompañar al *sustantivo* oración: vocal, mental, contemplación.

Comienza por la *contemplación*: Dios enseña “sin ruido de palabras”, de discurso, “suspendiendo las potencias”, incapacitándolas entonces para la actividad natural de diversidad de actos. “Es don del Señor” (25, 2). La *oración mental*: pensar y entender qué hablamos, y con quién hablamos y quién somos” nosotros (25, 3). Acción discursiva, pluralidad de actos, tanto del entendimiento como de la voluntad. “Rezar el Paternóster y el Avemaría, o lo que quisieréis, es *oración vocal*” (*ib*). E inmediatamente comienza a explicar con detenimiento la oración de recogimiento.

2.2 Oración de recogimiento

Parte de su experiencia: pasó “muchos años por este trabajo de no poder sosegar el pensamiento en una cosa” (26, 2). Por otro lado, confiesa que “nunca supe qué cosa era rezar con satisfacción, hasta que el Señor me enseñó este modo” (27, 9). Por eso exhorta encarecidamente a practicarlo: “no dejéis este modo” (35, 2). Piensa directamente en quienes no pueden meditar o “tener mucho discurso del entendimiento”.¹⁴ Se trata de un recogimiento “activo”, “se puede adquirir”, “no sobrenatural” (29, 4; *cf* 6-9), “excelente manera de meditación”, lo llama (4M 3, 3).

Soledad: “Ya sabéis que enseña Jesús que sea a solas; que así lo hacía él siempre que oraba”.¹⁵ La soledad no tiene valor en sí misma, sino “para entender con *quién* estamos” (24, 4). Tiene que estar “medida” por la persona que ora: soledad material, pero, sobre todo, *espiritual*, que es la que exige y *crea* la primera para que se produzca el encuentro, atendiendo siempre las disposiciones psicológicas del orante. *Soledad acompañada*: “buscad compañía”; “representad el mismo junto con vos”, “traerle cabe vos”.¹⁶ No se trata de estar a solas consigo mismo. Y en una actitud de escucha: “mirad con qué amor y humildad os está enseñando” (26, 1), “¿pensáis que se está callando? ...

¹⁴ 26, 2. En este grupo piensa (19, 2).

¹⁵ 24, 4. “Acostumbrarse a soledad es gran cosa para la oración” (4, 9).

¹⁶ 26, 1. “Ponerse en soledad y mirarle dentro de sí” (28, 2).

bien habla al corazón”; pensemos que somos “cada uno de nosotros a quien enseñó esta oración y *nos la está mostrando*” (24, 4).

En este marco de soledad, la maestra empieza diciendo lo que no es la oración:

- “no os pido que penséis en él”
- “ni que saquéis muchos conceptos”
- “ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones”. ¿Te resulta claro que esto no es oración, encuentro con él? No sale de sí quien piensa, sino quien ama, quien es “captado” por la presencia del otro. Por eso formula positivamente:
- “No os pido más de que le miréis”. Aquí sí que hay oración, encuentro: entran en juego las dos personas. Y para “facilitar” el acto de fijar los ojos en el Otro, Teresa nos ofrece tres rasgos del Amigo:
- “no quita los ojos de nosotros”
- “no está aguardando... sino que le miremos”
- “tiene en tanto que le miremos, que no quedará por diligencia suya”. Posiblemente en todos sus escritos no haya acumulado Teresa tanta riqueza en un solo número.¹⁷ Hay que saborear, interiorizar estas pinceladas con las que nos ofrece el perfil de nuestro amigo y maestro de oración.

Nos ofrece esta definición: “recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias y *se entra dentro de sí con su Dios*” (28, 4). No es el silencio interior personal, el vacío, sino el encuentro interpersonal lo que la identifica. Acentúa el tú con tú: “*estarme con él*” (28, 3), “como entendamos *estarnos con él*” y “de qué buena gana *se está con nosotros*” (29, 6), “*está sola el alma con su Dios*” (28, 5). De sí misma dice que en el momento de la comunión: “*Entrábase con él* (34, 8), y aconseja: “*estáos con él* de buena gana” (34, 11), “*entrarse en este paraíso con su Dios*” (29, 4). Apunte sugestivo, provocador, al que siguen unos consejos y la constatación de unos “bienes”.

2.2.1 “Ventajas”

Antes de hablar de frutos, de “ventajas” o ganancias de esta oración de recogimiento, recuerdo, porque define lo que es esta oración este texto teresiano: “Parece se entiende un fortalecerse y esforzarse el alma a costa del cuerpo y que ella le deja solo y desflaquecido, y ella toma allí bastimento para contra él” (28, 6). Fortalecimiento del espíritu, debilitamiento del sentido. Se va desplazando la vida del creyente del exterior al interior. Dominio progresión del espíritu, perceptible: “En haciendo una seña no más de que se quiere recoger, le obedecen los sentidos y se recogen a ella [el alma]”, “como abejas a la colmena” (28, 7); “como no hay embarazo (=impedimento) en lo exterior, *está sola el alma con su Dios*” (28, 8). “Hay gran aparejo para entenderse” (28, 4).

Se expresa también en forma de movimiento, de desplazamiento más rápido: “caminan por mar”, es decir se avanza mucho en el camino espiritual (28, 8), “viene con más brevedad a enseñarla su divino maestro” (28, 4). “Es mucho lo que se imprime el amor” (35, 1).

¹⁷ 26, 3. Cito con gusto en atención al lector estos dos: “viene a holgarse con nosotros” (28, 3): “la gana que tiene de darnos, y cuán de buena gana se está con nosotros” (29, 6). En *Moradas*: “el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros y andarnos rogando..., que nos queramos estar con él” (7M 3, 9).

2.2.2 “Medios”

De orden psicológico-humano y relacional o teologal. Al primero pertenecen: la recomendación de la lectura, tanto antes como en el mismo acto de la oración, si se necesita; la contemplación de una imagen que despierte la “devoción” o de la naturaleza. Recogerse con frecuencia, “porque deudo y amistad se pierde con la falta de comunicación” (26, 9). Con una actitud de suavidad y paciencia: se trata de volver a la casa de las relaciones con el esposo” tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento a andar a su placer..., que para que torne a tomar amor a estar en su casa, es menester mucho artificio” (26, 10).

Puesto que Dios ha hecho de nosotros su morada, nos inhabita, aconseja que nos “acordemos tenemos tal huésped dentro” (28, 10) y procuremos “desocuparnos de todo para llegarnos interiormente a Dios” (29, 5), y forcémonos “a nosotros mismos para estarnos cerca de este Señor” (29, 6). Insiste en la donación personal: “darle por suyo [este palacio interior] con toda determinación” (28, 12).

Al final de la exposición sobre la oración de recogimiento Teresa nos aconseja pronunciar este amén. “*Juntos andemos*, Señor; por donde fuereis, tengo de ir; por donde pasareis, tengo de pasar” (26, 6). El acto de oración, por ser encuentro amistoso, no termina en sí mismo: es acto de amistad, enraizado en y abierto a la vida. Vida en comunión.

2.3 Oración de quietud

Aunque Teresa ha dicho que “en cosas subidas no me detendré” (21, 4), sucumbe con gusto a la tentación, que ella misma se prepara introduciendo la “declaración” de las palabras del Padrenuestro “venga a nosotros tu reino”. “Si no dijeseis que trato de contemplación, venía aquí bien... hablar un poco de principio de pura contemplación”, “*oración de quietud*” (30, 7). En esta oración comienza Dios a darnos su reino. Le dedica el capítulo 31. Hago una breve presentación.

2.3.1 Descripción

“Ya es cosa sobrenatural”. Negativamente: “no podemos la procurar por diligencias que hagamos”. La “pone el Señor en su presencia”: “todas las potencias se sosiegan”, “entiende que está junto cabe su Dios”, “no entiende cómo lo entiende” (2). Acentúa el fortalecimiento del espíritu y el debilitamiento del mundo de los sentidos: “Es un amortecimiento interior y exterior, que no se querría el hombre exterior... bullir [=mover]”, “siéntese grandísimo deleite en el cuerpo y grandísima satisfacción en el alma” (3). “La voluntad es aquí la cautiva..., el entendimiento no querría entender [=ocuparse] más de una cosa, ni la memoria ocuparse en más... El cuerpo no querría se menease” (3).

A veces se intensifica este “asimiento” amoroso de la voluntad: “acaece un día o dos que nos vemos con esta satisfacción” y “deja a las otras potencias libres para que entiendan (=se ocupen) en cosas de su servicio” (4). Marta y María “andan juntas” (5).

2.3.2 Consejos

No se puede “prolongar” esta oración por propia voluntad. Aunque “bien es procurar soledad para dar lugar al Señor” (7). Y en el ejercicio de esta oración, “una palabra de rato

en rato”, “suave”, “como quien da un soplo en la vela” para reanimarla, no con “muchas palabras con el entendimiento”.¹⁸ Cuando el entendimiento y la memoria molesten, la voluntad “no haga caso del entendimiento más que de un loco” (8). Deliciosa comparación de esta oración: un niño “que aún mama cuando está a los pechos de su madre, y ella, sin que él paladee, échale la leche en la boca” (9). Invita a una correspondencia generosa: “Procuren irse desasiendo del todo del mundo”, o “responder en los servicios conforme a tan gran merced”.¹⁹ O, “haciéndose sordos”, muchos se vuelven pronto a sus oraciones y meditación, “y piensan que hacen mejor” (12). Apremia: “esto no hagáis”: “hacéis mucho más con una palabra de cuando en cuando del Paternóster, que con decirle muchas veces aprisa” (13).

2.3.3 Efectos de la contemplación

Cubre, como dije, la última parte del libro (36-42). Y podríamos decir, en general, que los recoge en las mismas “cosas necesarias” que constituyen su pedagogía de la oración, como enseguida diremos. Ofrezco una guía de lectura.

El amor que se hace perdón al hermano por las ofensas recibidas, “ya como cosa hecha”. Es llamativo que este contexto del amor al prójimo se refiera “a los trabajos de los contemplativos”.²⁰ La contemplación no hunde en el sueño, sino que despierta para la atenta vigilancia: “viendo [Jesús] que era menester despertarlos y acordarlos que tienen enemigos”, para que no se descuiden pone a continuación “y *no nos traigas, Señor, en tentación; mas líbranos de mal*” (37, 10). Y compone dos capítulos (38-39) sobre las tentaciones de los contemplativos, de las que desean ser librados y de las que no. No desean ser librados de los “trabajos ni de las tentaciones ni persecuciones y peleas, que éste es otro efecto muy cierto y grande de ser espíritu del Señor y no ilusión, la contemplación” (38, 1). Sí piden ser liberados de unos enemigos “muy traidores” “que vienen disfrazados” y “que nos andan bebiendo la sangre y acabando las virtudes, y que nos “esconden la luz y la verdad” (2). Por ejemplo “creer que tenemos virtudes no las teniendo” (4). “No tenemos nada que no lo recibamos” (6).

Y, por el extremo opuesto, puesto que acaba el capítulo 38 afirmando que “el verdadero humilde siempre anda dudoso en virtudes propias y muy ordinariamente le parecen más ciertas y de más valor las que ve en sus prójimos”, dedica unos números del capítulo siguiente a las “humildades falsas” de los propios pecados: la verdadera humildad “no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma..., sino que viene con paz y regalo y sosiego... La dilata [a la persona] y hace hábil para servir más a Dios” (39, 3).

Concluye hablando (c. 40-41) del amor y temor como frutos de la contemplación: “Amor y temor: que el amor nos hará apresurar los pasos; el temor nos hará ir mirando adónde ponemos los pies para no caer” (40, 1). Para el discernimiento del amor: “hay unas señales que parecen los ciegos las ven”;²¹ “quienes de veras aman a Dios..., no aman sino verdades”, “contentar al amado”, porque “andan muriendo porque los ame” (3). Escribe aquí Teresa unos números extraordinarios sobre el humanismo cristiano en el

¹⁸ n.7. Más adelante: “si el entendimiento o pensamiento..., a los mayores desatinos del mundo se fuere, riase de él, y déjelo para necio, y estése en su quietud” (10).

¹⁹ n.11.El capítulo siguiente, el 32, hay que leerlo en esta clave de correspondencia: “darnos del todo al Criador y poner nuestra voluntad en la suya y desasirnos de las criaturas”. “Porque sin dar nuestra voluntad del todo al Señor...nunca deja beber en ella”. Se refiere a la fuente que significa la contemplación (9).

²⁰ 36, 8, nota 4. Fino análisis hasta el final del capítulo. Hará bien una atenta y reposada lectura.

²¹ 40, 2. “Siempre el amor es mucho, o ellos no serán contemplativos” (40, 4).

capítulo 41, conjugando el amor y el temor, para evitar encogimientos y escrúpulos y potenciar “el andar con libertad” en el trato con los demás, aunque sean personas “distráidas”: con “tanto encogimiento y apretura” se atemorizan “y huyen del camino que vos lleváis” (5). Concluye: “Mientras más santas, más conversables con sus hermanas”, “si queremos aprovechar”, “que es lo que mucho tenemos que procurar” (7), y que “deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen ni amedrenten de la virtud” (7). Su argumento se apoya siempre sobre Dios que “no mira tantas menudencias como vosotras pensáis”.²²

También es un gran efecto de la contemplación el deseo del encuentro definitivo con el Amigo. “El pedir esto con deseo grande y toda determinación es un gran efecto para los contemplativos de que las mercedes que en la oración reciben son de Dios” (42, 3).

2.4 Pedagogía de la oración

La pedagogía de la oración no es sino la traducción práctica del “concepto” que se tiene de la oración. En el caso de Teresa este elemental principio adquiere una dimensión esencial. Lo revela desde la primera línea del capítulo 4: “Ya habéis visto la gran empresa que pretendemos ganar, ¿qué tales habremos de ser...? La pedagogía de la oración tiene que tener como objetivo la recreación del yo. Teresa lo afronta con tres “cosas tan necesarias” que el aprendiz de “orante” no se quede en “practicante”: “La una es amor de unas con otras; otra, desasimiento de todo lo creado; la otra, *verdadera* humildad”. La única adjetivada –¡y bien!–, y a la que se añade una coletilla reveladora: “que aunque la digo a la postra [al final], es la principal y las abraza todas”²³ (4, 4). Con lo que podemos formular la consigna: *La humildad-verdad te hace libre para amar*. Son las notas que caracterizarán al hombre nuevo. Y como de una auténtica re-creación se trata, hay que empeñarse con una “determinada determinación”²⁴. A este planteamiento llama la doctora mística “concertar las piezas”. Había escrito en la primera redacción: “Y no os parezca mucho todo esto, que voy entablando el juego... Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego del ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate” (CE 24, 1). Asegurando en el momento de su presentación que “son tan necesarias que, sin ser muy contemplativas [sin tener formas místicas de oración], podrán estar muy adelante en el camino del Señor; y es imposible, si no las tienen, ser muy contemplativas [muy amigas de Dios], y cuando pensaren lo son, están muy engañadas” (4, 3).

Todos estos capítulos hay que leerlos, para entenderlos convenientemente, en clave cristológica, del “hombre nuevo”. Don y exigencia de la “semejanza” de amistad con nuestro Dios. La santa presenta estas cosas necesarias desde la cima de su realización en “las almas reales”, a la vez, requisitos para la amistad con Dios y fruto de la misma, constructoras también de la comunidad, de la nueva familia de los hijos de Dios.

2.4.1 Amor (4, 6-7)

²² n.8. Ya había escrito: “para tomarnos cuenta no es nada menudo, sino generoso” “no es nada delicado mi Dios: no mira en menudencias”; “para pagarnos es tan mirado, que no hayáis miedo que un alzar de ojos con acordarnos de él deje sin premio” (23, 3).

²³ 4, 4. En CE dice, apoyándose en el juego del ajedrez, que “la dama es la que más guerra le puede hacer en este juego... Y no hay dama que así le haga rendir como la humildad; ésta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas” (24, 2).

²⁴ De la que habla con frecuencia y a la que dedica el capítulo 23.

Destaca algunos rasgos más salientes del amor “puro espiritual”, “virtuoso” c. 6-7:

a) *Liberador*, de las servidumbres del egoísmo o de la libertad frágil, protegida. Señala también la trampa de un amor “cerrado”, posesivo en la doble dirección; un amor que libera y dinamiza a la persona para su realización fundante, nativa: la unión con Dios. Escribe: “porque estas amistades grandes pocas veces van ordenadas a ayudarse a amar más a Dios..., que cuando es para servir más a su Dios, luego se parece [=se muestra o revela] que no va la voluntad con pasión, sino procurando ayuda para vencer otras pasiones”. Concluye: “y de estas amistades querría yo muchas” (4, 6). Y que abre también al amor a todos, un amor comunicativo, abierto, aunque no alcance la forma de la realización con la persona “amiga”. Amor abierto en todas las direcciones y con la misma hondura e idéntico objetivo.

b) *Desinteresado, gratuito*, “sin poco ni mucho de interés propio” (7, 1). Mira el bien del prójimo, o, cuando a Dios se refiere, “por solo servir a su Cristo crucificado” (4M 2, 10). Amor que “va imitando al capitán del amor, Jesús”.²⁵ Gratuito hasta el límite de desear “los trabajos” del amigo y que “el mérito y ganancia que hay en padecer pudiese todo dárselo” (7, 3)

c) *Crítico*, en el que la corrección fraterna ocupa un puesto destacado: “no le sufre el corazón tratar con ellos [con los amigos] doblez, porque si les ven torcer el camino, luego se lo dicen...; no pueden consigo acabar otra cosa”. Por eso asegura que quienes así aman “aprovechan tanto”, “ganan muy mucho los que tienen su amistad” (7, 4). Un amor que ayuda a crecer. El hermano es una “mina” que hay que trabajar (6, 8).

d) *Teologal*, porque tiene la verdad de Dios y de la propia vocación humana fundamental, como principio y horizonte. Dice Teresa: “Estas personas” “no se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan, bien que aplice a la vista...; mas para *detenerse* en ello, no; digo detenerse, de manera que *por* estas cosas les tengan amor”.²⁶

2.4.2 Desasimiento (8-14)

Término que hay que entender a la luz de su antónimo, asimiento: “abrazarse con solo el Criador” (8, 1), “determinadamente se abraza el alma con el buen Jesús” (9, 5). “Asidas a solo él”.²⁷ Nos emplaza a sus hermanas con un dilema: “O sois esposas de tan gran rey, o no” (13, 2). La negación recibe todo su valor de la opción que se quiere vivir. En la exposición, la maestra de oración abre tres círculos concéntricos de fuera a dentro: la relación con las personas, con el propio cuerpo, digamos del yo más superficial, y del yo más íntimo pendiente de la propia imagen, “de la negra honra”, que vendría a ser la negación absoluta de la apertura amistosa, del reconocimiento y aceptación del otro, cuando con una autoestima desbordada y falsa, de apropiación, en el mejor de los casos, de unas cualidades recibidas para la común edificación, “prestadas” exige la pleitesía de todos. “Ladrón de sí mismo” y de los otros (10, 1).

²⁵ 6, 9, nota 10; cf 7, 4.

²⁶ 6, 4. Para la comprensión de estas palabras, ya de por sí sumamente claras, puede leerse 6, 8. Para empezar el camino del amor, recuerda unos “medios” de extraordinario alcance para la convivencia. Basta fijarse en los verbos que utiliza: 7, 5-11.

²⁷ “Libres quiere Dios a sus esposas, asidas a solo él” (Ct 30. 5. 81; 433, 11).

2.4.3 Humildad (15-17)

Las lindes entre el desasimiento-liberación y la humildad no las contempla bien definidas: “aquí puede entrar la verdadera humildad, porque esta virtud y estotra [el desasimiento] pareceme andan siempre juntas; son dos hermanas que no hay para qué las separar” (10, 3). Esto lo muestra en la exposición. He dividido los capítulos sin mayor precisión, pero apoyado en esta palabra de la autora. Se bañan en la misma verdad: “qué es lo que es y qué es lo que no es” (15, 5). Concretiza en el título del c. 17: “el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare Dios”. Y teniendo en cuenta que todo camino desemboca, al tiempo que parte de la verdad indiscutible, por esencial: “servid al Huésped” (17, 6). Todo adquiere valor por la conexión que existencialmente establece con Cristo. La humildad adquiere una particular relevancia como disponibilidad absoluta para aceptar el protagonismo de Dios en nuestra vida. Esto es realizar o alimentarnos de su voluntad. Recorro al texto de referencia obligada de *Moradas*: Dios es “tan amigo de esta virtud de la humildad” porque “Dios es la suma verdad, y la humildad es andar en verdad”, “dando a Dios lo que es suyo y a nosotros lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad”. Luego “andemos en verdad delante de Dios y de las gentes” (6M 10, 7-8).

Hablando de la comunidad, cuando todavía no ha terminado la exposición de las “cosas necesarias”, ya adelanta una conclusión que puede impulsar al lector a entregarse a la tarea que se le ofrece: “Esta casa es un cielo..., para quien se contenta sólo de contentar a Dios y no hace caso de contento propio”. Abre el otro posible camino de “perdición”: “en queriendo algo más, se perderá todo... Y alma descontenta es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar, le da en rostro” (13, 7).

3. Jesús, Maestro y Amigo

El catecismo de oración, verdadero tratado de vida espiritual –“encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio hasta engolfar Dios al alma y darla abundantemente a beber de la fuente de agua viva” (42, 5)– es una constante llamada a centrarnos en Cristo, “el que nunca tornó de sí” (35, 3), “que todo lo hizo cumplido” (3, 8), y que “ahora” “tan apretado le traen” (1, 2). “Los ojos en vuestro Esposo” (2, 1), “buenos amigos” (1, 2) pueden ser la consigna de vida para “la gente escogida” defensora de la obra de Jesús. Su vida fue “una continua muerte” (42, 1), “capitán del amor” (6, 9), mostrándonos el amor “con tantas obras” (42, 7). Jesús “a trueque de hacer vuestra la voluntad [del Padre] y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos” (33, 4). Teresa os abre el alcance significativo de la eucaristía: Jesús pide al Padre que este “hoy” de la historia “se lo deje pasar en servidumbre”, signo supremo de amistad: “estarse aquí con nosotros para más gloria de sus amigos” (34, 2).

“Desposados todos con él por el bautismo” (CE 38, 1), “o somos esposas de tan gran rey o no...” (13, 2), vivimos para “morir por Cristo” (10, 5). No desvirtuemos la cruz de Cristo exigiendo que esté “puesta en razón” cuando ninguna razón había “para que él sufriese” (13, 1). Aun cuando ni de lejos nos acercaremos a lo que él sufrió por nosotros (15, 7), “¿qué mejor amistad que querer lo que quiso para sí para vos...?” (17, 7). Puesto que “todo el daño nos viene de no tener los ojos en Vos” (16, 7), abracémonos “determinadamente con él” (9, 5). En la comunidad, cada miembro debe mirar con atención que “todo sea servir al Huésped” (17, 6). Cuando se crean “bandillos” o se

fomenta el “deseo de ser más, o puntito de honra”, “teman que han echado al Esposo de casa” (7, 10). Y, ¿qué es la iglesia doméstica o la universal sin él?

***CAMINO DE
PERFECCIÓN***

SANTA TERESA DE ÁVILA

Jhs

PRÓLOGO

1. Sabiendo las hermanas de este monasterio de san José que el padre fray Domingo Bañes, de la orden de santo Domingo, actualmente mi confesor, me había dado licencia para escribir algunas cosas de oración –en las que parece podré atinar, por haber tratado con muchas personas espirituales y santas–, me han insistido mucho que lo haga, por tenerme tanto amor. Aunque hay muchos libros que tratan de esto, escritos por gente que sabe bien lo que escribe, parece que la voluntad hace aceptables algunas cosas imperfectas e incompletas, más que otras muy perfectas; como digo, ha sido tanto el deseo y la insistencia que he visto en las hermanas que me he decidido a hacerlo, pensando que gracias a las oraciones y humildad de ellas el Señor me permitirá que acierte a decir algo que les aproveche, y me lo dará para que se los dé. Si no acertare, el padre que nombré, quien lo ha de ver primero, lo quemará, y yo no habré perdido nada en obedecer a estas siervas de Dios, y verán lo poco que tengo de mí cuando Su Majestad no me ayuda.

2. Pienso escribir sobre algunos remedios para las tentaciones de las religiosas, y sobre el propósito que tuve al fundar esta casa para que alcanzase la perfección con que se está llevando; y sobre todo aquello que el Señor me dé a entender, según vaya entendiendo y acordándome. Como no sé lo que será, no puedo decirlo ordenadamente. Que el Señor ponga sus manos en todo lo que hiciere, para que sea conforme a su voluntad, pues éstos son siempre mis deseos, aunque mis obras sean tan imperfectas como lo soy yo.

3. Sé que no falta en mí el amor y el deseo de ayudar en lo que yo pueda a que las almas de mis hermanas adelanten mucho en el servicio del Señor. Este amor, junto con mis años de experiencia en algunos monasterios, podrá ser útil para atinar en las cosas más menudas, más que los letrados, los cuales, por tener otras ocupaciones más importantes y ser varones fuertes, no hacen tanto caso de cosas que en sí no parecen nada. Pero a cosa tan débil como somos las mujeres todo nos puede dañar, porque son muchas las sutilezas del demonio contra las que están muy encerradas, las cuales ven que es necesario conocer armas nuevas. Yo, como persona ruin que soy, no me he sabido defender, y por eso querría que mis hermanas aprendiesen de mis errores. No diré nada que no haya experimentado en mí misma o en otras personas, o que no me sea dado a entender por el Señor en oración.

4. Hace pocos días escribí una relación de mi vida. Como es posible que mi confesor no quiera que la leáis vosotras, repetiré alguna de las cosas que allí digo sobre la oración, y otras que también me parecen necesarias. Que el Señor lo ponga por su mano, como le he suplicado, y lo ordene para su mayor gloria, amén.

Capítulo 1

DE LA CAUSA QUE ME MOVIÓ A HACER ESTE MONAS-
TERIO CON TANTA ESTRECHEZ, Y CÓMO SE DEBEN
DESCUIDAR DE LAS NECESIDADES TEMPORALES,
Y DEL BIEN DE LA POBREZA.

1. Cuando se comenzó a fundar este monasterio por las causas que ya tengo escritas en el libro que dije,²⁸ junto con algunas de las grandezas de Dios, que dio a entender que se habría de servir mucho en esta casa, no era mi intención que hubiese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese tan pobre; antes, quería que hubiese la posibilidad de que no faltara nada. Pero, como endeble y ruin que soy, llevaba más buenas intenciones que resultados.

2. Cuando vine a saber los daños causados en Francia por los luteranos, y cuánto crecía esta desventurada secta, me angustié mucho, y como si yo pudiera hacer algo, o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Me parecía que daría mil vidas para salvar un alma de las muchas que veía perderse; y como me ví mujer y ruin, e imposibilitada de hacer nada de provecho en el servicio del Señor, toda mi ansia era –y aún lo es– que, puesto que tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos. Así decidí hacer lo poquito que puedo y está en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección posible, y tratar que las poquitas que están aquí hagan lo mismo, confiadas en la gran bondad de Dios que nunca deja de ayudar a quien se decide a dejarlo todo por Él. Pensaba que, siendo ellas tales como yo deseaba que fueran, no tendrían fuerza mis faltas frente a sus virtudes, y podría yo lograr que todas, ocupadas en orar por todos los predicadores y letrados que son defensores de la Iglesia, ayudásemos a este Señor mío. Los que han recibido de Él tanto bien, le tienen muy afligido, tanto que parece quisieran volver a ponerlo en la cruz, sin tener dónde reclinar la cabeza.

3. ¡Oh, Redentor mío, mi corazón no puede llegar aquí sin angustiarse mucho! ¿Qué pasa ahora con los cristianos? ¿Siempre han de ser ellos los que más os agobien? A los que mejores obras hacéis, los que más os deben, los que escogéis para amigos vuestros, entre los cuales andáis y os comunicáis por medio de los sacramentos, no tienen suficiente, Señor de mi alma, con los tormentos que os dieron los judíos.

4. Por cierto, Señor, ahora no hace nada quien se aparta del mundo; si a Vos os tienen tan poco afecto, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos que nos quieran más? ¿Por ventura hemos hecho mejores obras para que los cristianos nos guarden amistad? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial? Porque aquéllos son ya del demonio. ¡Buen castigo han ganado por sus manos y bien han conquistado con sus deleites el fuego eterno! ¡Allá ellos! Aunque no se me deja de quebrar el corazón al ver tantas almas que se pierden; querría no tener que ver cómo se pierden más cada día.

5. ¡Oh, hermanas mías en Cristo! Ayudadme a suplicarle esto; para esto os juntó aquí el Señor; éste es vuestro llamado; éstos han de ser vuestros intereses; éstos han de ser vuestros deseos; aquí estén vuestras lágrimas; éstas deben ser vuestras peticiones, y no, hermanas mías, por asuntos del mundo. Me río y me aflijo de las cosas que vienen a

²⁸ *Vida*, c. 32-36.

encargarnos aquí; hasta que roguemos a Dios por negocios y pleitos por dineros: yo querría suplicar a Dios que los hiciese fracasar todos. Ellos tienen buena intención, y los encomiendo a Dios por decir verdad, pero creo que nunca me oye. El mundo está ardiendo, quieren volver a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios y quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y vamos a gastar tiempo en cosas que, si Dios se las diere, tendríamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios asuntos de poca importancia. Por cierto que, a menos que no sea para compadecernos de la flaqueza humana que pide ayuda para todo, está muy claro que no son éstas las cosas que hemos de suplicar a Dios en san José.

Capítulo 2

QUE TRATA DE CÓMO SE DEBEN DESPREOCUPAR DE LAS NECESIDADES CORPORALES, Y DEL BIEN DE LA POBREZA.

1. Y no penséis, hermanas mías, que por eso os ha de faltar de comer, os aseguro. Jamás pretendáis sustentaros por artificios humanos, porque moriréis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro Esposo: Él os va a sustentar. Si Él lo desea, os darán de comer, aunque no lo quieran; lo harán al menos vuestros devotos, como lo habéis visto por experiencia. Si haciendo esto, vosotras murieseis de hambre, bienaventuradas las monjas de san José. Aquí os digo yo que vuestras oraciones serán bien recibidas, y haremos algo de lo que pretendemos. Que esto no se os olvide, hijas mías, por amor del Señor; si dejáis las rentas, dejad la preocupación por la comida, si no, todo va perdido. Los que el Señor quiere que tengan renta, pueden tener, enhorabuena, esos cuidados, y con razón, porque ése es su llamado; pero en vosotras, hermanas, es disparate.

2. Me parece que sería cuidarse de rentas ajenas el estar pensando en lo que otros gozan; no cambia el otro, por vuestra preocupación, su pensamiento, ni le nace el deseo de dar limosna. Dejad ese cuidado al que los puede mover a todos, al que es Señor de las rentas y de los que las tienen. Por su mandamiento venimos aquí; sus palabras son verdaderas: no pueden faltar, antes faltarán el cielo y la tierra.²⁹ No le faltéis vosotras, y no tengáis miedo que os falte. Y si alguna vez faltare, será para mayor bien, como faltaban las vidas a los santos y les cortaban la cabeza, y era para darles más y hacerlos mártires. Buen trueque sería acabar luego con todo y gozar de los bienes perdurables.

3. Mirad hermanas que importa mucho esto, y os lo dejo escrito para cuando esté muerta; con el favor de Dios, mientras viviere os lo recordaré, porque por experiencia conozco la gran ganancia: cuando menos hay, más despreocupada estoy. El Señor sabe que me da más pena cuando nos dan mucho que cuando no hay nada: ya he visto que luego el Señor da lo necesario. Otra cosa sería engañar al mundo: hacernos pobres y no serlo de espíritu, sino sólo en lo exterior. Se me haría un cargo de conciencia. Me parece que sería como robar lo que nos dan, porque es como si los ricos pidiesen limosna. Quiera Dios que no sea así, porque donde hay demasiada preocupación para que den, en cualquier momento la costumbre puede hacer que se pida lo que no hace falta a los que tienen más necesidad. Y aunque éstos no pierden, sino que ganan, nosotras perderíamos. No quiera Dios, mis hijas, que esto suceda; preferiría en ese caso que tuvieseis renta.

4. De ningún modo debe ocuparse en esto el pensamiento. Esto os pido yo, por amor de Dios, como una limosna; y la más chiquita de vosotras, si alguna vez viese esto en esta casa, clame a su Majestad y hágalo presente a la superiora, diciéndole con humildad que está equivocada. Y lo está tanto, que poco a poco se perderá la verdadera pobreza. Yo espero en el Señor que no será así, ni abandonará a sus siervas; y puesto que me lo han mandado, sea de algún provecho este aviso de esta pecadorcilla de despertador.

5. Y crean, mis hijas, que el Señor me ha dado a entender un poquito acerca de los bienes que hay en la pobreza de espíritu. Y vosotras, si os detenéis a pensarlo, lo entenderéis; no tanto como yo, porque a pesar de haber hecho la profesión de ser pobre de espíritu, no lo era, y era más bien loca de espíritu. Es un bien que encierra en sí todos

²⁹ Lc 21, 33.

los bienes del mundo, y creo que también mucho de todas las virtudes. En esto no insisto, porque no sé el valor que tiene cada una de ellas, y no diré lo que no estoy segura de entender bien; pero creo que abarca muchas. Es un señorío grande; digo que es señor de todos los bienes del mundo el que no los toma en cuenta para nada, y si dijese que se enseñoa sobre todo el mundo, no mentiría. ¿Qué se me da a mí de los reyes y señores si no quiero sus rentas, ni me interesa tenerlos contentos si se me presenta la más pequeña ocasión de contentar más a Dios? Acabaríamos con todo, porque creo que honras y dineros casi siempre andan juntos, y quien quiere honras no aborrece el dinero, y a quien aborrece dineros no se le da nada de honras.

6. Entiéndase bien que esto de la honra me parece que siempre trae consigo algún interesillo de tener rentas y dineros; porque raras veces, más bien nunca, se honra a alguien si es pobre. Por el contrario, aunque sea honrado en sí, se le tiene poco en cuenta. La verdadera pobreza trae consigo una inmensa honra, que existe sólo frente a Dios; no es necesario contentar a nadie más que a Él, y es cosa muy cierta el tener muchos amigos cuando no se necesita a nadie: lo sé por experiencia.

7. Como se ha escrito tanto acerca de esta virtud, de la que no logro entender todo ni menos decirlo, confieso que estaba tan absorta en ello que no me había dado cuenta hasta ahora de lo inútil que es hablar de ella. Ahora que lo he advertido, callaré; pero lo que está dicho, queda dicho si es para bien. Y puesto que la santa pobreza es nuestra arma, la que al principio de nuestra Orden tanto estimaban y guardaban nuestros padres (me han dicho que ni de un día para otro guardaban nada), ya que no la guardamos con tanta perfección en lo exterior, procuremos tenerla en lo interior. Por un par de horas de vida es grandísimo el premio; y aun cuando no hubiera ningún otro beneficio que el cumplir lo que nos aconsejó Cristo, es grande la recompensa.

8. Éstas deben ser nuestras armas y nuestras banderas en todo momento: en casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en el pensamiento. Y mientras hagan esto, no tengan miedo de que la religión se debilite en esta casa, con el favor de Dios, porque, como decía santa Clara, grandes muros son los de la pobreza. Con éstos, decía ella, quería rodear su monasterio; y seguramente, si en realidad la pobreza se guarda, la honestidad y lo demás estarán más fortalecidos que en muy suntuosos edificios. Cuídense de esto, por amor de Dios, y por Su sangre se lo pido yo.

9. Muy mal me parece, hermanas mías, que con los bienes de los pobrecitos se hagan grandes casas; no lo permita Dios, sino que la nuestra sea pobrecita y chica. Parezcámonos en algo a nuestro Rey, que no tenía casa, sino que su nacimiento fue en el portal de Belén. Los que las construyen, ellos sabrán, yo no los condeno; tienen otros propósitos. Pero a trece pobrecitas cualquier rincón les basta. Si por el mucho encierro necesitan campo y ermita para apartarse a orar, sea enhorabuena, pues nuestra miserable naturaleza tiene necesidades; pero ni edificio, ni casa grande, ni nada: Dios nos libre. Acuérdense siempre que todo se ha de caer el día del juicio: ¿sabemos si será pronto?

10. Entonces, no es bueno que, al caerse, doce pobrecillas hagan ruido, porque los pobres nunca hacen ruido. Los verdaderos pobres, deben ser gente sin ruido para que les tengan lástima. ¡Y cómo se alegrarán si ven a alguno librarse del infierno gracias a la limosna que de él han recibido! Esto es tan posible, que están muy obligadas a rogar continuamente por las almas de quienes les dan de comer; el Señor también quiere,

aunque sea Él quien nos lo da, que le roguemos por los que nos lo dan por Él, y no deben descuidarse en esto.

No sé lo que comencé a decir, pero me he alegrado, y creo que lo ha querido Dios, porque nunca pensé escribir lo que dije. Su Majestad nos tenga siempre de su mano para no caernos, amén.

Capítulo 3

QUE PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA.

1. Volviendo al principal motivo por el cual el Señor nos juntó en esta casa, deseo mucho que lleguemos a ser algo para que contentemos a Su Majestad; porque veo tan grandes males que las fuerzas humanas no bastan para atajar este fuego (aunque se ha pretendido con las fuerzas de las armas remediar tan gran mal, que sigue aumentando). Me parece que es necesario actuar como cuando en tiempo de guerra los enemigos invaden la tierra, y viéndose perdido el señor de ella, se recoge en una ciudad a la que fortalece muy bien. Desde allí ocurre alguna vez que logra herir a los contrarios, y siendo los que están en el castillo gente escogida, pueden más ellos a solas que con muchos soldados, y muchas veces se logra de esta manera la victoria. Por lo menos, aunque no ganen, no los vencen; porque como no hay traidores, sino gente escogida, si no es por hambre no los pueden vencer. Acá no puede haber tanta hambre como para que se rindan; pueden morir, sí, pero no quedar vencidas.

2. Pero ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que debemos pedir a Dios es que en este castillito de buenos cristianos que ya se ha levantado, no haya ningún traidor, sino que Dios los tenga a todos de sus manos; que a los capitanes de este castillo o ciudad, que son los predicadores y teólogos, los haga adelantar mucho en el camino del Señor; y como hay muchos en las profesiones religiosas, que progresen mucho en su perfección y entrega, lo que es muy necesario, porque, como ya he dicho, nos ha de ayudar el brazo eclesiástico y no el seglar. Y puesto que no tenemos ninguna otra manera de ayudar a nuestro Rey, tratemos de ser tales que nuestras oraciones valgan para ayudar a estos siervos de Dios que con tanto trabajo se han preparado, con estudios y dedicación, para servir al Señor.

3. Puede ser que os parezca que insisto demasiado en esto, hablando de ayudar a los que son mejores que nosotras. Yo os diré por qué: es porque no creo que entendáis todavía lo mucho que debéis a Dios por haberos traído a un lugar donde estáis tan protegidas de preocupaciones, y de ocasiones, y de tratos con las gentes. Es ésta una gran merced que no tienen los que he nombrado, ni es bueno que la tengan, en estos tiempos menos que en otros, porque deben ser ellos quienes estimulen a la gente y den ánimo a los pequeños. ¡Buenos quedarían los soldados sin capitanes! Deben vivir entre los hombres, y tratar con los hombres, y estar en los palacios, y hasta adecuarse en lo exterior a la vida de los palacios. ¿Pensáis, hijas mías, que es fácil tratar con el mundo y vivir en el mundo y tratar asuntos del mundo y adecuarse, como he dicho, a la conversación del mundo, y en lo interior permanecer extraños al mundo y enemigos del mundo y estar en él como en el destierro, y, en fin, ser no hombres sino ángeles? De no ser esto así, no merecerían el nombre de capitanes, ni permita Dios que salgan de sus celdas, pues harían más daño que provecho; porque no es ahora el momento para que muestren imperfecciones los que deben enseñar.

4. Y si en lo interior no están fortalecidos para entender lo mucho que importa el tenerlo todo a sus pies, y a la vez estar desasidos de las cosas que se acaban y asidos a las cosas eternas, habrá señales que los delaten, por mucho que hagan. Y no piensen que el mundo les va a perdonar, ni dejará pasar cosas imperfectas. Muchas cosas buenas se les pasarán por alto, y hasta puede ser que las juzguen malas, pero las malas o imperfectas, no. Me pregunto quién enseña a estos críticos la perfección, no para guardarla (de esto ninguna obligación creen tener, como si no estuviesen obligados a

contentar a Dios; harto harán si guardan razonablemente los mandamientos), sino para condenar a los que hacen esfuerzos por lograrla. Así que no penséis, hijas, que se necesita poco favor de Dios para esta gran batalla en que se maten. Se necesita, y grandísimo.

5. Os pido yo que tratéis de ser tales que merezcamos alcanzar de Dios estas dos cosas: una, que haya muchos, de los muchísimos letrados y religiosos que hay, que tengan lo que hace falta para esta tarea –como he dicho–, y que si no están muy dispuestos y les faltara algo, los disponga el Señor. La otra, que después de empezar esta pelea –que, como digo, no es pequeña, sino grandísima batalla–, los tenga de su mano para que sepan librarse de los peligros y proteger sus oídos, en este peligroso mar, de los cantos de las sirenas. Y si en esto podemos algo frente a Dios, peharemos por Él estando encerradas; y daré por muy bien empleados los grandes trabajos que pasé para hacer este rincón, donde quise que se guardase esta Regla de nuestra Señora tal como se empezó.

6. No os parezca inútil esta constante petición; hay algunas personas que tienen un gran afán de rezar mucho por su alma, ¿y qué mejor oración que ésta? Si os parece que se necesita rezar para descontar la pena que por los pecados tendremos en el purgatorio, también se descuenta con oración tan justa; y lo que falta, que falte. ¿Y qué importa que esté yo hasta el juicio final en el purgatorio, si por mi oración se salva una sola alma? ¡Cuánto más si se trata del provecho de muchas almas y de la honra de Dios! No hagáis caso de las penas que se acaban, cuando hay que prestar algún servicio al que tantas penas pasó por nosotros. Informaos siempre de lo que es más perfecto; os rogaré mucho –y diré los motivos– de que tratéis siempre con letrados.

Lo que ahora os pido es que pidáis a Dios –y yo, aunque soy miserable, lo pido a Su Majestad con vosotras– que nos oiga en lo que he dicho, pues es para gloria suya y bien de la Iglesia, y aquí van mis deseos.

Capítulo 4

QUE TRATA DE TRES COSAS MUY IMPORTANTES PARA LA VIDA ESPIRITUAL.

1. Parece atrevimiento pensar que yo he de tener parte en alcanzar lo que dije. Yo confío, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, que como veo y sé, no quieren otra cosa que contentaros; por Vos han dejado lo poco que tenían, y quisieran tener más para serviros con ello. Y Vos, Creador mío, no sois desagradecido: yo no puedo pensar que daréis menos de lo que os piden, sino mucho más. Y cuando andabais por el mundo no aborrecisteis, Señor de mi alma, a las mujeres; antes, las favorecisteis siempre con mucha piedad y hallasteis en ellas tanto amor.

Si os pidiésemos honras, o dinero, o cosa con sabor a mundo, no nos oigáis, Señor mío; pero para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no habríais de oír, Padre Eterno, a quien perdería mil honras y mil vidas por Vos? No por nosotras, Señor, que no merecemos nada, sino por la sangre de vuestro Hijo y sus méritos.

2. ¡Oh, Padre Eterno! No son para olvidarlos tantos azotes y tantas injurias y tan gravísimos tormentos. Creador mío, ¿cómo pueden unas entrañas tan amorosas como las vuestras, sufrir que lo que vuestro Hijo hizo con tan ardiente amor para contentaros a Vos –pues le mandasteis que nos amase–, sea considerado tan poco, como lo hacen hoy esos herejes con el Santísimo Sacramento, pues le quitan sus casas y le deshacen las iglesias? ¡Como si le hubiese faltado algo por hacer para contentaros! Pero todo lo hizo cumplidamente. ¿No bastaba, Padre mío, que no hubiera tenido casa ni adónde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en tantas dificultades, para que ahora, las que tenía para convidar a sus amigos (porque nos veía débiles y necesitados de sustentarnos de tal manjar para trabajar), se las quiten? ¿Ya no había, pagado bastantísimamente, Señor, por el pecado de Adán? ¿Siempre que volvemos a pecar lo ha de pagar este mansísimo Cordero? No lo permitáis, Emperador mío; apláquese ya Vuestra Majestad; no miréis los pecados nuestros, sino a vuestro Sacratísimo Hijo que nos redimió, y a los méritos suyos y de vuestra Madre y de tantos santos mártires que han muerto por Vos.

3. ¡Ay de mí, Señor, mirad quién se ha atrevido a hacer esta petición en nombre de todas! ¡Qué mala mediadora pusisteis, hijas mías, para ser oídas y para que pidiese por vosotras! ¡Debe indignarse más este soberano Juez al verla tan atrevida, y con mucha razón y justicia! Pero mirad, Emperador mío, que sois Dios de misericordia: tenedla hacia esta pectorcilla, gusanillo que así se atreve frente a Vos. Mirad, mi Señor, mis deseos y las lágrimas con que os suplico esto, y olvidad mis obras, por ser quien Vos sois, y tened lástima de tantas almas que se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor; dad luz a estas tinieblas.

4. Hermanas mías, pido a todas, por amor de Dios, encomendéis a Su Majestad a esta pobrecita atrevida, para que le dé humildad. Y cuando vuestras oraciones, y deseos, y disciplinas, y ayunos, no se emplearen para el fin del cual os he hablado, pensad que no hacéis ni cumplís el motivo que os ha reunido aquí, y no permita el Señor que esto se quite jamás de vuestra memoria, por ser Su Majestad quien es.

Capítulo 5

DE CÓMO, PARA TAN GRAN EMPRESA, ES NECESARIO
ANIMARSE A ALCANZAR TODA PERFECCIÓN; Y CÓMO
LA ORACIÓN ES MEDIO PARA ELLO.

1. Ya habéis visto la gran empresa que vais a ganar. Por el prelado y obispo –que es vuestro Prelado– y la Orden, ya ha sido dicho, pues todo es para bien de la Iglesia, y es cosa de obligación. Y el que se ha atrevido a ganar tal empresa, ¿cómo deberá ser para que a los ojos de Dios y del mundo no parezca muy atrevida? Está claro que debe trabajar mucho, y ayuda harto tener buenos pensamientos para que nos esforcemos a que las obras sean buenas. Si tratamos de guardar cumplidamente nuestra Regla y Constitución con gran cuidado, espero que el Señor admitirá nuestros ruegos. No os pido nada nuevo, hijas mías, sino que guardemos nuestra profesión, pues es nuestro llamamiento y estamos obligadas a ello; aunque a veces hay mucha diferencia entre guardar y guardar.

2. Dice el principio de nuestra Regla que oremos sin cesar. Si hacemos esto con todo el cuidado que pudiéremos, y es lo más importante, no dejaremos de cumplir los ayunos y disciplinas y silencio que manda la Orden; porque ya sabéis que para que la oración sea verdadera se debe ayudar con estos medios, pues oración y regaldas no se avienen.

3. De esto de la oración es que me habéis rogado diga alguna cosa, y –en pago de lo que más adelante dijere– os pido que cumpláis con lo dicho hasta ahora, y lo leáis muchas veces de buena gana.

Antes de hablar de lo interior, es decir de la oración, diré algunas cosas que deben tener las personas que pretenden tener oración, y son tan necesarias, que sin ser muy contemplativas podrán adelantar mucho en el servicio del Señor. Si no tienen estas cosas que diré, es imposible que sean muy contemplativas, y si pensaran que lo son están muy engañadas. El Señor me permita decirlo y me ayude en todo lo que debo decir, para que sea por su gloria, amén.

Capítulo 6

HABLA DE TRES COSAS. EXPLICA PRIMERO QUÉ ES
EL AMOR DEL PRÓJIMO, Y LO QUE DAÑAN LAS
AMISTADES PARTICULARES.

1. No penséis, amigas y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os pediré. Quiera el Señor que hagamos cumplidamente las que nuestros padres ordenaron en la Regla y Constituciones. Sólo en tres, que son de la misma Constitución, me extenderé, porque importa mucho que entendamos cuán necesario es guardarlas para tener la paz interior y exterior que el Señor nos encomendó. Una es el amor de unas con otras; otra, el desasimiento de todo lo creado; otra, la verdadera humildad, que, aunque la nombro al final, es la principal y las abraza a todas.

2. En cuanto a la primera, que es amaros mucho, es muy importante, porque no hay cosa enojosa que no se pase en los que se aman, y ha de ser muy grande para producir enojo. Y si este mandamiento se guardase en el mundo como se debe guardar, creo que a todos les sería de gran ayuda; pero, quien más quien menos, nunca lo guardamos con perfección. Pareciera que entre nosotras lo demasiado no debería ser malo, en cambio trae tanto mal y tantas imperfecciones consigo, que es difícil que lo crea quien no ha sido testigo de ello. Aquí hace el demonio muchos enredos, que parecen virtud a conciencias que tratan groseramente de contentar a Dios; las que saben de perfección lo entienden bien, porque poco a poco quita fuerza a la voluntad para impedir que se emplee del todo para amar a Dios.

3. Entre mujeres creo que debe ocurrir más que entre hombres, y produce otros daños muy notorios para la comunidad; como el no amar igual a todas, el sentir el agravio que se hace a aquélla, el desear tener cosas para regalarla, el buscar tiempo para hablarle, muchas veces con más interés de decirle que la quiere que decirle lo que ama a Dios. Estas amistades grandes nunca las fomenta el demonio para que sirvan más al Señor, sino para comenzar divisiones; cuando es para ayudarse a servirle, en seguida se advierte que la voluntad no debe ir junta con pasión, sino que debe buscar ayuda para vencer otras pasiones.

4. De estas amistades querría yo muchas donde haya un gran convento. En san José, donde no son ni van a ser más de trece, ninguna. Todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar; y cuídense, por amor de Dios, de estas particularidades, por santas que sean, que aún entre hermanos suelen ser ponzoña y no son de ningún provecho, y si son sólo familiares es aún peor, es pestilencia. Y créanme, hermanas, aunque el cuidado les parezca exagerado, que en ese cuidado encontrarán perfección y paz, y evitarán muchas ocasiones de equivocarse las que no están tan fuertes. Puede ser que la voluntad se incline más a una que a otra, lo que es natural, tanto que a veces amamos lo más ruin si tiene más gracias de naturaleza; pero no dejemos que esa afición se enseñoree de nosotras. Amemos las virtudes y lo bueno interior, y tengamos siempre la advertencia y el cuidado de no hacer caso de lo exterior.

5. No permitamos que nuestra voluntad sea esclava de nadie, sino del que la compró con su sangre; miren que, sin saber cómo, se encontrarán asidas, sin poderse valer. ¡Oh, las niñerías que salen de esto, son incontables! No las quiero decir en detalle para que no se hable de tantas flaquezas de las mujeres y para que no se aprendan las que no saben. Pero ciertamente a mí me espantaba el verlas, algunas veces; aunque yo, por la bondad

de Dios, jamás me así mucho de esta manera: tal vez sería porque estaba más asida en cosas peores. Como digo, lo vi muchas veces, y en la mayoría de los monasterios temo que pase, porque en algunos lo he visto y sé que es cosa malísima en todas; en la prelada sería ya pestilencia.

6. Pero el quitar esas preferencias debe ser hecho con cuidado, entendiéndolo desde el principio, más con paciencia y amor que con rigor. Para remedio de esto, es buena cosa no estar juntas ni hablarse sino en las horas permitidas, conforme a la costumbre que ahora llevamos y a nuestra Constitución, que manda a cada religioso estar apartado en su celda. Es preferible que en san José no haya taller de labor para estar juntas, porque, aunque es una buena costumbre, se guarda más el silencio cada una por sí misma. Acostumbrándose a ello es gran cosa y grandísimo bien la soledad para las personas de oración; y como éste ha de ser el cimiento de esta casa y para eso nos juntamos, debemos tratar de aficionarnos, más que a ninguna otra cosa, a esto que tanto nos aprovecha.

7. Volviendo a lo de amarnos unas a otras, parece cosa impertinente el recomendarlo, porque ¿qué gente habrá tan bruta que, tratándose siempre entre sí y estando en compañía, y no teniendo otras conversaciones o trato o entretenciones con personas de afuera, y creyendo que Dios las ama, y ellas a Él pues por Su Majestad lo dejan todo, no sienta nacer amor? Especialmente porque la virtud invita siempre a ser amada, y ésta, con el favor de Dios, espero yo en Su Majestad que siempre habrá en esta casa. Así que esto no hay que recomendarlo mucho, a mi parecer.

8. Yo querría ahora decir un poquito, como lo permita mi rudeza, cómo ha de ser este amarse y qué cosa es el amor virtuoso, y en qué veremos que tenemos esta grandísima virtud. Ella es bien grande, pues nuestro Maestro y Señor Cristo nos la encomendó tanto, y tan encarecidamente la encomendó a sus Apóstoles. Si en otros libros lo hallareis escrito con precisión, no toméis nada de mí, que tal vez no sepa lo que digo si el Señor no me da luz.

Capítulo 7

TRATA DE DOS DIFERENCIAS EN EL AMOR, LO QUE
IMPORTA CONOCER CUÁL ES EL ESPIRITUAL, Y
TRATA DE LOS CONFESORES.

1. Ahora quiero tratar de dos formas de amor: uno es puramente espiritual, porque en nada parece que lo toca la sensualidad ni la ternura de nuestra naturaleza; otro es espiritual, pero contiene también nuestra sensualidad y flaqueza. Esto es lo que importa: cultivar estas dos maneras de amarnos sin que intervenga pasión alguna, porque habiéndola, se desordena todo este concierto. Si tratamos el amor que he dicho con templanza y discreción, todo es meritorio, porque lo que nos parece sensualidad se vuelve virtud; aunque a veces va tan entremetido que no hay quien lo entienda, en especial si es con algún confesor. Si las personas que tratan oración lo ven santo, y las entiende en su manera de proceder, le toman mucho amor.

2. Y aquí interviene el demonio con una gran batería de escrúpulos que desasosiega hartamente el alma, pues eso es lo que pretende; especialmente si el confesor la conduce a mayor perfección, el demonio la atormenta tanto que llega a dejarla. Y no deja de atormentarla con aquella tentación, ni con otro, ni con otro. Lo que pueden hacer en este caso es tratar de no pensar en si quieren o no quieren, sino que si quisieren, quieran; porque si sentimos amor hacia quien nos hace algunos bienes al cuerpo, ¿cómo no vamos a querer a quien siempre procura y trabaja para hacerlos al alma? Aún más: tengo por principio de procurar tener mucho amor al confesor, si es santo y espiritual y veo que se empeña mucho en el provecho de mi alma; porque es tal nuestra flaqueza, que algunas veces ese amor nos ayuda mucho para obrar cosas muy grandes en servicio de Dios. Si el confesor no es tal como he dicho, aquí está el peligro, y puede hacer grandísimo daño el hecho que él entienda que le tienen afecto; y en las casas muy encerradas, mucho más que en otras. Como será difícil entender cuál es tan bueno, es necesario tener gran cuidado y aviso; lo mejor sería que no entendiera él que hay afecto, y que no se lo digan, pero el demonio acosa de tal manera que le hará parecer que todo lo que tiene que confesar es aquello, y que está obligada a hacerlo. Por esto querría yo que no le diesen importancia. Sigán este consejo: si entendieran que todas las pláticas del confesor son para provecho de su alma, y no vieran en él otra vanidad (la que no quiere ser tonta lo entiende luego), y se dieran cuenta que es temeroso de Dios, no se angustien por ninguna tentación que tengan de mucho afecto: cuando el demonio se cansa se tranquilizarán. Pero si descubrieran en el confesor alguna vanidad en lo que les dice, ténganlo todo por sospechoso, y de ninguna manera, aunque sean pláticas de oración o de Dios, las tengan con él, sino confiésense brevemente y concluyan. Lo mejor sería decir a la madre que su alma no se halla bien con él y cambiarlo (esto es lo más acertado, si hay buena disposición, y espero en Dios que la habrá), y hacer todo lo posible para no tratar con él, aunque se sienta morir.

3. Miren que esto importa mucho, que es cosa peligrosa, y un infierno y daño para todas. Y advierto que no esperen a que haya mucho mal, sino que muy al principio lo atajen por todos los medios posibles; con buena conciencia se puede hacer. Espero que el Señor permita que las personas que deben hacer tanta oración, sientan afecto sólo hacia quien tenga mucho amor a Dios y sea muy virtuoso. Si no ocurre así, es que ellas no tienen oración; porque si la tienen, y ven que no les entiende su lenguaje, y no le ven aficionado a hablar en nombre de Dios, no le podrán amar, porque no es su semejante. Si lo es, con las poquísimas ocasiones que aquí habrá, o es un grandísimo simple, o bien no

querrá desasosegarse y desasosegar a las siervas de Dios, con las que poco o ningún contento podrán tener sus deseos.

4. Ya que he comenzado a hablar de esto, que –como dije– es el mayor daño que el demonio puede hacer a monasterios tan encerrados, y el que más tarda en descubrirse, diré que así se va haciendo estragos en la perfección sin saber cómo ni por dónde. Porque si el confesor quiere dar lugar a sus vanidades, lo hace todo más difícil también para las otras. ¡Dios nos libre, por ser Su Majestad quien es, de cosas semejantes! Todas las hermanas podrán ser turbadas, porque su conciencia les dice lo contrario de lo que dice el confesor; y si las obligan a que tengan uno solo, no saben qué hacer ni cómo tranquilizarse, porque quien les debía dar la paz y el remedio es quien les hace el daño. He visto en algunos monasterios –aunque no en el mío– gran aflicción por este motivo, lo que me ha movido a gran piedad.

Capítulo 8

PROSIGUE EN TRATAR DE LOS CONFESORES Y LO QUE
IMPORTA QUE SEAN LETRADOS, Y DA CONSEJOS PARA
TRATAR CON ELLOS.

1. Que el Señor no haga pasar a nadie en esta casa por tal dificultad, que las hace verse angustiadas de alma y cuerpo, porque si la prelada está bien con el confesor, no se atreven a decir nada, ni a él de ella, ni a ella de él. Aquí les viene la tentación de dejar de confesar pecados muy graves por el temor de estar siempre en desasosiego. ¡Oh, válgame Dios, cuántas almas debe coger aquí el demonio, y qué cara les cuesta la excesiva rigidez! Se piensa que tratando sólo con un confesor, se ha de obtener mucho para el provecho del alma y gran honra para el monasterio, y en cambio el demonio ordena coger sus almas por esta vía, no pudiendo hacerlo por otra. Si las pobrecitas piden otro confesor, parece que todo fuera desconcierto; y si no es de su Orden, aunque fuese un san Jerónimo critican a la orden entera.

2. Alabad mucho a Dios, hijas, por esta libertad que tenéis; aunque no sea con muchos, podréis tratar con algunos confesores que no sean los habituales, que os den luz para todo. Esto pido yo, por amor de Dios, a la que estuviere a la cabeza: que procure siempre tratar, y también sus monjas, a quien tenga letras. Dios las libre de regirse en todo por alguno que no sea letrado, aunque les parezca que tenga mucho espíritu y de hecho lo tenga; mientras más mercedes el Señor les hiciere en la oración, más bien fundadas deben estar sus devociones y oraciones y todas sus obras.

3. Ya saben que la primera piedra debe ser la buena conciencia, y el librarse con todas sus fuerzas de los pecados veniales, y buscar lo más perfecto. Debe parecerles que esto lo sabe cualquier confesor. Pues se engañan mucho, porque yo traté con uno que había seguido todo el curso de teología, y me hizo mucho daño en algunas cosas que me dio a entender que no eran malas. Sé que no pretendió engañarme –no tenía para qué–, sino que no sabía más.

4. Este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios y la perfección, es todo nuestro bien. Sobre esto se asienta bien la oración; sin este cimiento fuerte, todo el edificio es falso. Así que necesitan tratar gente de espíritu y de letras. Si el confesor no lo tiene todo, a tiempo consigan otros; y si ocurre que les imponen que no se confiesen con otros, sin confesión traten su alma con personas como las que les digo. Y me atrevo a decir más: que aunque el confesor lo tenga todo, algunas veces hagan, además, lo que les digo. Porque puede ser que él se engañe, y es bueno que no se engañen todas por él, sin que sea necesario cometer desobediencia, pues hay medios para todo. El caso es que un alma vale mucho para que no trate por todos los medios de lograr su bien; tanto más el de muchas.

5. Y todo esto que he dicho interesa a la que fuere prelada. Que trate, por amor de Dios, de no desconsolarlas, pues aquí no se pretende otra consolación que no sea la del alma; hay diferentes caminos por donde lleva Dios, y un confesor no está obligado a saberlos todos, por eso trate siempre de consolarlas con personas adecuadas. No tengan miedo que estas personas les falten, si son las que deben ser, aunque sean pobres. Dios, así como las mantiene y da de comer a los cuerpos –que es menos necesario–, les dará a los que con mucha voluntad den luz a su alma. Así se remedia este mal, que es el que yo más temo; porque cuando el demonio tentare al confesor con alguna vanidad, y sepa

después que ellas tratan con otros, se irá. Y quitada esta entrada para el demonio, yo espero en Dios que no habrá ninguna otra en esta casa. Por eso pido al Obispo que fuere, por amor del Señor, que deje a las hermanas esta libertad, y esté seguro, con el favor de Dios, que tendrá buenas súbditas. Que nunca les impida, cuando las personas tengan letras y bondad (lo que luego se sabe en un lugar tan chico), que se confiesen con ellos y traten acerca de oración, aunque haya confesores. Para muchas cosas sé que conviene, y el daño que pueda haber no es nada en comparación con el daño grande, disimulado y sin remedio que acarrea la actitud contraria. Esto tienen los monasterios, que el bien se cae pronto, si no se cautela con gran cuidado; y el mal, una vez que comienza, es difícilísimo de quitar, pues muy pronto la costumbre se transforma en hábito y la naturaleza en cosas imperfectas.

6. Esto que aquí digo lo he visto y sabido en muchos monasterios, y lo he hablado con personas informadas y espirituales para ver qué convenía más a esta casa para adelantar en su perfección. Entre los peligros –que en todo los hay mientras vivimos–, encontramos que éste es el menor: que nunca haya un vicario que tenga facultad de entrar y salir y mandar, ni un confesor que mande, sino que ellos se dediquen a cuidar la honestidad de la casa, y el recogimiento en ella tanto interior como exterior, para poder informar al prelado cuando no es así; pero que él no sea el superior. Se encontraron grandes motivos para que esto sea lo mejor: que haya un confesor habitual, que puede ser el mismo capellán, y cuando un alma tuviese necesidad de ello, pueda confesarse con las personas que he dicho, que sean nombradas por el mismo prelado, o por la madre si el Obispo cree que puede confiarle este encargo; como son pocas, poco tiempo quitarán a quien sea. Esto se decidió después de harta oración de muchas personas y mía (aunque sea yo miserable), y entre personas de grandes letras, inteligencia y oración; por eso espero en el Señor que sea lo más acertado.

7. Así le pareció al actual señor Obispo, don Álvaro de Mendoza, persona muy aficionada a favorecer el bien espiritual y temporal de esta casa; lo estudió mucho, como quien desea el mayor progreso del bien, y creo que el Señor no lo dejará equivocarse, pues está en sus funciones decidirlo y no pretende sino su mayor gloria. Me parece que los prelados que vinieren después, no querrán, con el favor del Señor, ir contra una decisión tan estudiada y tan importante.

Capítulo 9

PROSIGUE EN ESTA FORMA DE AMOR AL PRÓJIMO.

1. Mucho he divagado al hablar de lo que he dicho, pero ello tiene mucha importancia y el que lo entienda no me culpará. Volvamos ahora, hermanas, al amor que es bueno y lícito que nos tengamos. Del amor que digo que es sólo espiritual, me parece que no es necesario hablar mucho, porque temo que pocas lo tengan; y quien lo tuviere alabe a Dios por ello. Debe ser amor de grandísima perfección, y quizás nos aprovechará decir algo de él.

2. Pero este otro es el que más vamos a usar; y aunque digo que es algo sensual, no debe serlo: es decir, ni yo sé cuál es sensual y cuál espiritual, ni sé cómo me pongo a hablar de ello. Es como quien oye hablar de lejos, que aunque oye que hablan, no entiende lo que dicen; así soy yo, que algunas veces no debo entender lo que digo, mientras el Señor quiere que esté bien dicho.

3. Me parece ahora que cuando Dios ha conducido a una persona a claro conocimiento de lo que es el mundo, y de qué cosa es mundo, y de que hay otro mundo y otro reino, y la diferencia que hay de lo uno a lo otro, y que aquello es eterno y esto es soñado, y qué significa amar al Creador o a la criatura, y otras muchas cosas que el Señor enseña a quien Su Majestad quiere, me parece, digo, que esas personas aman en forma muy diferente de los que no hemos llegado a ese conocimiento.

Capítulo 10

DE LO MUCHO QUE SE DEBE APRECIAR SER AMADO CON ESTE AMOR.

1. Puede ser, hermanas mías, que lo que digo os parezca un desatino mío, y digáis que todas ya lo sabéis. Quiera el Señor que lo sepáis de la manera que ello se tiene que saber, impreso en las entrañas, y que en ningún momento se aparte de ellas. Si esto sabéis, veréis que no miento al decir que quien llega aquí, tiene este amor. Las personas que Dios hace llegar a este estado son, a mí me parece, almas generosas, almas reales; no se conforman con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan, aunque les sean placenteros a la vista y alaben al que los creó. Pero tenerles amor por estas cosas, no. Les debe parecer que amarían algo sin sentido o que se pondrían a querer sombras; se apartarían de sí mismas y no tendrían cara, sin sentir gran vergüenza, de decir a Dios que le aman.

2. Me diréis: esas personas no saben querer, pues ¿a qué toman afecto, si no es a lo que ven? Digo que quieren mucho más, con más pasión y con más verdadero amor y más provechoso amor; en fin, eso es el amor, y los otros afectos menores le tienen robado el nombre.

3. Es verdad que aman lo que ven y se encariñan con lo que oyen; pero es a cosas que son estables. Si aman a un amigo, pasan por los cuerpos –no se detienen en ellos– y llegan a las almas, y miran si hay algo que amar; si no lo hay, pero ven algún indicio de que, cavando, encontrarán oro en esa mina, no les duele el trabajo. Nada que se les ponga por delante dejarían de hacer por el bien de esa alma, porque desean amarla; pero saben muy bien que, si no tiene bienes y no ama mucho a Dios, es imposible. Digo que es imposible, aunque se muera por ellos y les haga todas las buenas obras y tenga todas las gracias de la naturaleza juntas, no tendrá fuerza de voluntad, porque es una voluntad ya sabia y tiene experiencia de lo que es todo. No dejará pasar dado falso; ve que es imposible que dure el amarse el uno al otro, y sabe que con la vida se acabará el gozarse, si el otro no guarda la ley de Dios, lo cual los llevará a diferentes lugares.

4. Y a este amor que sólo acá dura, las almas a quienes Dios ha infundido la verdadera sabiduría, no lo estiman en más de lo que vale. Para los que gustan de las cosas del mundo, de deleites, de honras o de riquezas, tendrá valor si es rico y puede regalar pasatiempos, contentos o recreaciones; pero a quien tiene esto ya debajo de los pies, bien poco se le da de ellos.

Capítulo 11

PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA DANDO ALGUNOS CONSEJOS PARA GANAR ESTE AMOR.

1. Es cosa extraña lo apasionado que es este amor, qué de lágrimas cuesta, cuántas penitencias, cuánta oración, cuánto encomendarlo a todos los que cree que han de darle provecho; es una continua preocupación, un no tener sosiego. Si le parece que el alma de éste que ama y que ha mejorado, vuelve algo atrás, piensa que no va a tener ya placer en su vida; ni come ni duerme sino con esta preocupación, temiendo siempre que esta alma a quien tanto quiere se pueda perder. Teme que se tengan que separar para siempre (la muerte de acá no le importa en absoluto); no quiere apegarse a algo que en un soplo se va de entre las manos sin poder asirlo. Es un amor sin nada de interés; todo su interés es ver a aquella alma enriquecerse con los bienes del cielo; en fin, es un amor que se va pareciendo al que nos tuvo Cristo. Merece el nombre de amor, no así estos amorcitos desastrados baladíes de por acá, sin hablar de los malos, que de éstos Dios nos libre.

2. De las cosas que son del infierno no debemos cansarnos de decir mal, que peor daño no pueden hacer. De este mal no tenemos por qué hablar nosotras, hermanas, ni dejarlo entrar en nuestros pensamientos, ni pensar que lo hay en el mundo, y ni en broma permitir que se hable delante de vosotras de semejantes apegos; debemos sólo hablar de estas formas de amor lícito que aquí nos tenemos unas a otras, o que se tienen los deudos o amigos. Temen siempre que se les muera: si a la persona amada le duele la cabeza, parece que a ellos les duele el alma; si la ven con dificultades, no les queda paciencia; todo de esta manera.

3. Este otro amor que yo digo no es así: aunque a causa de la flaqueza natural se sienta algún temor al principio, luego interviene la razón para ver si lo que ocurre es bueno para esa alma, si se enriquece más en virtud, cómo lo soporta, y para rogar a Dios que le dé paciencia y transforme en mérito lo que pasa. Si ve que la paciencia la tiene y ocurre así, no siente ninguna pena; por el contrario se alegra y consuela. Y aunque preferiría pasar ella las dificultades antes que vérselas pasar –siempre que el mérito y el bien fueren todos para la otra–, tampoco es tanto para inquietarse y matarse.

4. Vuelvo a decir que es amor sin interés como el que nos tuvo Cristo, por eso ganan tanto los que llegan a este estado. Querrían abarcar ellos todos los trabajos para que los demás reciban el provecho; así hacen mucho bien a los que tienen su amistad, porque, aunque no lo hagan, se ve que querrían enseñar más por obras que por palabras. No digo que lo hagan, si son cosas que no pueden; pero en lo que pueden, siempre querrían estar trabajando y ganando para los que aman. El corazón no les duele cuando deben reprocharles sus faltas, si piensan que les hará bien, y muchas veces, con el deseo que tienen de verlos enriquecerse, no dejan pasar la ocasión de decírselo. ¡Cuántos rodeos dan para esto! Mientras andan despreocupados de todo el mundo, y no sabiendo a veces si sirven a Dios o no, con sus amigos no pierden detalle: ven hasta los granitos de polvo. ¡Oh, dichosas las almas que son amadas por ellos! ¡Dichoso el día en que los conocieron! ¡Oh, Señor mío, ¿no me haríais la merced que hubiera muchos que me amasen así? Por cierto, Señor, preferiría eso antes que ser amada por todos los reyes y señores del mundo, y con razón; pues éstos tratan, con todos los medios, que seamos señores del mismo mundo, y que todas las cosas de él nos estén sometidas. Cuando conociereis a alguna persona semejante, queridas hermanas, que la madre haga todo lo posible para que trate con vosotras. Quered a éstos cuanto quisieréis. Pocos debe haber, pero el

Señor permite que se conozcan. Cuando hay alguno que llegue a la perfección, no faltará quien os diga que no es necesario, y que basta tener a Dios. Es una buena manera de tener a Dios la de tratar con sus amigos; siempre se obtiene gran ganancia, y yo lo sé por experiencia. Si no estoy en el infierno, después del Señor es por el mérito de personas semejantes, a las que siempre busqué para que me encomendasen a Dios.

5. Ahora volvamos a lo que íbamos. Esta manera de amarnos unas a otras es la que yo querría que tuviésemos, pero al principio no será posible. Tomemos este amor en su término medio, que aunque lleve algo de ternura, no hará daño.

6. Es bueno y necesario mostrar ternura en la voluntad, y aun tenerla, y compartir cualquier trabajo o enfermedad de la hermana, porque a veces algunas pequeñas cosas que hacen reír a unas personas, hacen llorar a otras. Y no se espanten, porque el demonio puso allí todo su poder con más fuerza para que vosotros sintieseis todas las penas y trabajos como grandes. Pero compartir con las hermanas las cosas que a ellas causan placer, aunque a vosotras no interesen, es caridad; teniendo consideración, todo se volverá amor perfecto.

7. Pensé decir mucho del amor que no es tan perfecto, pero como no me parece que tenga que coexistir con el modo de vida que llevamos, quiero dejarlo en lo que ya he dicho. Espero en Dios que, aunque no sea con toda perfección, no habrá en esta casa disposición para otra manera de amarnos. Está muy bien que unas se apiaden de las necesidades de las otras, pero debe ser con discreción. Cuando vean faltas contra la obediencia, o contra lo que manda la prelada, aunque le parezca duro no lo dé a entender a nadie sino a la misma prelada, y hágalo con humildad; deben saber entender cuáles son las cosas que tienen que sentir en los actos de las hermanas, y en todo caso sientan mucho cualquiera falta. Y aquí se demuestra el amor al saber sufrir esas faltas y no espantarse de ellas. Así espero que lo hagan conmigo cuando yo las tenga y no me dé cuenta de ellas –y deben ser muchas–. Debe encomendarla mucho a Dios, y tratar de lograr en sí misma la perfección en la virtud contraria a la falta que ve en la hermana; de esta manera ella entenderá mejor su error que con cualquier reproche o castigo.

8. ¡Oh, qué bueno y verdadero amor será el de la hermana que por el bien de todas, olvidando su propio provecho, trata de adelantar en todas las virtudes y guarda con gran perfección su Regla! Esta amistad será mejor que todas las ternuras que se puedan decir, que no se usan en esta casa ni se deben usar, tales como “mi vida”, “mi alma”, ni otras cosas de éstas. Estas palabras déjenlas para el Señor, pues tantas veces al día estarán con Él –y a veces tan a solas– que las necesitarán todas; al Señor le parecen bien, pero si son muy usadas acá, no lo enternecen tanto. Es algo muy de mujeres, y yo querría en cambio que mis hermanas pareciesen varones fuertes; si ellas hacen lo debido, el Señor las hará tan varoniles que asombrarán a los hombres. ¡Y qué fácil es esto para Su Majestad, que nos creó de la nada!

9. El amor también se muestra cuando se alivia a otra de sus trabajos, como he dicho; o cuando se alegra del crecimiento de la virtud de la otra como del suyo mismo. En muchas otras cosas entenderán si tienen esta virtud, que es muy grande, porque en ella radica la paz de unas con otras, tan necesaria en los monasterios. Espero en el Señor que siempre habrá esa paz en éste, porque de no haberla, sería cosa terrible soportarse, pocas y mal avenidas, ¡no lo permita Dios!

10. Y si alguna palabrilla de pronto se atravesara, remédiese luego; si no pueden detenerla, hagan gran oración. Cuando cualquier cosa de éstas dure, ya sea capricho, o deseo de ser más, o susceptibilidades (parece que se me hiela la sangre cuando escribo esto, porque veo que ése el principal mal de los monasterios), dense por perdidas; sepan que han echado al Señor de la casa. Clamen a Su Majestad, busquen remedio; y si no lo encuentran confesando y comulgando muy seguido, teman que haya algún Judas.

11. Tenga la prelada mucho cuidado, por amor de Dios, de atajar pronto esto, y si no basta hacerlo con amor, hágalo con graves castigos. Si una alborota el monasterio, traten que se vaya a otro, que Dios las remediará. Echen de sí a esa pestilencia, corten como pudieren las ramas, y si no bastare, arranquen la raíz. Y cuando a pesar de todo no se pudiere hacer más, no salga de su cárcel la causante del daño, que más vale esto que contagiar a todas tan incurable pestilencia. ¡Oh, qué gran mal es! ¡Dios nos libre del monasterio donde entra! Yo preferiría que entrase un fuego que las abrasase a todas. Como en otra parte volveré a hablar de esto, no diré más; sólo repito que se quieran y amen tiernamente, aunque el amor no sea tan perfecto, para que no haya un punto de discordia. No lo permita el Señor, por ser Su Majestad quien es, amén.

Capítulo 12

COMIENZA A TRATAR EL GRAN BIEN QUE ES INTENTAR
DESASIRSE DE TODO, INTERIOR Y EXTERIORMENTE.

1. Ahora vengamos al desasimiento que debemos tener, porque en esto está el todo, si se logra con perfección. Digo que aquí está el todo, porque abrazándonos sólo al Creador y no preocupándonos de todo lo creado, Su Majestad nos infunde las virtudes de tal manera que, trabajando poco a poco lo que hay en nosotros, no tendremos mucho que pelear, pues el Señor se enfrenta con los demonios y contra todo el mundo en nuestra defensa. ¿Pensáis, hermanas, que sea poco bien el tratar de entregarnos todas al todo sin dividirnos? En Él están todos los bienes, como dije, y por eso demos muchas gracias al Señor que nos juntó aquí donde no se trata sino de esto. Y no sé para qué lo digo, pues, en parte, todas las que estáis aquí ahora me podéis enseñar a mí, que en este caso tan importante confieso ser la más imperfecta; pero, puesto que me lo mandáis, hablaré de algunas cosas que quiero decir.

2. En cuanto a lo exterior, es claro que el Señor nos quiere apartar de todo, a las que nos trajo aquí, para que Su Majestad pueda llegar a nosotras sin obstáculos.

¡Oh, Creador y Señor mío! ¿Cuándo merecí yo tan gran dignidad, que parece habéis estado dando rodeos para llegar mejor a nosotras? Quiera Vuestra bondad que no perdamos este don por culpa nuestra. ¡Oh, hermanas mías! Por amor de Dios, entended bien esta merced tan grande, y cada una lo piense bien en su interior; este pequeño número de doce quiso el Señor que fuese como una sola persona. ¡Cuántas y qué multitud de personas mejores que yo sé que tomarían mi lugar de buena gana, y el Señor me lo dio a mí que tan mal lo merezco! Bendito seáis Vos, Señor; os alaben los ángeles y todo lo creado. Esta merced, como otras muchas que me habéis hecho, tampoco se puede conquistar; grandísimo don fue el haberme dado el estado de monja. Como he sido tan ruin, no os fiasteis de mí, Señor; entré donde había muchas buenas, y tal vez no habrían visto mi ruindad hasta que se me acabara la vida, porque yo la habría encubierto, como hice durante muchos años. Pero me habéis traído, Señor, adonde son tan pocas que parece imposible no conocerse, para que ande con más cuidado. Me quitáis todas las ocasiones, para que el día del juicio no tenga disculpas si no hiciere lo que debo hacer.

3. Mirad, hermanas mías, que es mucho mayor nuestra culpa si no somos buenas; por eso recomiendo a la que no se encuentre con fuerza espiritual para llevar la vida que llevamos, que lo diga. Hay otros monasterios donde tal vez se sirva mucho mejor al Señor. No se turbe a estas poquitas que Su Majestad ha juntado aquí para su servicio; si en otros lugares hay libertad para consolarse con familiares, aquí, si alguno se admite, es para consuelo de él mismo. Pero la hermana que para su consolación necesita de sus deudos, y después de la segunda vez no sintiera que ya no le hacen falta (salvo que ella no sea espiritual, o bien vea que hacen algún provecho a su alma), considérese imperfecta. No está desasida, no está sana, no tendrá libertad de espíritu, no tendrá verdadera paz; necesita médico.

4. Y yo no conozco mejor remedio que el no verlos más hasta que no se sienta libre; entonces, y enhorabuena, véalos alguna vez si lo toma como cruz, para hacer algo que les sea provechoso, que por cierto les aprovechará. Pero si les tiene amor, si le duelen mucho sus penas y escucha de buena gana sus hechos del mundo, crea que se dañará a sí misma y ellos no ganarán nada.

Capítulo 13

EL GRAN BIEN QUE HACE A LOS QUE HAN DEJADO
EL MUNDO EL HUIR DE LOS DEUDOS, Y CUÁNTO MÁS
VERDADEROS SON LOS AMIGOS QUE ENCUENTRAN.

1. ¡Oh, si las religiosas entendiéramos el daño que nos provoca este asimiento, cómo huiríamos de él! Yo no entiendo qué consuelo pueden dar los deudos (dejo al juicio de Dios el daño que nos hacen, y hablo sólo de nuestro sosiego y descanso), pues no podemos gozar de sus entretenciones, y por cada una de sus dificultades lloramos, a veces, más de lo que lloran ellos mismos. Es seguro que si algún regalo hacen al cuerpo, bien lo pagan el espíritu y la pobre del alma. De eso estáis aquí a salvo, hermanas, porque como todo es común y nadie puede tener nada en particular, no necesitáis regalos de deudos.

2. Me espanta el daño que hace el tratarlos, y no lo creería si no tuviese experiencia. Pienso que está muy olvidada esta perfección entre los religiosos –si no en todos, en muchos–, aunque no lo está en la mayoría de los santos que escribieron. No sabría decir qué es lo que dejamos del mundo las que decimos que lo dejamos todo por Dios, si no dejamos lo principal que son los parientes. Se presenta casi como una falta de virtud en los religiosos el no querer mucho a sus deudos, y dan sus razones para ello.

3. En esta casa, hijas mías, debéis cuidar de encomendarlos mucho a Dios en todo lo que atañe a su Iglesia; para lo demás, debemos apartarlos de la memoria lo más que podamos. Yo he sido muy querida por ellos –según me decían–, y tengo como experiencia mía y de otras que sólo con los padres, cuando tuvieron necesidad de consuelo y vemos que no nos daña el alma, no debemos ser extraños, y podemos hacerlo con desasimiento; en cuanto a los demás, me he visto en dificultades causadas por mis mismos deudos, y en ellas me han ayudado los siervos de Dios.

4. Creed, amigas, que sirviendo a Su Majestad como debéis, no encontraréis mejores amigos que los que Él os enviare. En este camino, que, como lo estáis viendo, si lo abandonáis faltáis al verdadero amigo que es Cristo, muy pronto ganaréis esta libertad. Si alguien os dijere que la virtud es lo contrario, no le creáis; si dijese todos los daños que trae esta manera de pensar, me alegraría mucho, con mi rudeza e imperfección. En muchas partes, como he dicho, lo hallaréis escrito; en la mayoría de los libros no se habla sino de lo bueno que es huir del mundo.

5. Pues creedme que el mundo de los deudos es el que más se apega y el más difícil de desapegar. Por eso hacen bien los que huyen de sus tierras; es claro que no basta sólo el huir del cuerpo si el alma no se abraza con determinación del buen Jesús, Señor nuestro, pues como en Él se encuentra todo, se olvida todo. Alejarnos es una gran ayuda hasta que no tengamos bien conocida esta verdad; después el Señor podrá querer, por darnos una cruz, que tratemos con ellos.

Capítulo 14

DE CÓMO LO ANTERIOR NO BASTA, SIN EL DESASIMIENTO DE SÍ MISMAS.

1. Desasiéndonos de esto y poniendo en ello mucho empeño –porque miren que importa mucho–, y encerradas aquí sin poseer nada, parecería que lo tenemos todo hecho, y que ya no hay que pelear. ¡Oh, hijas mías! No estéis seguras ni os echéis a dormir, pues será como el que se queda muy tranquilo porque ha cerrado sus puertas por miedo a los ladrones, y no se da cuenta de que se le quedaron en casa. ¿No habéis oído que el peor ladrón es el que está dentro de casa? Quedamos nosotras. Es más: si no se anda con gran cuidado, y cada una no se observa mucho –como la tarea más importante que tiene que cumplir–, hay muchísimas cosas que nos pueden quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, que nos permita volar hasta el Hacedor sin ir cargados de tierra y plomo.

2. Gran remedio es para ello observar continuamente la vanidad de todo, y cuán pronto todo termina, para quitar el apego a todo y ponerlo en lo que durará para siempre; aunque parece un medio pobre, fortalece mucho el alma. También hay que tener gran cuidado en las pequeñas cosas; si descubrimos que nos apegamos a alguna, no debemos pensar más en ella, sino que tenemos que volver el pensamiento a Dios, y Su Majestad nos ayudará. Nos ha hecho una gran merced, y es que en esta casa lo más ya está hecho; pero nos queda desasirnos de nosotras mismas. Ésta es dura tarea, porque estamos muy juntas y nos queremos mucho.

Capítulo 15

QUE TRATA DE LA HUMILDAD, Y DE CÓMO ANDA UNIDA
CON ESTAS DOS VIRTUDES: EL DESASIMIENTO Y LA
FORMA DE AMOR DE LA QUE HEMOS HABLADO.

1. Aquí cabe hablar de la verdadera humildad, porque ella y el desasimiento me parece que andan siempre juntos; son dos hermanos de los que no hay por qué apartarse. No son éstos los deudos de los que yo digo deben separarse; a éstos abrácenlos y ámenlos, y nunca se vean sin ellos. ¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo creado, emperadoras del mundo, liberadoras de todos los lazos y amarras que pone el demonio, tan amadas de nuestro Enseñador, que en ningún momento se vio sin ellas! Quien las tuviere, bien puede salir y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones, y contra la carne. No tenga miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos; no tiene a quién temer, sino suplicar a Dios que la afirme en esas virtudes para no perderlas por su propia culpa.

2. Pero ¡qué desatino el mío de ponerme a alabar la mortificación y la humildad, que son tan alabadas ya por el Rey de la gloria y tan confirmadas con tantos trabajos suyos! Hermanas mías, aquí es donde hay que trabajar para salir de la tierra de Egipto; encontrando estas virtudes, hallaréis el maná; todas las cosas tendrán buen sabor, y por malas que sean a los ojos del mundo, se os harán dulces.

3. Ahora bien, lo primero que debemos tratar de lograr es quitar de nosotras el amor de este cuerpo; hay algunas tan satisfechas de sí mismas, que no es poco lo que hay que hacer; otras son demasiado amigas de su salud. Es increíble la guerra que dan –especialmente a las pobres monjas y también a quienes no lo son– estas dos cosas. Parecería que las monjas venimos al monasterio a servir nuestros cuerpos y a cuidar de ellos, cada una como puede, y que en esto pondrían su felicidad. En verdad, aquí la obra deja poco lugar para eso; pero yo querría que tampoco lo hubiese en el deseo. Decidid, mis hijas, que venís a morir por Cristo y no a regalaros por Cristo: el demonio pone esto como necesario para llevar y guardar la Orden. A veces hay quien se quiere cuidar tanto para guardarla, que se muere sin cumplirla enteramente ni un mes, y quizás ni un día. Pues no sé a qué otra cosa venimos.

4. No tengáis miedo que os falte discreción en cumplir; no tengan miedo los confesores, que a veces piensan que las penitencias nos van a matar. Es tan aborrecida por nosotras esta falta de discreción, que desearíamos cumplirlo todo. Las que lo hicieron al revés, no se les dé nada de lo que digan; a mí no se me da nada que digan que juzgo por mí. Estoy segura que habré perjudicado a más compañeras por hacer lo contrario. Considero que así quiere el Señor que seamos más enfermas; a mí me concedió serlo, con gran misericordia, porque como me había de dar tanto regalo, quiso que fuese por algo. ¡Es cosa graciosa! Andan siempre en este tormento que ellas mismas se dan, y algunas veces les da un frenesí de hacer penitencias que duran dos días, sin orden ni concierto, para que después el demonio les haga imaginar que eso les hizo daño, que nunca más penitencias, ni siquiera de las que manda la Orden, y que ya hicieron la prueba y no necesitan más. No guardan unas cosas muy sencillas de la Regla –como el silencio, que no puede hacernos mal–, o la imaginación nos dice que nos duele la cabeza cuando vamos al coro –que tampoco nos mata–, y dejamos de ir un día porque nos dolió, y el otro porque nos ha dolido, y otros tres más para que no nos duela.

5. Diréis, amigas, que debe controlar esto la superiora. Si ella viera lo interior, no intervendría; pero ve un quejarse por insignificancias, que parece que se os va el alma; le vais a pedir con gran necesidad permisos para no guardar normas de la Orden; y no falta –cuando son cosas de importancia– un médico que apoye vuestra petición, o una amiga o parienta que llore a vuestro lado. La pobre priora, aunque vea algunas veces que es demasiado, ¿qué puede hacer? Queda con el escrúpulo de haber faltado a la caridad; prefiere que faltéis vosotras a faltar ella, y no le parece justo juzgaros mal.

6. ¡Oh, válgame Dios, este quejarse entre monjas! Que Él me lo perdone, pero temo que ya sea costumbre. A mí me ocurrió una vez que una se me quejaba mucho de dolores de cabeza; hecha la averiguación, no le dolía ni poco ni mucho, sino que tenía algún dolor en otra parte.

Capítulo 16

PROSIGUE EN LA MORTIFICACIÓN QUE DEBEN ADQUIRIR EN LAS ENFERMEDADES.

1. Cosa imperfectísima me parece, hermanas mías, este lamentarse y quejarse siempre, y hablar como enfermas. Aunque lo estéis, no lo hagáis, por amor de Dios. Cuando el mal es grave, él mismo se queja, es otro quejido, y desaparece luego. Sois pocas, y basta una que tenga esta costumbre para tenerlas angustiadas a todas, si es que os tenéis amor y hay caridad. La que estuviere realmente mal, dígallo y tome lo que sea necesario; si perdéis el amor propio, os agrada tanto cualquier atención que no será necesario que os quejéis o que pidáis ayuda. Y cuando fuere necesario, sería muy malo no pedirla, y mucho peor si no hubiese piedad.

2. Donde hay oración y caridad, y sois tan pocas que veis bien vuestras recíprocas necesidades, no debe faltar el cuidaros. Pero olvidaos de malecillos y flaquezas de mujeres, porque a veces el demonio pone esos dolores en la imaginación, y así como vienen se van. Perded la costumbre de decirlo todo y quejaros de todo –excepto con Dios– porque no acabaréis nunca. Insisto en esto, porque creo que es importante, y es algo que tiene muy relajados a los monasterios. Este cuerpo tiene un defecto: que mientras más lo regalan, más necesidades se descubren. Es extraño lo mucho que quiere ser regalado. Como así puede engañar a la pobre alma para que no progrese, no se descuida.

3. Acordaos cuántos enfermos pobres habrá que no tienen a quién quejarse. Acordaos también de muchas mujeres casadas. Yo sé de algunas con tan graves males, que por no molestar a sus maridos no se atreven a quejarse, y pasan grandes trabajos. Pues, ¡pecadora de mí!, no vinimos aquí a ser más regaladas que ellas. ¡Oh, ya que estáis libres de grandes trabajos del mundo, sabed sufrir un poquito por amor de Dios sin que lo hagáis público! Si una mujer muy mal casada, para que su marido no sepa que lo va diciendo o que se queja, pasa grandes penas y trabajos sin desahogarse con nadie, ¿no soportaremos guardar sólo entre Dios y nosotras algo de los males que nos da por nuestros pecados? Tanto más que no es mucho lo que disminuye el mal cuando nos quejamos.

4. Todo esto que he dicho no es para males graves –por ejemplo una gran fiebre–, aunque pido que haya siempre moderación y soportación; hablo de malecillos que se pueden pasar en pie sin que aflijamos a todos con ellos. ¿Cómo sería si esto ocurriera fuera de esta casa, también en los otros monasterios? ¡De qué buena gana, si fuese para que alguna se corrigiera, sufriría yo esos males! La cosa termina por llegar a un punto en que pagan unas por otras; si alguna sufre de verdad, aun los mismos médicos no le creen, puesto que han visto a otras con poco mal quejarse tanto (como escribo esto sólo para mis hijas, digo que todo puede pasar). Y acordaos de nuestros padres santos del pasado, y de los santos ermitaños, cuya vida pretendemos imitar: ¡qué dolores pasarían a solas, qué de fríos, qué de hambre, qué de ardores de sol, sin tener a quién quejarse sino a Dios! ¿Pensáis que eran de hierro? Pues eran tan de carne como nosotras. Y basta comenzar, hijas, a vencer este cuerpecillo, para que no os canse tanto. Habrá siempre quién se preocupe de lo que necesitáis; descuidaos de vosotras a menos que sea por una necesidad muy clara. Si no os decidís de una vez a aceptar la muerte y la falta de salud, nunca haréis nada.

5. Tratad de no temerla, dejaos en las manos de Dios, y venga lo que viniere. Creed que aunque esto parezca poco para alcanzar otras cosas, importa más de lo que podéis pensar; hacedlo de manera que llegue a ser costumbre, y veréis que no miento. El Señor que nos ayuda en todo, lo hará por nosotras. Su Majestad lo hará por ser quien es.

Capítulo 17

CÓMO EL VERDADERO AMADOR DE DIOS HA DE CONSIDERAR POCO LA VIDA.

1. Vamos a otras cosillas que también importan mucho aunque sean pequeñas. Todo parece ser un gran trabajo; pero empezándose a obrar, el Señor pone tantas mercedes en el alma que todo lo que puede hacer en esta vida le parece poco. Como las monjas hacemos el trabajo, mientras damos a Dios la principal, que es la voluntad, ¿por qué nos detenemos en lo interior, que no es nada? Se pasan tantos trabajos, ayunos, silencios, servir siempre el coro, que por mucho que quieran darse gustos, resulta pocas veces, y no son todas –tal vez se, sólo yo entre muchos monasterios que he visto–; entonces, ¿por qué nos detenemos a mortificar estos cuerpos en cosas sin importancia, tratando que no encuentren placer en nada y llevándolos por donde no quieren ir, hasta tenerlos rendidos al espíritu?

2. A mí me parece que si alguien comienza de veras a servir a Dios, lo menos que le puede ofrecer –después de entregar su voluntad– es la vida en todas sus pequeñeces. Claro está que, si es verdadero religioso o verdadero orador y pretende gozar de los regalos de Dios, no puede dejar de desear morir por Él y sufrir martirio. ¿No sabéis, hermanas, que la vida del verdadero religioso, o del que quiere estar entre los amigos íntimos de Dios, es un largo martirio? Largo, porque comparado al caso en que repentinamente le degollaran, puede llamarse largo; pero toda la vida es corta, y algunas veces cortísima. Por eso, de todo lo que tiene fin no hay que hacer mucho caso, y de la vida mucho menos, pues no hay día seguro. Y pensando que cada día puede ser el último, ¿quién no lo trabajaría intensamente?

3. Pues mirad, hermanas, creer eso es lo más seguro. Por eso tratad de contradecir en todo a vuestra voluntad. Aunque no se logre inmediatamente, sino poco a poco, y no descuidando la oración, en poco tiempo os hallaréis en la cumbre. Pero ¡que gran rigor parece el de no admitir placer en nada, si no se piensa cuánto gusto y qué placer trae consigo esta contradicción, y cuántos deleites y seguridad se ganan con ella, aun en esta vida! y aquí, como todas lo practican, lo más está hecho. Unas a otras se recuerdan y se ayudan. Cada una debe tratar también de adelantarse a las otras.

4. Y en los movimientos interiores debe tenerse mucho cuidado, en especial si se refieren a comparaciones. Dios nos libre, por su Pasión, de decir “si soy más antigua”, “si tengo más años”, “si he trabajado más”, “si a la otra la tratan mejor”. Estos primeros movimientos hay que atajarlos con rapidez; si se detienen en ellos, o los comentan, es pestilencia de donde salen grandes males en los monasterios. Miren que yo lo sé bien. Y si una superiora consiente algo de esto, poco o mucho, crean que Dios ha permitido, por sus pecados, que la tengan, y hagan gran oración pidiéndole que Él dé el remedio, porque están en peligro de perderse. Ya sea en religiosos o en personas de oración, esto del desasimiento a todos conviene.

Capítulo 18

QUE PROSIGUE DICIENDO CÓMO EL QUE QUIERE
AVANZAR DEBE CONSIDERAR POCO LA HONRA.

1. No me digan que Dios hace regalos a quien no está tan desasido. Yo creo que con su sabiduría infinita ve que ello conviene para atraerlos a que lo dejen todo por Él. No digo que el dejar signifique entrar a la vida religiosa; puede haber impedimentos para esto, y en cualquier parte el alma perfecta puede estar desasida y humilde. Pero créanme que si hay el menor rastro de buscar homenajes, o provecho material (lo que también puede ocurrir en el monasterio, aunque sean menores las ocasiones y por eso mayor sería la culpa), aunque tengan muchos años de oración (o mejor dicho, consideración, porque la oración perfecta quita estos resabios), nunca avanzarán mucho ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración.

2. Mirad si algo os toca, hermanas, en estas que parecen cosas sin importancia, pues estáis aquí para eso. Vosotras no quedáis más honradas, y el provecho está perdido, como dicen. Así que deshonra y pérdida van juntas aquí. Cada una mire en sí lo que tiene de humildad, y verá lo que ha avanzado. Estoy segura que al verdadero humilde el demonio no se atreve a tentarlo en cosas importantes, porque es muy sagaz y teme la derrota. Y, si uno es humilde, es imposible que no gane más fortaleza y provecho si el demonio lo tienta por ahí, porque obligadamente tiene que comparar lo que ha pecado y lo poco que ha servido, con lo mucho que debe a Cristo y con la grandeza que tuvo al rebajarse a Sí mismo para dejarnos ejemplo de humildad.

3. Este consejo tomad de mí –y no se os olvide–: que no sólo en lo interior (ya se ha dicho que sería gran mal no quedar con ganancia), sino en lo exterior tratad que las hermanas saquen provecho de vuestra tentación. Si queréis libraros de ella y vengaros del demonio, apenas la tentación os venga decidlo a la prelada, y pedidle que os dé una tarea muy baja. Como pudiereis, estudiad de qué modo doblegar vuestra voluntad –el Señor os descubrirá muchas cosas –y tener mortificaciones públicas, pues se usan en esta casa. Huid de tales tentaciones del demonio como de la pestilencia, y tratad que se vayan luego. Dios nos libre, si una persona le quiere servir, que se acuerde de su propia honra y tema su deshonra; mirad que es mala ganancia, y como he dicho, con estos deseos la misma honra se pierde, en especial entre los religiosos. No hay tóxico en el mundo que mate tanto como estas cosas de la perfección.

4. Diréis que son cositas de nada, que no hay que hacerles caso. No os burléis de eso, que crece como espuma en los monasterios; no hay cosa pequeña en tan notable peligro. ¿Sabéis por qué? Porque, tal vez, en vosotras comienza por poco, y luego el demonio hace que al otro le parezca mucho, y hasta pensará que es caridad decir que no podéis permitir aquel agravio, y que Dios os dé paciencia, y que lo ofrezcáis a Dios, y que no sufriría más un santo; pone una agudeza en la lengua de la otra, que no podéis dejar de sufrir, y aun os tienta de vanagloria diciendo que es mucho.

5. Y nuestra naturaleza es tan flaca, que aun diciendo que no es nada para esquivar la ocasión, igual lo sentimos, tanto más si vemos que alguien lo siente por nosotros. Nos hace crecer la pena el pensar que tenemos razón, y el alma pierde todas las ocasiones que había tenido para merecer, y queda más flaca para que otro día venga el demonio con otra cosa peor. Y aun ocurre muchas veces que, aunque no queráis sentirlo, os dicen

que no sois bestias, que es bien que se sientan las cosas, y que os lo dicen porque son vuestras amigas.

Capítulo 19

CÓMO SE DEBE HUIR DE LAS RAZONES DEL MUNDO PARA LLEGAR A LA VERDADERA RAZÓN.

1. ¡Oh, por amor de Dios, hermanas, tened mucho cuidado en esto! Que ninguna sea movida por indiscreta caridad para mostrar lástima por la otra en algo que se refiera a estos fingidos agravios. Muchas veces os lo digo, y ahora os lo escribo aquí: que en esta casa, ni en toda persona perfecta, se oiga decir “razón tuve”, “no me hicieron caso”, “no tuvo razón la hermana”. ¡De malas razones nos libre Dios! ¿Es que había razón para que Cristo nuestro bien sufriese tantas injurias y tantas sinrazones? La que no quiere llevar la cruz, y acepta sólo la que le dieren muy puesta en razón, no sé para qué está en el monasterio; vuélvase al mundo, donde tal vez tampoco le respetarán esas razones. ¿Acaso podéis pensar tantas cosas que no tengáis más deudas? ¿Qué razón es ésta? Por cierto, yo no lo entiendo.

2. Si os hicieren alguna honra o regalo o buen tratamiento, sacad vosotras esas razones, que ciertamente es contra razón que recibáis esas cosas en esta vida. Pero cuando recibís agravios, yo no sé qué es lo que hay que protestar. O somos esposas de tan gran Rey, o no: si lo somos, ¿qué mujer honrada hay que no sienta en el alma la deshonor que hacen a su esposo? En la honra y deshonor participan juntos. Pues, el querer participar del reino de nuestro Esposo y ser compañeras en el gozar, y no participar en las deshonras y trabajos, es disparate.

3. No permita Dios que queramos eso, sino que la que creyera ser tenida en menos de entre todas, se considere más bienaventurada. Y verdaderamente así es, si lo lleva como lo ha de llevar, que acá –créanme a mí porque lo he experimentado– no le faltará honra ni en esta vida ni en la otra. ¡Qué disparate he dicho, que me crean a mí cuando lo ha dicho la verdadera Sabiduría, que es la misma Verdad, y la Reina de los Ángeles! Parezcámonos, hijas mías, en alguna cosita a esta sacratísima Virgen cuyo hábito llevamos, para poder llamarnos hijas suyas. Siquiera en algo, imitemos su humildad; digo algo, porque por mucho que nos bajemos y humillemos, una como yo no hace nada, pues por sus pecados tiene merecido, aunque no lo quiera, ser bajada y despreciada de los demonios. Aunque no tengan tantos pecados, difícilmente habrá alguien que no tenga alguno por el que haya merecido el infierno. Y vuelvo a decir que estas cosas no os parezcan poco; si no las cortáis con diligencia, mañana tal vez será pecado venial, y es tan difícil desistir de ello, que si lo dejáis no quedará solo, y será cosa muy mala para la congregación.

4. Las que estamos en ella debemos cuidar mucho de no dañar a las que trabajan por hacernos bien y darnos ejemplo. Y si entendiésemos qué gran daño se hace cuando se comienza una de estas malas costumbres de puntillosidades de honra, más querríamos morir mil muertes que ser causa de ello, porque es muerte corporal, y la pérdida del alma es gran pérdida, porque parece que nunca se acaba de perder; muertas unas vienen otras, y tal vez a todas les llegue más parte de una mala costumbre nuestra, que de muchas virtudes. Porque el demonio no quiere soltarlas, y las mismas virtudes se pierden por flaqueza natural.

5. ¡Oh, qué grandísima caridad y qué gran servicio a Dios haría la monja que, viendo que no puede llevar las perfecciones y costumbres que hay en esta casa, lo reconociera y se fuese, y dejase a las otras en paz! Y en ningún monasterio (si me creen a mí) la

recibirán ni la harán profesar a menos que esté probado en muchos años que puede enmendarse. No hablo de faltas en las penitencias y ayunos, porque –aunque son faltas– no son cosas que hagan tanto daño; hablo de tendencia a ser estimadas y tenidas en consideración, y a mirar las faltas ajenas y nunca conocer las propias, y otras cosas semejantes que nacen de tener verdaderamente poca humildad. Si Dios no la favorece con darle gran espíritu, hasta que en muchos años se vea la enmienda, Dios os libre de que quede en vuestra compañía. Entended que ni ella tendrá sosiego, ni dejará que lo tengáis todas vosotras.

Capítulo 20

LO MUCHO QUE IMPORTA NO PERMITIR QUE PROFESE
NINGUNA CUYO ESPÍRITU SEA CONTRARIO A LAS
COSAS QUE SE HAN DICHO.

1. Como no traéis dote, Dios os hace la merced de que así sea; es lo que me lastima en los monasterios, que muchas veces, por no tener que devolver el dinero, dejan que el ladrón les robe el tesoro, o por la honra de sus deudos. En esta casa tenéis ya entregada y perdida la honra del mundo, porque los pobres no son objeto de honras. No queráis que lo sean los otros, tan a costa vuestra. Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir a Dios; quien pensare que esto os ha de estorbar, quédese con su honra en su casa. Por esto nuestros padres dispusieron la prueba de un año, y en nuestra Orden, de cuatro, porque para esto hay libertad. Yo querría que aquí fuesen diez. A la monja humilde poco se le dará de ser o no profesa; ya sabe que si es buena no la echarán. ¿Y para qué va a querer hacer daño a este colegio de Cristo? Y llamo no ser buena no a cosas de la vanidad –que con el favor de Dios estará lejos de esta casa–; llamo no ser buena a no estar mortificada, sino asida a cosas del mundo o de sí misma. Y la que viese que es así, créame, no profese, si no quiere tener acá un infierno, y quiera Dios que no lo tenga también allá, porque hay muchos motivos en ella para esto; tal vez no sea capaz de entender a las hermanas, ni a sí misma, así como yo las entiendo. Créanme –y si no, pongo por testigo al tiempo–, porque el estilo de vida que pretendemos llevar es no sólo ser monjas, sino ermitañas, por eso deben desasirse de todo lo creado; cuando Él quiere que alguien particularmente esté aquí, yo veo que le hace esta merced. Aunque al principio no sea con toda perfección, se ve que va hacia ella, y le da gran contento y alegría ver que no ha de volver a tratar con cosas del mundo.

2. Vuelvo a decir que, si se inclina a intentarlo y ve que no lo consigue, que trate de irse despidiendo y de irse a otro monasterio; si no lo hace, que no se queje de mí –que se lo advertí– porque no le doy otro aviso. Esta casa es un cielo –si puede haberlo en la tierra– para quien se contenta sólo en contemplar a Dios y no se preocupa del contento suyo; y se tiene muy buena vida. Si se empieza a querer algo más se perderá todo, porque no podrá tener contento en nada; y el alma descontenta es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar, le disgusta; y cuando los sanos sienten gran gusto en comer, el que tiene hastío siente mayor asco en el estómago. En otro lugar o monasterio menos exigente se salvarán mejor, y tal vez poco a poco llegarán a la perfección que aquí no pudieron resistir, por tratar de buscarla intensamente. Porque, aunque en lo interior se les dará tiempo para desasirse y mortificarse del todo, en lo exterior ha de ser más rápidamente, por el daño que puede hacer a las otras. Si alguna, viendo que todas lo hacen, y andando siempre en tan buena compañía, no logra aprenderlo en un año y medio, temo que no lo logrará en muchos años. No digo que aprenderá en todo ese tiempo tan bien como las otras, pero debe entenderse que va ganando en salud, porque cuando el mal es mortal se ve en seguida.

Capítulo 21

PROSIGUE EN LO MUCHO QUE ESTO IMPORTA.

1. Creo que el Señor favorece mucho a la que toma bien una determinación, y por eso importa mucho observar qué motivo tiene la que entra, que no sea sólo por encontrar un remedio (como ocurrirá con muchas, puesto que Dios puede perfeccionar su intención si es persona de buen entendimiento); si no está segura, de ninguna manera debe tomar esa decisión, porque ni ella entenderá por qué entra, ni entenderá después a las que quisieran ayudarla a avanzar. Con mucha frecuencia, quien tiene esta falta cree entender mucho más que los más sabios acerca de lo que le conviene; es un mal que considero incurable, porque no deja de traer malicia consigo, pero donde hay tan pocas no se podrá sufrir.

2. Una persona de buen entendimiento, si comienza a aficionarse al bien, se aferra a él con fuerza, porque ve que es lo más acertado; y si no gana en crecimiento espiritual, ganará para dar buen consejo y para muchas cosas, sin cansar a nadie y recreándose. Cuando este buen entendimiento falta, yo no sé de qué serviría para la vida en comunidad; en cambio podría hacer mucho daño. Esta falta, y otras, no se ven en seguida, porque algunas personas hablan bien y entienden mal, y otras hablan poco y tienen entendimiento para mucho bien: hay unas simplicidades santas que sirven muy poco para negocios y estilo del mundo, y mucho para tratar con Dios. Por eso es necesaria gran información para aceptarlas y largo período de prueba para permitirles profesar. El mundo debe entender que hay libertad para volver a echarlas, porque en este monasterio donde hay exigencias hay muchas ocasiones para ello, y según como se aplique esta norma, no se considerará un agravio.

3. Digo que el mundo debe entender, porque son tan desventurados estos tiempos y es tanta la flaqueza de las religiosas (esto lo digo por mí, porque me ha ocurrido), que no basta tenerlo como mandamiento de nuestros antepasados, sino que, por no hacer un pequeño agravio o por borrar unas palabras que no son nada, olvidamos las virtuosas costumbres, y quiera Dios que no se paguen en la otra vida algunas de las que admitimos. Nunca falta un argumento con que hacernos entender que se sufre al hacerlo. Y en un caso tan importante no es necesario ninguno, porque cuando el prelado, sin afección ni pasión, vela por el bien de la casa, nunca le dejará Dios errar. En cambio, si se da importancia a estas piedades y necedades, creo que es fácil equivocarse.

4. Este es un asunto que cada una por sí misma debe mirar y encomendar a Dios, y animar a la prelada cuando le falte ánimo, porque es cosa que importa mucho a todas; por eso suplico a Dios que siempre os dé luz para ello.

Capítulo 22

QUE TRATA DEL GRAN BIEN QUE HAY EN NO DISCUL- PARSE AUNQUE SE VEAN CONDENAR SIN CULPA.

1. Pero ¡qué desordenadamente escribo! Como quien no sabe lo que hace. Vosotras tenéis la culpa, hermanas, porque me lo mandáis. Leedlo como pudiereis –que así lo escribo yo, como puedo–, y si está mal, quemadlo. Se necesita tiempo, y yo tengo tan poco, como veis, que se me pasan ocho días sin escribir, y así se me olvida lo que he dicho y aun lo que voy a decir. Y os ruego que no hagáis vosotras esto que acabo de hacer, que es disculparme, lo que por otra parte es una costumbre perfectísima y de gran edificación y mérito; y aunque os la enseñó muchas veces y por la bondad de Dios lo hacéis, Su Majestad nunca me la ha dado. Quiera Él dárme la antes que me muera. Jamás me falta un motivo que me haga pensar que hay mayor virtud en disculparse. Como algunas veces es lícito, y es malo no hacerlo, no tengo discreción –o por decirlo mejor, humildad– para hacerlo cuando conviene. Porque verdaderamente es de gran humildad verse condenado no teniendo culpa, y es de gran imitación del Señor, que nos quitó todas las culpas. Me gustaría mucho persuadirlos a que pongáis en esto gran dedicación, porque trae consigo grandes ganancias, y tratéis vosotras mismas de estar libres de toda culpa; aunque no veo qué mayores culpas podéis tener que el no decir la verdad en caso de algún enojo o escándalo. Esto, quien tuviere más discreción que yo lo entenderá.

2. Creo que sirve mucho, para acostumbrarse a esta virtud, tratar de obtener del Señor verdadera humildad, que es el origen de la virtud; porque el verdadero humilde debe desear realmente ser tomado en poca consideración, y ser perseguido y condenado sin culpa, aun en cosas graves. Si quiere imitar al Señor, ¿en qué puede hacerlo mejor que en esto? Y aquí no se necesitan fuerzas corporales, ni ayuda de nadie más que de Dios.

3. Estas virtudes grandes, hermanas mías, querría yo que fuesen objeto de nuestro estudio y penitencia; en otras exigencias, aunque son buenas, ya sabéis que os doy ayuda cuando son demasiadas. En algunas virtudes grandes interiores, nunca puede haber demasía; no debilitan ni quitan fuerza para cumplir con la Regla, sino que fortalecen el alma. Y en cosas pequeñas se pueden acostumbrar de manera que se cumplan con éxito las muy grandes.

4. Pero ¡qué bien se escribe esto y qué mal lo hago yo! En realidad, en cosas grandes nunca he podido hacer esta prueba, porque nunca oí decir alguna cosa mala de mí que no quedasen cortos; en las mismas cosas tenía ofendido a Dios muchas veces, y me parecía que lo que decían era poco, y que me hacían un favor olvidándose de tantas otras. Siempre preferí que dijese de mí lo que no era, porque así sentía más las verdades. Las que no eran verdad, por graves que fuesen, no las sentía; pero en las cosas pequeñas seguía mi naturaleza –y sigo haciéndolo– sin advertir qué es lo más perfecto. Por eso querría yo que lo comenzara a entender temprano, y considerara lo mucho que se gana y lo nada que se pierde, según mi parecer. Se gana lo principal, que es seguir en algo al Señor. Digo en algo, porque –como he dicho antes– nunca nos culpan sin culpas, pues siempre andamos llenos de ellas; siete veces al día cae el justo³⁰ y sería mentira decir que no tenemos pecado. Así que, aunque no sea en lo mismo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo como lo estaba el buen Jesús.

³⁰ Prov 24, 16 y Jn 1, 8-10.

5. ¡Oh, Señor mío! Cuando pienso de cuántas maneras padecisteis y cómo de ninguna manera lo merecisteis, no sé qué digo ni dónde tengo el seso cuando no deseo padecer, ni dónde estoy cuando me disculpo de alguna cosa. Ya sabéis Vos, Bien mío, que si tengo algún bien no es dado por otras manos más que por las vuestras; pues, ¿qué diferencia hay, Señor, de que deis poco o deis mucho? Si es por no merecerlo, yo tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho. ¿Es posible que yo quiera que alguien sienta algo bueno por cosa tan mala? ¿Cómo, habiendo dicho tantos males de Vos, que sois el bien de todos los bienes? Es inadmisible, es inadmisible, Dios mío, y querría que Vos también vieses inadmisible que haya en vuestra sierva algo que no contente a vuestros ojos. Pues mirad que los míos están ciegos, Señor, y se contentan de muy poco. Dadme Vos luz, y haced que desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado a Vos ¡que me amáis con toda fidelidad! ¿Qué es esto, Dios mío?, ¿qué pensamos ganar al contentar a las criaturas?, ¿qué nos importa ser muy culpados por todas ellas, si delante de mi Creador estoy sin culpa? ¡Oh, hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad! Y así nunca estaremos en la cumbre de la perfección, puesto que no la consideramos mucho, pensando qué es lo que es, y qué es lo que no es.

Capítulo 23

PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA.

1. Aunque no viese otra ganancia más que la confusión que le dará a la hermana que ha cometido la culpa, el ver que vos, sin culpa, os dejáis condenar, es cosa enorme. Más levanta una cosa de éstas, a veces, que diez sermones. Pues debéis tratar de ser todas predicadoras de obras, porque el Apóstol, y nuestra incapacidad, nos impiden que lo seamos en las palabras.³¹

2. Nunca penséis que permanecerá secreto el mal o el bien que hicieréis, por encerradas que estéis. ¿Y pensáis, hijas, que aunque vos no os disculpéis, ha de faltar alguien que os defienda? Mirad cómo defendió Cristo a la Magdalena cuando la culpaba santa Marta. Cuando sea necesario, Su Majestad moverá a quien os defienda. De esto tengo grandísima experiencia, aunque más querría yo que lo olvidaseis, y os conformaseis con quedar por culpadas. Y el provecho que tendrán vuestras almas es mucho; os doy el tiempo por testigo. Se comienza a ganar libertad y a no importar que digan mal o bien de vos, tanto que parece asunto ajeno; como si estuviesen hablando otras personas delante de vos, y estuvieseis descuidada en la respuesta porque no hablan con vos. Parecerá esto imposible a los que somos muy sensibles y mortificados –y al principio sí que es difícil–, pero yo sé que se puede alcanzar esta libertad y negación y desasimiento de nosotros mismos, con el favor del Señor, poco a poco.

³¹ 1 Cor 15, 34.

Capítulo 24

QUE TRATA DE CUÁNTO HA SIDO NECESARIO LO
QUE SE HA DICHO, PARA COMENZAR A TRATAR
DE ORACIÓN.

1. Y no os parezca mucho todo esto, que ya voy iniciando el juego, como dicen. Me pedisteis que os dijese cómo se empieza a tener oración; yo, hijas, aunque no me llevó Dios por este comienzo, no sé otro. Pues creed que quien no sabe ordenar las piezas en el juego del ajedrez, mal sabrá jugar; y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Me tendréis que reprender porque hablo de juegos, no habiéndolos en esta casa ni los habrá. Aquí veréis la madre que os dio Dios, que hasta esta vanidad sabía; pero dicen que es lícito algunas veces. ¡Y cuán lícito será para nosotras este modo de jugar, y qué luego –si nos empeñamos mucho– daremos mate a este Rey divino, que no podrá ni querrá írsenos de las manos!

2. La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que logre rendirle tanto como la humildad; ésta lo atrajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella lo traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas. Y creed que quien más humildad tuviere, más le tendrá, y quien menos, menos. No puedo yo entender cómo podría haber humildad sin amor, ni amor sin humildad; ni tampoco es posible tener estas dos virtudes sin gran desasimiento de todo lo creado.

3. Diréis, hijas, que para qué os hablo de virtudes, que hartos libros tenéis que os las enseñan; que no queréis sino contemplación. Yo digo que, aun si pidiereis meditación, podría hablar de ella y aconsejar a todos que la tuvieran, aunque no tengan virtudes, porque es un principio para alcanzarlas todas, y es cosa de vital importancia para todos los cristianos. Ninguno, por perdido que sea –si Dios lo despierta a tan gran bien–, debería olvidado, como ya lo he escrito en otra parte,³² Y lo han dicho muchos otros que saben lo que escriben (porque yo no lo sé, por cierto, y Dios lo sabe).

4. Pero la contemplación es otra cosa, hijas. Este es un engaño en el que todos caemos: que empezando uno a pensar en sus pecados un rato cada día –lo que está obligado a hacer si no es cristiano sólo de nombre–, dicen luego que es muy contemplativo, y luego lo quieren ver con tan grandes virtudes como el contemplativo está obligado a tener. Y él mismo lo cree, pero se equivoca. Al principio no supo entablar el juego; pensó que bastaba conocer las piezas para dar mate, y eso es imposible, pues este Rey no se da sino a quien se le da del todo.

³² *Vida* 8 y 19, 10-13.

Capítulo 25

DE LA DIFERENCIA QUE TIENE QUE HABER ENTRE LA PERFECCIÓN DE VIDA DE LOS CONTEMPLATIVOS, Y LA DE LOS QUE SE CONTENTAN CON LA ORACIÓN MENTAL.

1. Así que, hijas, si queréis que os diga el camino para llegar a la contemplación, soportad que, en cosas que no os parecerán muy importantes, me alargue un poco; y si no queréis oírlas ni ponerlas en práctica, quedaos con vuestra oración mental toda vuestra vida. Yo aseguro a vosotras y a todo el mundo (tal vez me engañe, pero juzgo por mí y por lo que intenté durante veinte años), que así no llegaréis a verdadera contemplación.

2. Ahora os quiero explicar –porque algunas no lo entenderéis–, qué es oración mental, y quiera Dios que la tengamos como debe ser. Pero me temo que sea muy difícil tenerla si no se tienen las virtudes, aunque no sea en tan alto grado como para la contemplación. Quiero recalcar, para que no se me olvide, que no debéis tener miedo de que venga el rey. Si me sorprendéis en una mentira, no me creeréis en nada, y tendríais razón si la mentira la dijese a sabiendas; pero no permita Dios que yo haga esto, porque sería como no saber nada ni entender nada. Ocurre muchas veces que el Señor se acerca a un alma muy ruin, claro que no en pecado mortal, a mi parecer; porque una visión –aunque sea muy buena– el Señor permitirá que uno la vea, encontrándose en mal estado, para volver a acercarnos a sí, pero poner a esa alma en contemplación, no lo puedo creer; porque en aquella unión divina, donde el Señor se regala con el alma y el alma con Él, no es posible que un alma sucia sea motivo de deleite para la limpieza de los cielos, ni los ángeles regalarse con cosa que no sea suya. Ya sabemos que, pecando mortalmente, uno es del demonio; con él se puede regalar porque lo ha contentado, y ya sabemos también que sus regalos son continuo tormento aun en esta vida. Pues no le faltarán a mi Señor hijos suyos con los que se regocije, sin tener que tomar los ajenos. Su Majestad hará lo que hace muchas veces, que es quitárselos de las manos.

3. ¡Oh, Señor, cuántas veces os hacemos enfrentarnos con el demonio! ¿No bastará que le hayáis permitido llevaros a la cumbre de la montaña, para enseñarnos a vencerlo? Pero, ¡cómo sería, hijas, ver a aquel sol junto con las tinieblas, y qué temor tendría aquel desventurado, sin saber por qué, pues Dios no permitió que lo entendiese; y cuán merecido tenía, por su atrevimiento, que Dios creara un nuevo infierno para él! Bendita sea tanta piedad y misericordia; los cristianos deberíamos avergonzarnos de hacerlo enfrentarse cada día, como he dicho, con tan sucia bestia. Fue necesario, mi Señor, que tuvieseis los brazos muy fuertes; pero ¿cómo no os quedaron débiles con tantos tormentos que pasasteis en la cruz? ¡Oh, si todo lo que se sufre con amor vuelve a soldarse! Y así creo que, si hubieseis quedado con vida, el mismo amor que nos tenéis habría vuelto a cerrar vuestras llagas, sin necesidad de otra medicina. Parece que digo desatinos, pero no es así, pues mayores cosas que ésta hace el amor divino, y por no parecer curiosa –ya que lo soy– ni daros mal ejemplo, no traigo aquí algunas de ellas.

Capítulo 26

EN QUE TRATA CÓMO ES POSIBLE ALGUNAS VECES
QUE DIOS SUBA UN ALMA DE ESTA VIDA A PERFECTA
CONTEMPLACIÓN, Y LA CAUSA DE ELLO. ES MUY
IMPORTANTE ESTE CAPÍTULO.

1. Así que cuando el Señor quiere, vuelve el alma hacia sí y –no teniendo aún estas virtudes– en contemplación. Ocurre algunas veces y dura poco. Esto, como dije, ocurre porque quiere probarlas para saber si con aquel favor se dispondrán a gozarle muchas veces. Pero si no se disponen, perdonen –o mejor dicho perdonadnos Vos, Señor–, pues es harto malo que un alma a la que os habéis acercado de esa forma, se acerque después a cosas de la vida para atarse a ellas.

2. Creo que hay muchos con los que Dios hace esta prueba, y pocos son los que se disponen para gozar para siempre de esta merced; cuando el Señor la hace y no la rechazamos, tengo por cierto que nunca cesa de dar hasta llegar a muy alto grado. Cuando no nos damos a Su Majestad con la determinación que Él se da a nosotros, harto hace con dejarnos en oración mental y visitarnos de vez en cuando –como a criados que están en su viña–. Pero estos otros son hijos predilectos, no los querría alejar de sí, ni los aleja, porque ellos ya no se quieren alejar; los sienta a su mesa, les da de lo que come hasta quitarse el bocado de la boca para dárselo.

3. ¡Oh dichoso cuidado, hijas mías! ¡Oh bienaventurado abandono de cosas tan pequeñas y tan vanas, que conduce a tan gran estado! Mirad qué os puede importar –estando en los brazos de Dios– que todo el mundo os culpe, aunque se quiebren la cabeza gritando. De una sola vez mandó el Señor o pensó que se hiciera el mundo, y el mundo se hizo. Su voluntad es obra. Pues no tengáis miedo de que les permita hablar porque será para mayor bien vuestro; Él quiere a quien le quiere. De todas las maneras que puede mostrar el amor, lo muestra. Entonces ¿por qué, hijas mías, no se lo vamos a mostrar nosotras en cuanto podemos? Mirad qué hermoso trueque: su amor por el nuestro. Mirad que lo puede todo, y acá no podemos sino lo que Él nos permite poder. Entonces, ¿qué es esto que hacemos por Vos, Señor, hacedor nuestro? Es tanto como nada: una determinacióncilla. Pues, si por lo que no es nada, Su Majestad quiere que merezcamos el todo, no seamos desatinadas.

4. ¡Oh, Señor!, todo el daño nos viene por no tener puestos los ojos en Vos, porque si no mirásemos otra cosa más que el camino, pronto llegaríamos; pero tenemos mil caídas y tropiezos y erramos el rumbo por no poner los ojos en el camino verdadero. Parece que nunca se hubiera andado este camino, por lo nuevo que se nos hace. Es cosa que lastima, por cierto; quiero decir que no parecemos cristianos, ni que hubiéramos leído la Pasión en nuestra vida. ¡Válgame Dios, y nos detenemos en un pequeño punto de honra! Y después, el que os dice que no hagáis caso de ello, parece que no fuera cristiano. Yo me reía, o me afligía, por lo que veía algunas veces: en el mundo, y aun, por desgracia, en la vida religiosa, no se soporta el ser considerado en menos ni siquiera un poquito. Luego se excusan diciendo que no son santos.

5. Dios nos libre, hermanas, cuando hiciéremos algo que no es perfecto, decir “no somos ángeles”, “no somos santas”. Mirad que, aunque no lo seamos, es gran bien pensar –si nos esforzamos–, en que Dios nos dará la mano para serlo; no tengáis miedo que Él se quede atrás si no nos quedamos nosotras. Como no venimos aquí a otra cosa,

¡manos a la obra!, como dicen. Que no haya cosa, en que se sirva al Señor, que no presumamos hacerla bien con su favor. Esta presunción querría yo en esta casa, presunción que hace crecer la humildad: estar siempre con ánimo, porque Dios lo da a los fuertes y no es aceptador de personas, y os lo dará a vosotras y a mí.

6. Mucho me he alargado; quiero volver a lo que decía, que creo era explicar qué es oración mental y contemplación. Parece impertinente, pero todo sea por vosotras; tal vez lo entenderéis mejor con mi grosero estilo que con otros más elegantes.

Capítulo 27

CÓMO NO TODAS LAS ALMAS SON PARA CONTEMPLACIÓN Y CÓMO ALGUNAS LLEGAN A ELLA TARDE, Y CÓMO EL VERDADERO HUMILDE HA DE IR CONTENTO POR EL CAMINO EN QUE LO LLEVA EL SEÑOR.

1. Parece que voy entrando en el tema de la oración, y me falta algo que decir, que viene mucho al caso, porque se relaciona con la humildad y es necesario en esta casa. Todas os interesáis en la oración, y debéis hacerlo, y –como he dicho– para eso sirve mucho que tratéis de ejercitaros de muchas maneras en la humildad. Ésta es muy necesaria para todas las personas que se dan a la oración. ¿Como podrá el verdadero humilde pensar que él es tan bueno como los que llegan a este estado? Que Dios puede hacer que él lo merezca, sí, por los méritos de Cristo; pero siempre siéntase en el más bajo lugar. Dispóngase por si Dios le quisiera llevar por ese camino; y si no lo lleva, para eso es la verdadera humildad: para considerarse dichosa de ser sierva de las siervas del Señor y alabarle, porque mereciendo el infierno la trajo entre ellas.

2. No digo esto sin un gran motivo, porque –como he dicho– importa mucho entender que no a todos lleva Dios por un camino; y tal vez el que crea ir muy por abajo, esté más alto a los ojos del Señor. No porque en esta casa haya costumbre de ejercicio y oración, han de ser por fuerza todas contemplativas. Es imposible, y será un gran desconsuelo para la que no lo es, no entender esta verdad: que esto es algo que da Dios. Y como no es necesario para la salvación, ni Dios nos lo pide como premio, piense que nadie se lo pedirá, y que no por eso dejará de ser muy perfecta, si hace lo que aquí le aconsejo. Antes bien, es posible que tenga mucho más mérito, porque le cuesta más trabajo, y el Señor la tiene consigo como persona fuerte, y le tiene guardado todo lo que aquí no goza. No por eso debe desmayar, ni dejar la oración, ni dejar de hacer lo que todas hacen; porque a veces el Señor viene muy tarde, y paga igualmente bien, y todo de una vez, lo que en muchos años ha ido dando a otros.

3. Yo estuve catorce años sin poder tener meditación si no tenía lectura. Habrá muchas personas que, aun con lectura, no pueden tener meditación, sino sólo rezar vocalmente, y en esto se detienen más y hallan algún gusto. Hay pensamientos tan ligeros que no pueden detenerse en una cosa, y están siempre desasosegados, a tal extremo que si quiere detenerlos para pensar en Dios, se les van en mil vanidades y escrúpulos y dudas de fe. Yo conozco una monja bien vieja –y quisiera Dios que mi vida fuese como la suya–, muy santa y penitente, y en todo gran monja, de mucha oración vocal, mientras en la oración mental no ha tenido remedio; a lo más puede, poco a poco, detenerse en las avemarías y padrenuestros. Y su obra es muy santa. Y a muchas otras personas les ocurre lo mismo; pero si hay humildad no creo que al cabo del año salgan peor libradas que los que encuentran muchos gustos en la oración. Tal vez puedan ser sus pocos gustos más verdaderos, en parte; porque ¿qué sabemos si son gustos de Dios o si los pone el demonio? Y si no son de Dios, es más peligroso, porque el demonio trabaja en poner soberbia; si son de Dios, no hay que temer, como escribí en otro libro.³³

4. Estos otros andan con humildad, siempre cuidadosos de que no sea su culpa, siempre con temor de avanzar. Si ven a otro llorar una lágrima que ellos no tengan, les parece que están muy atrás en el servicio de Dios –mientras están seguramente mucho más adelante–; porque las lágrimas, aunque son buenas, no son todas perfectas, y la

³³ Vida 17, 3; 20, 7; 28, 9; 40, 9-10.

humildad y mortificación y desasimiento siempre son virtudes seguras. No tengáis miedo de no llegar a la perfección como los muy contemplativos.

5. Santa era santa Marta, aunque no la describen como contemplativa; ¿y pretendéis llegar a ser más que esta bienaventurada que mereció tener a Cristo nuestro Señor tantas veces en su casa, y darle de comer y servirle, y tal vez comer en su mesa y aun en su plato? Si ambas hubieran estado embebidas, como la Magdalena, nadie habría dado de comer al huésped celestial. Pues pensad que esta congregacioncita es la casa de santa Marta, y que debe haber de todo. Y las que fueren atraídas por la vida activa no murmuren contra las que se embebieren mucho en la oración, porque muchas veces se descuidan de sí y de todo.

6. Acuérdense que, si ellas callan, por ellas responde el Señor, y ténganse por dichosas de ir a prepararles la comida. Miren que la verdadera humildad creo que consiste en estar muy dispuestos a contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de ellos, y en considerarse siempre indignos de llamarse sus siervos. Si contemplar y tener oración mental y vocal, y curar enfermos y servir en cosas de la casa, y desear cumplir el trabajo más bajo, si todo eso es para servir al huésped que viene a estar con nosotras, a comer y descansar, ¿qué más da lo uno o lo otro?

Capítulo 28

LO MUCHO QUE SE GANA AL CONSEGUIR LA CONTEMPLACIÓN, Y LO MALO QUE SERÍA QUEDAR SIN ELLA POR CULPA NUESTRA.

1. No digo yo que no la obtengáis por vuestra iniciativa, sino que lo probéis todo, porque no está en vosotras el escoger, sino en el Señor; pero si después de muchos años quiere que cada una esté en su oficio, bonita humildad será de parte vuestra el escoger. Dejad hacer al Señor de la casa: es sabio, es poderoso, entiende lo que os conviene y también lo que a Él conviene. Estad seguras que, haciendo lo que está en vosotras y preparándoos para subida contemplación con la perfección que he dicho, si Él no os la da aquí (lo que creo no dejará de dar si el desasimiento es verdadero), ese regalo os lo tiene guardado. Y es porque –como os he dicho otra vez– os quiere conducir como a personas fuertes y daros acá cruz como Su Majestad siempre la tuvo. Y ¿qué mejor amistad que querer para vosotras lo que quiso para Sí? Y posiblemente no tendríais tanto premio en la contemplación. Los juicios son suyos, no debemos meternos en ellos; harto bueno es que no esté en nosotros el escoger, porque luego –como nos parece más descansado– seríamos todos grandes contemplativos.

2. Pues yo digo, hijas, a las que no lleva Dios por este camino, que los que van por él no llevan la cruz más liviana, y que os espantarían los caminos y maneras con que Dios da esas cruces. Yo sé de unos y de otros, y sé bien que son intolerables los trabajos que Dios da a los contemplativos; y son tales, que si no les diese aquel manjar gustoso no se podrían soportar. Está claro que a los que Dios mucho quiere, los lleva por caminos de trabajos, y mientras más los ama, mayores; del mismo modo no hay por qué creer que aborrece a los contemplativos, pues con su boca los alaba y dice que son sus amigos.

3. Creer que Dios admite a su amistad a gente regalada y sin trabajos es un desatino. Tengo por muy cierto que Dios se los da mucho mayores; los lleva por camino borrascoso y áspero, y a veces les parece perderse y deben comenzar de nuevo todo lo andado. Y el Señor necesita darles mantenimiento, y no agua, sino vino, para que, emborrachados, no entiendan lo que pasa y lo puedan soportar. Por eso, veo a pocos verdaderos contemplativos que no sean animosos; lo primero que hace el Señor –si flaquean– es darles ánimo y hacer que no teman el trabajo que pueda venir.

Capítulo 29

QUE PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA, Y DICE CUÁNTO SON MAYORES LOS TRABAJOS DE LOS CONTEMPLATIVOS QUE LOS DE LOS ACTIVOS. ES DE MUCHO CONSUELO PARA ELLOS.

1. Creo que los de la vida activa piensan que, por un poquito regalados que vean a los otros, no hay nada mejor. Pues yo os digo que un solo día de los que ellos pasan tal vez no lo podríais soportar. Así que el Señor, como conoce a todos y para qué son, da a cada uno su oficio, el que ve que más le conviene a su alma y al mismo Señor y al bien del prójimo. Y, a menos que os falte por no haber estado dispuestos, no tengáis miedo que se pierda vuestro trabajo. Mirad que digo que todas lo intenten –pues no estamos aquí para otra cosa–; y no un año, ni diez, para que no parezca que lo dejáis por cobardes, y es bueno que el Señor entienda que no lo dejáis por culpa vuestra. Es como los soldados que han servido mucho: para que el capitán los mande, han de estar siempre listos, pues en cualquier oficio que sirvan les han de dar su sueldo muy bien pagado. ¡Y qué mejor pagado que el de los que sirven al Rey!

2. Si no están ausentes, y el capitán los ve con deseos de servir, ya sabe –aunque no tan bien como nuestro celestial Capitán– para qué sirve cada uno, y reparte los oficios según sus fuerzas; si no estuviesen allí, no les ordenaría nada ni les mandaría que sirviesen en nada al Rey. Así que, hermanas, oración mental, y quien no pudiere con ésta, oración vocal y lecturas y coloquios con Dios, como después diré. Nunca lo limite a las horas obligadas; no sabe cuándo la llamará el Capitán y le querrá dar más trabajo disfrazado con gusto. Si no las llamaren, entiendan que no son para eso y que les conviene lo otro; y aquí entra la verdadera humildad: creer de verdad que, aunque no fuese para lo que hace, ha de andar alegre sirviendo en lo que le manden.

3. Y si la humildad es verdadera, es bienaventurada la sierva de vida activa que no murmura sino de sí misma. Y querría harto más ser ella, que no alguna de las contemplativas. Déjelas a las otras con su guerra, que no es pequeña. ¿No saben que en las batallas los alféreces y capitanes son los que están más obligados a pelear?

4. Un pobre soldado va paso a paso, y si alguna vez se esconde para no entrar donde ve el mayor tropel, nadie se da cuenta, ni pierde honra ni vida. El alférez –aunque no pelea– lleva la bandera, y aunque le hagan pedazos no la debe dejar caer de sus manos; todos tienen los ojos en él. ¿Pensáis que tiene poco trabajo aquél que recibe del Rey estos oficios? Por un poquito más de honra se obliga a padecer mucho más, y si muestra tan sólo un poco de flaqueza, todo se pierde. Así que, amigas, como no nos entendemos ni sabemos lo que pedimos, dejemos hacer al Señor, que nos conoce mejor que nosotras mismas. La verdadera humildad es andar contentas con lo que nos dan; hay personas que parece quieren pedir por justicia regalos a Dios. ¡Donosa forma de humildad! Por eso hace bien el que nos conoce a todos: que raramente los da a éstos, pues ve claro que no son para beber el cáliz.

5. Si estáis aprovechadas, hijas, entenderéis cada una ser la más ruin de todas (y esto debe entenderse en sus obras, para aprovechamiento y bien de los demás); no tratéis de ser la que tiene más gustos en la oración y arrobamientos o visiones, o cosas de esta clase, porque hemos de esperar a estar en el otro mundo para ver su valor. Esto otro es moneda que corre, es renta que no falta, son juramentos perpetuos y no palabras de quitar y poner, es una virtud grande de humildad, de mortificación, de grandísima

obediencia en no ir ni una tilde contra lo que nos manda el prelado (que sabéis verdaderamente que os lo manda Dios, en cuyo lugar está). Esto es lo que más quería decir, porque me parece que si no hay esto, es no ser monjas; como hablo con monjas y, a mi parecer buenas religiosas –o que al menos quieren serlo–, no digo más. En cosa tan importante basta una palabra, sólo para que no se olvide.

6. Digo que quien estuviere por voto bajo obediencia y faltare, no teniendo el mayor cuidado en cumplir con perfección este voto, no sé para qué está en este monasterio; al menos yo le aseguro que si alguien aquí faltare, nunca llegará a ser contemplativo: lo tengo por muy cierto. Y aunque sea persona que no tiene obligación, si quiere o pretende llegar a contemplación, debe dejar su voluntad con la mayor decisión en un confesor que le entienda. Como esto se sabe ya muy sabido, y lo han escrito muchos y para vosotras no es necesario y no hay más que hablar de ello.

7. Concluyo que estas virtudes, hijas mías, son las que quiero que tengáis, y las que tratéis de tener, y las que envidiéis. Esas otras devociones, de ninguna manera; son cosa incierta. Puede ser que Su Majestad permita que esa ilusión del demonio os engañe como lo ha hecho con muchas; en mujeres es cosa peligrosa. Si podéis servir tanto al Señor con cosas seguras, ¿quién os mete en esos peligros? Me he alargado en esto porque sé que conviene, pues esta naturaleza nuestra es flaca; a quien Dios quisiere dar la contemplación, lo hará fuerte, y a los que no, no estarán de más estos avisos por los cuales también se humillarán las contemplativas. Si decís, hijas, que vosotras no lo necesitáis, alguna habrá, por lo menos, que saque provecho de ellos. El Señor, por ser quien es, os dé luz para seguir en todo su voluntad, y así no habrá nada que temer.

Capítulo 30

QUE COMIENZA A TRATAR DE LA ORACIÓN. SE DIRIGE
A ALMAS QUE NO PUEDEN DISCURRIR CON
EL ENTENDIMIENTO.

1. Hace tantos días que escribí lo anterior sin haber tenido ocasión de volver a lo mismo, que, si no lo volviese a leer, no sabría lo que he dicho. Para no perder tiempo tendrá que salir sin concierto, como saliere. Para entendimientos concertados, y para almas que están ejercitadas y pueden estar consigo mismas hay tantos libros tan buenos, escritos por personas de tal calidad, que sería un error hicieseis caso de lo que yo digo en cosas de oración. Tenéis libros en los que, en cada día de la semana, están repartidos los pasos de la sagrada pasión y otras meditaciones acerca de juicio y de infierno, y de nuestra pequeñez y de las mercedes de Dios, con excelente doctrina, y ordenadas para el principio y fin de la oración. Quien pudiere y tuviese ya costumbre de hacerlo, no hace falta decir que por tan buen camino el Señor lo hará llegar a puerto de luz, y con tal principio el final será bueno. Todos los que pudieren ir por este camino tendrán descanso y seguridad, porque, teniendo de la brida al entendimiento, se anda con descanso.

2. Pero de lo que yo querría tratar y dar algún consejo, si Dios me permite acertar, es de otra cosa. (Y si no acierto, espero que al menos entendáis que hay muchas almas que pasan este trabajo, para que no os angustiéis las que al principio lo tuviereis, y encontréis en él algún consuelo). Hablo de unas almas y unos entendimientos tan desatinados que parecen caballos desbocados que no hay quien los haga parar: van de aquí para allá, siempre con desasosiego. Y aunque, si es diestro el que va en él, no siempre se pone en peligro, a veces sí lo hace. Y aun cuando va seguro por su vida, no lo está de hacer cosas desdeñables, y va siempre con gran trabajo. De las almas que proceden así, ya sea por su naturaleza misma o porque Dios lo permite, tengo yo mucha lástima; me parece que son como personas que tienen mucha sed y ven el agua muy lejos, y cuando quieren ir allá, encuentran quien les impide el paso al principio, al medio y al final del camino. Ocurre que cuando con su trabajo –y con harto trabajo– han vencido ya a los primeros enemigos, se dejan vencer por los segundos y prefieren morir de sed a beber agua que ha de costarles tanto. Se les agotó el esfuerzo, les faltó el ánimo. Y cuando algunos encuentran ánimo para vencer también a los segundos enemigos, llegando ante los terceros se les acaba la fuerza; y tal vez estaban sólo a dos pasos de la fuente de agua viva que, como dice el Señor a la Samaritana, “quien la bebiere no tendrá sed”.³⁴ ¡Y con cuánta razón y qué gran verdad es –como que está dicho por la boca de la misma Verdad– que no tendrá sed de ninguna cosa de esta vida! (Y esto es así, aunque la sed crezca mucho más de lo que podemos imaginar, a causa de nuestra sed natural de las cosas de la otra vida). Pero, aunque es una sed que se desea tener –porque el alma entiende su gran valor–, y es sed penosísima y que angustia, trae consigo la misma satisfacción que se obtiene cuando esa sed se apaga; de manera que es una sed que no ahoga sino a las cosas terrenas, antes bien, da hartura. Y así, cuando Dios la satisface, la mayor merced que puede hacer al alma es dejarla con la misma necesidad, y siempre con mayor deseo de volver a pedir de esa agua.

³⁴ Jn 4, 13.

Capítulo 31

QUE TRATA DE UNA COMPARACIÓN QUE EXPLICA ALGO ACERCA DE LA CONTEMPLACIÓN PERFECTA.

1. El agua tiene tres propiedades que ahora recuerdo que me hacen al caso; muchas otras debe tener. La primera es que enfría. Por mucho calor que uno tenga, si entra en un río, se le quita; si hay un gran fuego, con ella se apaga, a menos que el fuego sea de alquitrán, que dicen se enciende más. ¡Oh, válgame Dios!, qué de maravillas hay en este encenderse más el fuego con el agua cuando es fuego fuerte, poderoso, no sujeto a los elementos, pues el agua –aun siendo un elemento contrario– no lo empequeñece, y más bien lo hace crecer. ¡Cómo quisiera aquí ser filósofo para saber las propiedades de las cosas y saberlas explicar! Porque me gustaría hacerlo, y no sé decir lo que entiendo, y tal vez ni siquiera lo sé entender.

2. Dios, hermanas, os trae a beber de esta agua, y las que ahora la bebéis y gustareis de ella, entenderéis cómo el verdadero amor de Dios es señor de todos los elementos del mundo, cuando es fuerte y libre ya del todo de cosas de la tierra, sobre las cuales vuela. Y como el agua procede de la tierra, no tengáis miedo que apague este fuego; no está en su jurisdicción, aunque sean contrarios; es el señor absoluto y no le está sujeto. No os molestéis, hermanas, de lo mucho que he insistido en este libro para que logréis esa libertad. ¿No es una linda cosa que una pobre monjita de san José pueda llegar a señorear sobre toda la tierra y los elementos? ¿Y los santos que, con el favor de Dios, hicieron con ellos lo que querían? A san Martín, el fuego y las aguas le obedecían; a san Francisco, hasta los peces. Pues –con la ayuda de Dios y haciendo todo lo que pudieron– casi tenían el derecho de pedírselo. ¿Pensáis que cuando el salmista dice que todas las cosas están sujetas y puestas debajo de los pies de los hombres, habla de todos los hombres? No lo penséis; antes bien, veo yo a algunos de los sujetos debajo de los pies de las cosas. Conocí a un caballero al que, discutiendo sobre medio real, le mataron; ¡mirad a qué miserable precio se sujetó! Y hay muchas cosas que veréis cada día por las que conoceréis que digo la verdad. Pues sí, el salmista no pudo mentir –porque está dicho por el Espíritu Santo–, sino que me parece a mí que ha dicho esto refiriéndose a los seres perfectos que señorean sobre las cosas de la tierra.

3. Pues si es agua del cielo, no temáis que apague este fuego más que esta otra agua que lo aviva. Esta agua y este fuego no son contrarios, sino de la misma tierra; no tengáis miedo que se dañen el uno al otro; antes bien, cada uno ayuda al otro en su efecto, porque el agua lo enciende más y lo ayuda a sustentarse, y el fuego ayuda al agua a enfriarse. ¡Válgame Dios, qué cosa tan hermosa y asombrosa ésta de que el fuego enfría, sí, y aun congela todos los afectos del mundo! Cuando con él se junta el agua viva del cielo, no tengáis miedo que le dé ni una pizca de calor a ninguna.

4. Otra propiedad es limpiar cosas no limpias. Si no hubiese agua para lavar, ¿qué sería del mundo? Sabed que esta agua viva, esta agua celestial, esta agua clara, limpia tanto (cuando no está turbia, cuando no tiene lodo, sino que se toma de la misma fuente), que cuando se bebe, tengo por cierto que deja el alma clara y limpia de todas las culpas. Porque –como ya he escrito–³⁵ Dios no permite (no está en nuestra voluntad hacerlo) que beban de esta agua de perfecta contemplación, de verdadera unión, si no es para limpiar el alma y dejarla libre del lodo en que por las culpas estaba metida. Porque otros gustos que llegan a través del entendimiento, por mucho que se esfuercen traen el agua

³⁵ *Vida* c. 19.

haciéndola recorrer la tierra, no la beben junto a la fuente, y no faltan en este camino cosas lodosas que la detengan y no la dejen seguir tan pura, tan limpia. A ésta no la llamo yo agua viva, según lo entiendo.

5. La otra propiedad del agua es que sacia y quita la sed; a mí me parece que sed quiere decir deseo de una cosa que nos hace tanta falta que su falta nos mata. Extraña cosa es ésta, que si nos falta, nos mata; y si nos sobra, nos acaba la vida, así como se ve morir a muchos ahogados. ¡Oh Señor mío, quién pudiese ahogarse hundida en esta agua viva! Pero no puede ser. Desearla, sí, porque el amor y deseo de Dios puede crecer tanto que la persona no pueda soportarlo, y así ha habido personas que han muerto. Yo sé de una³⁶ que, si Dios no la hubiese socorrido pronto con esta agua viva en grandísima abundancia con arrobamientos, tenía esta sed tan grande, crecía tanto su deseo, que entendía claramente que era muy posible, si no la ayudaran, morir de sed. ¡Bendito sea el que nos invita a beber en su Evangelio!

³⁶ Ella misma.

Capítulo 32

EN QUE TRATA CÓMO SE HAN DE MODERAR, A VECES, LOS ÍMPETUS SOBRENATURALES.

1. Y así como en nuestro Bien y Señor no puede haber cosa que no sea cabal, como lo es el hecho que sólo Él pueda darnos esta agua que necesitamos, por mucha que ella sea, no puede haber exceso en cosa suya. Porque si da mucho, hace al alma capaz de beber mucho; como un vidriero que hace la vasija del tamaño que necesita para que quepa lo que ha de echar en ella. El deseo, como es nuestro, nunca va sin alguna falta; si alguna cosa buena lleva, es lo que en él ayuda el Señor. Pero somos tan indiscretos, que, como es una pena suave y gustosa, nunca nos parece hartarnos de esta pena; comemos sin tasa, ayudamos como podemos a aumentar este deseo, y así algunas veces mata. ¡Dichosa tal suerte! Pero, tal vez, con la vida se ayudaría a otros para morir a causa del deseo de tal muerte. Y esto creo que es lo que hace el demonio, porque sabe el daño que puede hacer contra la vida, y así tienta con inoportunas penitencias para quitar la salud, con lo cual no es poco lo que gana.

2. Quiero decir que quien llega a tener esta sed tan impetuosa, que tenga cuidado, porque es seguro que tendrá esta tentación, y aunque no muera de sed, acabará con la salud. Cuando este crecimiento de deseo es tan grande, trate de no añadir nada a él, sino de cortar con suavidad el hilo al ímpetu con esta consideración: que nuestra misma naturaleza podrá actuar tanto como el amor, y hay personas que cualquier cosa –aunque sea mala– la desean con gran vehemencia. Parece desatino el atajar una cosa tal; pues no lo es. Yo no digo que se quite el deseo, sino que se ataje, y tal vez pueda hacerse con otro deseo que sea igualmente meritorio.

3. Quiero decir algo para que me entiendan. Da un gran deseo de verse ya con Dios y libre de esta cárcel, como el que tenía san Pablo,³⁷ y algunas personas impetuosas llegan, sin darse cuenta, a dar de ello muestras exteriores (que hay que excusar en la medida que se pueda).

4. Cambie el deseo con el pensar que, si vive, servirá más a Dios, y podría ser que dé luz a alguna alma que se iba a perder. Y es buen consuelo éste para tan gran trabajo, y calmará su pena y ganará en tener gran caridad que, por servir al mismo Señor querrá acá sufrir un día. Es como si alguien tuviese un gran trabajo o un grave dolor, y se le consuele y se le diga que tenga paciencia.

5. Y si el demonio ayudó en alguna manera a tener tal deseo (como lo hizo con alguien a quien dijo que se lanzase en un pozo para ir a ver a Dios),³⁸ es señal de que no estaba lejos de hacer crecer aquel deseo. Si éste fuera cosa del Señor, no le haría daño (es imposible, porque lo del Señor trae consigo la luz y la discreción y la medida); en cambio este adversario, por donde puede, trata de dañar. Y como no anda descuidado, no lo andemos nosotros. Éste es un punto importante para muchas cosas, que a veces es necesario no olvidar.

6. ¿Para qué, hijas, pensáis que he querido explicar el final y mostrar el premio antes de la batalla, al deciros el bien que trae consigo el llegar a beber de esta fuente celestial y

³⁷ Fil 1, 23.

³⁸ Casiano, *Colaciones* 2, 5.

de esta agua viva? Para que no os asustéis del trabajo y contratiempos que hay en el camino, y vayáis con ánimo y no os canséis. Como ya he dicho, puede ser que no os falte más que bajaros a beber, y pensando que no tenéis fuerza para llegar y que no sois para ello lo dejéis todo y perdáis este bien.

7. Mirad que el Señor convida a todos; como es la verdad, no hay que dudar. Si este convite no fuera general, no los llamaría Dios a todos, y aunque los llamara no diría: “Yo os daré de beber”.³⁹ Habría podido decir: venid todos, porque, en fin, no perderéis nada, y yo daré de beber a los que a mí me pareciere. Pero como dijo, sin condiciones, a todos, tengo por cierto que todos los que no se quedaren en el camino, recibirán esta agua viva.

³⁹ Jn 7, 37.

Capítulo 33

EN QUE TRATA CÓMO, POR DIFERENTES VÍAS, NUNCA
FALTA CONSUELO EN EL CAMINO DE LA ORACIÓN.

1. Parece que me contradijera, porque cuando consolaba a las que no llegaban aquí, dije que Dios, nuestro bien, tenía diferentes caminos que iban a Él de diferentes maneras, y que por eso había muchas moradas. Vuelvo a decir lo mismo, porque Su Majestad, conociendo nuestra flaqueza, resolvió como quien es. Pero no dijo: vengan unos por este camino, y por éste otro; sino que fue tan grande su misericordia, que a nadie impidió que tratase de venir a beber a esta fuente de vida.

2. ¡Bendito sea Él, y con cuánta razón me lo hubiese impedido a mí! En cambio, no me mandó que dejase el intento, y cuando lo comencé, no me echó a lo profundo; por eso estoy segura que no se lo impide a nadie, antes bien, nos llama a voces públicamente. Pero, como es tan bueno, no nos fuerza; por el contrario, a los que le quieren seguir da de beber de muchas maneras, para que ninguno se desconsuele y muera de sed. De esta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes, otros pequeños, y aun algunas veces charquitos para niños, que parecen ser suficientes para los que están muy al principio de la virtud. Así que, hermanas, no temáis morir de sed en el camino; el agua de consolación nunca falta tanto que no se pueda soportar. Y como esto es así, aceptad mi consejo y no os quedéis en el camino, sino pelead como valientes hasta morir en el intento, pues no estáis aquí para otra cosa más que para pelear. Y si vais siempre con esta decisión, es decir, antes morir que dejar de llegar a la fuente, si el Señor os conduce sin que podáis llegar a ella en esta vida, en la otra os la dará con toda abundancia, y beberéis sin temor que os haya de faltar por culpa vuestra. Quiera el Señor que no nos falte su misericordia, amén.

Capítulo 34

QUE PERSUADE A LAS HERMANAS PARA QUE DESPIERTEN A ORACIÓN A LAS PERSONAS QUE TRATAREN.

1. Para comenzar este camino de manera que no haya error desde el principio, tratemos ahora de cómo se debe comenzar esta jornada, porque es lo que más importa: todo importa para todo. No digo que quien no tenga la determinación de que hablaré deje de comenzar, pues Dios le irá perfeccionando; y aun cuando no hiciese más que dar un paso, el camino mismo tiene en sí tanta virtud, que ¡no tenga miedo de perderlo ni de no ser muy bien recompensado! Tiene en sí grandes perdones, a veces más, a veces menos. Digamos que es como quien tiene una cuenta de perdones, que si pide una vez, gana, y mientras más pide, más gana; pero si nunca llega a ella, sino que la tiene guardada, mejor sería no tenerla. Así que, aunque no vaya después por el mismo camino, lo poco que hubiere andado en él le dará luz para andar bien por los otros; y más luz tendrá mientras más anduviere. En fin, tenga por cierto que el haberlo comenzado no le hará daño alguno aunque lo deje, porque el bien nunca hace mal. Por eso, hermanas, a todas las personas que os trataran, si veis en ellas disposición y alguna amistad, intentad quitarles el miedo de comenzar un bien tan grande. Y por amor de Dios os pido que vuestro trato esté siempre ordenado a algún bien para aquellos con quienes habláis, pues vuestra oración ha de ser para provecho de las almas, y esto es lo que debéis pedir siempre al Señor. Estaría mal, hermanas, no intentar lograrlo de todas maneras.

2. Si queréis ser buenos deudos, ésta es la verdadera amistad; Si queréis ser buen amigo, entended que no lo podéis ser sino por este camino. Si anda la verdad en vuestros corazones gracias a la meditación, veréis claro el amor que estamos obligadas a tener al prójimo. Ya no es tiempo, hermanas, de juegos de niños: no parecen otra cosa estas amistades del mundo, aunque sean buenas; no os detengáis en “si me queréis”, “si no me queréis”, ni haya tales conversaciones entre vosotras, ni con hermanos ni con nadie. La amistad debe estar fundada en un gran fin y provecho para esa alma. Puede ocurrir que, para que un deudo o hermano u otra persona os escuche una verdad y la admita, tengáis que disponerlo con estas conversaciones y muestras de amor –que siempre contentan a la sensualidad–; puede ser que consideren más una buena palabra –así las llaman– que muchas de Dios, y así después éstas puedan caber. Por eso, yendo con la advertencia de obtener provecho, no las niego. Pero, de no haber este cuidado, ningún provecho puede traer, y podrían hacer daño sin entenderlo vosotras. Ya saben que sois religiosas y que vuestro trato es de oración. No debéis pensar: “No quiero que me tengan por buena”, porque el provecho o daño que vieren en vosotras es común. Y es un gran mal que las que tanta obligación tienen de hablar siempre en nombre de Dios, crean que es bueno disimular en este caso, a menos que no sea para un mayor bien. Éste es vuestro trato y lenguaje; quien os quisiere tratar, debe aprenderlo, y si no, guardaos vosotras de aprender el suyo, porque será el infierno.

3. Si os tuvieren por groseras, poco importa; si por hipócritas, menos; así ganaréis el hecho de que no os vea sino quien habla vuestra lengua, porque uno que no sabe de palabrerías, no gusta mucho de tratar con quien no sabe otro lenguaje. Y así no os cansarán ni os dañarán, porque no sería poco daño el comenzar a aprender una nueva lengua; perderíais mucho tiempo en ello. Y no podéis saber, como lo sé yo que lo he experimentado, el gran trabajo que eso da al alma, porque por aprender una se le olvida la otra, y es un perpetuo desasosiego del que tenéis que huir de todas maneras. Porque

lo que más conviene para este camino que comenzamos a tratar, es paz y sosiego para el alma.

4. Si los que vinieren quisieren aprender vuestra lengua, no es vuestra tarea la de enseñarla, pero sí la de decir las riquezas que se ganan aquí tratando de aprenderla. De esto no os canséis, sino con piedad y amor y oración lograd que, entendiendo la gran ganancia que trae consigo, vayan a buscar al maestro que se la enseñe; no sería poca merced que el Señor os hiciera despertar a un alma para esto. Pero ¡qué de cosas aparecen comenzando a tratar de este camino! ¡Ojalá pudiera yo escribir con muchas manos para que ninguna se olvidara!

Capítulo 35

EN QUE DICE LO MUCHO QUE IMPORTA COMENZAR
CON GRAN DETERMINACIÓN, Y NO HACER CASO
DE LOS INCONVENIENTES QUE EL DEMONIO
PONE PARA COMENZAR.

1. No os espantéis, hijas, porque es camino real para el cielo. Se gana por él gran tesoro; no es mucho lo que nos parece que cuesta mucho. Tiempo vendrá en que se entienda qué poca cosa es todo para tan grande precio.

2. Ahora pues, volviendo a los que quieren beber de esta agua de vida y quieren caminar hasta llegar a la misma fuente, digamos cómo deben comenzar. Importa mucho (y aunque en algunos libros he leído lo bien que hace observar este principio, me parece que no se pierde nada con repetirlo aquí), partir con una muy grande y firme determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que se trabajare, murmure quien murmure; no pensar que tal vez no llego, que me puedo morir en el camino o no tenga fuerzas para los trabajos que hay en él, o que se hunda el mundo. Muchas veces se oye decir “hay peligros”, “fulana por aquí se perdió”, “el otro se engañó”, “el otro que rezaba cayó”, “dañan la virtud”, “no es para mujeres, porque les vienen ilusiones”, “mejor será que se dediquen a hilar”, “no necesitan esas delicadezas”, “bastan el Padrenuestro y el Avemaría”.

3. Esto último también lo digo yo, hermanas, ¡y claro que basta! Siempre es un gran bien fundar vuestra oración sobre oraciones dichas por tales bocas. En esto tienen razón, porque si no estuviese ya nuestra flaqueza tan flaca y nuestra devoción tan tibia, no serían necesarias otras oraciones, ni necesitaríamos otros libros.

4. Como me ha parecido que hablo con almas que no pueden así recogerse en otros misterios –porque les parece que son artificios–, y algunos ingenios son tan ingeniosos que nada les contenta, iré estableciendo aquí unos principios y medios y fines de oración (aunque en cosas altas no haré sino retocar, pues, como digo, las tengo ya escritas, y no os podrán quitar este buen libro; si sois estudiosas con humildad, no necesitáis otra cosa. Siempre he sido aficionada y me han impresionado más las palabras de los Evangelios, que salieron de aquella sacratísima boca tal como las decía, que libros muy bien escritos; en especial, si el autor no era muy muy aprobado, no me daban ganas de leer.

Allegada a este Maestro de toda la sabiduría, tal vez me enseñe alguna consideracioncita que os contente. No digo que daré explicación de estas oraciones divinas –no me atrevería, pues hartas hay escritas, y sería disparate–, sino reflexiones sobre algunas palabras de ellas. Porque algunas veces, con tantos libros parece que se nos pierde la devoción que tanto nos ha costado tener. Es claro que el mismo maestro que enseña una cosa toma amor con el discípulo, y gusta que lo que le enseña le contente, y lo ayuda mucho para que lo aprenda. Así hará este Maestro celestial con nosotras.

Capítulo 36

PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA, Y DENUNCIA ESTE ENGAÑO, Y CÓMO NO DEBEN DAR CRÉDITO A TODOS.

1. Volviendo a lo que decía, no hagáis ningún caso de los miedos que os pusieren ni de los peligros que os pintaren. ¡Cómo puedo yo pretender ir sin peligros, a ganar un gran tesoro por un camino donde hay tantos ladrones! ¡No está el mundo como para que os dejen tomarlo en paz! Por el contrario, por unos centavos de intereses se quedarán en vela muchas noches para desasosegaros el cuerpo y el alma. Si los que van por el camino a ganar o a robar ese tesoro –como dice el Señor que lo ganan los esforzados–⁴⁰ yendo por el camino real y seguro por el que fue Cristo, dicen que hay tantos peligros y os ponen tantos temores, ¿qué peligros encontrarán los que van a ganar este bien sin camino, al parecer? ¡Oh, hijas mías, sin comparación muchos más! Sólo que no los entienden hasta que se encuentran con el verdadero peligro, cuando no hay quién les dé la mano, y pierden el agua completamente, sin poder beber ni poca ni mucha, ni de charco ni de arroyo.

2. Pues ya veis; sin una gota de esta agua, ¿cómo se recorrerá un camino donde hay tantos con quien pelear? Está claro que al poco tiempo morirán de sed, porque –querámoslo o no, hijas mías–, todos caminamos hacia esa fuente, aunque de diferentes maneras. Pues creedme, y no os engañe nadie mostrándoos otro camino que no sea el de la oración.

3. Yo no digo ahora que la oración debe ser mental o vocal para todos; para vosotras debe ser lo uno y lo otro: éste es el oficio de los religiosos. Quien os dijere que éste es un peligro, consideradlo a él mismo como el peligro y huid de él (y no se os olvide, porque es probable que necesitéis de este consejo); peligro será no tener humildad y otras virtudes, pero que el camino de oración sea camino de peligro nunca lo quiera Dios. El demonio parece haber inventado poner estos miedos, y así ha sido tan mañoso como para hacer caer a alguno que llevaba este camino.

4. Y miren qué gran ceguedad: no ven el mundo de millares que han caído en herejía y en grandes males sin tener oración ni saber qué cosa era (esto es harto de temer); entre muchos de éstos, el demonio, por hacer mejor su negocio, ha hecho caer a algunos –bien pocos– que tenían oración, y así ha puesto en otros tanto temor hacia las cosas de virtud. Los que toman estos remedios para librarse, cuídense; porque huir del bien para librarse del mal, parece una invención del demonio. ¡Oh, Señor mío!, mirad que entienden al revés vuestras palabras; no permitáis semejantes flaquezas en vuestras siervas. Haced el bien, hijas, que no os quitarán el Padrenuestro y el Avemaría.

5. Siempre tendréis a muchos que os ayuden, porque eso tiene el verdadero siervo de Dios, a quien Su Majestad ha dado la luz del verdadero camino: le crece el deseo de no detenerse. Entiende claramente por dónde el demonio va a dar el golpe, y le quita el cuerpo y le quiebra la cabeza. Esto lo siente más profundamente que cuanto placer otros le puedan dar. Cuando en un tiempo de alboroto, cuando por una cizaña que el demonio ha puesto y que tiene a todos medio ciegos, muchos caminan sin observar una conducta cristiana, Dios levanta a uno que abre los ojos y dice: mirad que os ha puesto niebla para no ver el camino. ¡Qué grandeza la de Dios! Puede a veces más un hombre solo, o diez, que digan verdad, que muchos juntos. Así, poco a poco, vuelve a descubrir el camino y

⁴⁰ Mt 11, 12.

Dios le da ánimo. Si alguien dice que no debe haber oración, tratará que se entienda que la oración es buena, si no por palabras, por obras; si alguien dice: no es buena tanta comunión, él se acerca con mayor frecuencia al Santísimo Sacramento. Cuando hay uno con ánimo, luego se acerca otro; el Señor vuelve a ganar lo perdido.

6. Así que, hijas, dejaos de estos miedos; en cosas semejantes nunca hagáis caso de la opinión del vulgo. Mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis que viven conforme a la vida de Cristo. Tratad de tener conciencia limpia, humildad, menosprecio de todas las cosas del mundo, de creer firmemente lo que dice la Santa Madre Iglesia, y será seguro que vais por buen camino. Dejaos de temores donde no hay que temer; si alguien os los pusiere, con gran humildad explicadles el camino. Decid que tenéis una Regla que os manda orar sin cesar, y que tenéis que observarla. Si se os dijere que será oración vocal, informaos si debe estar el corazón y el entendimiento en lo que decís; si se os dice que sí (y no podrá ser de otro modo), veréis que así confiesan que debéis tener por fuerza oración mental, y contemplación si Dios os la diere.

Capítulo 37

EN QUE EXPLICA QUÉ COSA ES ORACIÓN MENTAL.

1. Sí, para tener oración mental no hace falta tener la boca cerrada; si hablando me doy bien cuenta que hablo mejor con Dios que en las palabras que digo, juntas están la oración mental y la vocal. A menos que os digan que estéis hablando con Dios y rezando el Avemaría y pensando en el mundo: aquí me callo. Pero es razonable que hablando con tan gran Señor tenéis que estar mirando con quién habláis y quién sois vos –aunque sea sólo para hablar con educación–. ¿Cómo podréis llamar al príncipe Alteza, o saber las ceremonias que se observan para hablar con un Grande, si no entendéis bien qué estado tiene y también qué estado tenéis vos? Porque así se debe hacer, y de acuerdo con la costumbre –también debéis saberla–, y no andar descuidados; si no, os echarán por simples y no haréis negocio. Más aún: si no lo sabéis bien, debéis informaros sobre lo que debéis decir y hasta deletrearlo. A mí me ocurrió una vez; no tenía costumbre de hablar con señores y por cierta necesidad iba a tratar con uno al que debía llamar señoría, y así me enseñaron a deletrearlo. Yo, como soy torpe y no había usado ese tratamiento, llegando allá no acertaba a decirlo; decidí decirle lo que pasaba y echarlo a la risa, para que tuviese por bueno el tratamiento común, y así lo hice. Pues, ¿qué es esto, Señor mío? ¿Qué es esto, mi Emperador? ¿Cómo se puede sufrir esto, Príncipe de todo lo creado? Sois Rey, Señor, sin fin, y no es reino prestado el que tenéis, sino vuestro propio, y no se acaba. ¡Bendito seáis Vos! Cuando se canta en el Credo que vuestro reino no tiene fin, siempre es para mí un particular regalo. Os alabo, Señor, os bendigo, y todas las cosas os alaben por siempre; pues vuestro reino durará para siempre. Pues no queráis nunca, Señor, que quien os alabare y quien fuere a hablar con vos, lo haga sólo con la boca.

2. ¿Qué es esto, cristianos?, ¿lo entendéis? Querría dar voces y disputar –a pesar de ser la que soy– con los que dicen que no es necesaria la oración mental. Creo que no entendéis ni sabéis cuál es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, qué es contemplación, porque si lo supiereis, no condenaríais por un lado lo que alabáis por otro.

3. Yo pondré siempre juntas la oración mental con la vocal, y espero acordarme de ello, para que no os confundan, hijas; porque yo sé en qué terminan estas cosas y no querría que nadie os metiese en dificultades, ya que es cosa dañosa andar con miedo por este camino. Importa mucho que entendáis que vais bien, porque cuando a uno le dicen que va mal y ha perdido el camino, le hacen andar de un extremo a otro, y buscando por dónde tiene que ir se cansa y gasta el tiempo que tiene y llega más tarde. ¿Quién puede decir que es malo, cuando comienza a rezar las horas o el rosario, comenzar pensando con quién habla y quién es el que le habla, para ver cómo debe tratarlo? Pues yo os digo, hermanas, que para hacer bien lo mucho que hay que hacer en estos dos puntos, antes de comenzar la oración vocal –las horas o el rosario– ocupéis hartas horas en la mental. Sí, porque no podemos llegar a hablar con un príncipe como con un labradorcito o con una pobre como nosotras, que no importa si nos tratan de tú o de vos.

4. Os aseguro que, por la humildad de este Rey, aunque por mi grosería no sé hablar con Él, no por eso me tiene en menos, ni deja de acercarme a sí. Tampoco me echan fuera sus guardias, porque los ángeles que están allí saben que su Rey gusta más de estas groserías de un pastorcito humilde (pues sabe bien que si más supiera, más le dijera), que de las teologías muy ordenadas, si no van con tanta humildad. Pero no porque él sea bueno hemos nosotros de ser descomedidos. Aunque sea para agradecerle

el mal olor que soporta al soportarnos, es bueno que veamos quién es. Es verdad que eso se entiende en seguida. Como los señores de este mundo: con decir quién es su padre y cuánto tienen de renta y cosas de éstas, no hay más que saber; porque acá no se toma en cuenta a las personas por mucho que merezcan, sino por sus riquezas.

5. ¡Oh, miserable mundo! Alabad mucho a Dios, hijas, por haberos permitido dejar un medio tan ruin donde no se hace caso de lo que las personas en sí tienen, sino de lo que tienen sus inquilinos y sus vasallos. Es buena cosa ésta para entreteneros en la hora de recreación, porque es un buen pasatiempo entender cuán ciegamente pasan su tiempo los del mundo.

6. ¡Oh, Rey de la gloria, Señor de los señores, Emperador de los emperadores, Santo de los santos, Poder sobre todos los poderes, Saber sobre todos los saberes, la misma Sabiduría! Sois, Señor, la misma verdad, la misma riqueza: jamás dejaréis de reinar.

Capítulo 38

PROSIGUE EN LA MISMA EXPLICACIÓN DE ORACIÓN MENTAL.

1. Sí, empezad a pensar con quién vais a hablar o con quién estáis hablando. Ni en mil vidas de las vuestras acabaréis de entender cómo merece ser tratado este Señor, delante del cual tiemblan los ángeles. Todo lo manda: su voluntad es acción. Bueno será, hijas, que tratemos de alcanzar siquiera algo de estas grandezas que tiene nuestro Esposo, y veamos con quién estamos casadas y qué vida debemos tener. ¡Válgame Dios! Acá, si uno se casa, primero se informa quién es el otro, cómo es y qué tiene; nosotras estamos desposadas –y así todas las almas por el bautismo– antes de las bodas, y el desposado nos llevará a su casa. Pues si son permitidos aquellos pensamientos cuando se casan los hombres, ¿por qué nos han de impedir que nosotras entendamos quién es este hombre, quién es su padre, qué tiene, adónde me ha de llevar cuando me case, qué condición tiene, cómo le podré contentar mejor, de qué modo le causaré placer, y estudiar cómo conformaré mi condición con la suya? Si una mujer ha de estar bien casada, no le aconsejan otra cosa sino que estudie esto, aunque su marido sea un hombre muy bajo; pues, Esposo mío, ¿en todo tienen que hacer menos caso de Vos que de los hombres? Si a ellos esto no les parece bien, dejen que vuestras esposas se ocupen de su vida con Vos. Cierto que es buena vida, si un esposo es tan celoso que no quiere que su esposa salga de casa ni trate con otro; no deben impedirle pensar en cómo contentarle, y en los motivos que tiene para soportar que no la dejen tratar con otro, pues en él tiene todo lo que puede querer.

2. Ésta es oración mental, hijas mías, entender estas verdades. Si queréis ir entendiendo esto y rezando vocalmente, sea enhorabuena. Pero no me estéis hablando con Dios y pensando en otras cosas, porque así no se puede entender qué cosa es oración mental. Creo que está claro. Que no os espante nadie con estos temores. Alabad a Dios, que es poderoso sobre todos y no os lo pueden quitar; la que no pudiere rezar vocalmente poniendo esta atención, sepa que no hace lo que está obligada a hacer. Si quiere rezar con perfección, está obligada a intentarlo con todas sus fuerzas, para hacer lo que debe la esposa de tan gran Rey. Suplicadle, hijas, que me dé gracia para hacerlo como os lo aconsejo, porque me falta mucho. Su Majestad me ayude, por ser quien es.

Capítulo 39

LO QUE IMPORTA QUE NO VUELVA ATRÁS QUIEN HA COMENZADO ESTE CAMINO DE ORACIÓN; VUELVE A INSISTIR EN QUE DEBE SER CON GRAN DECISIÓN.

1. ¡Cómo divago! Quiero decir que importa mucho comenzar con esta gran determinación, por tantos motivos que serían muy largos de explicar y que están dichos, algunos, en otros libros. Sólo os diré dos o tres. Uno es que, a quien tanto nos ha dado y nos da continuamente, esta cosa en que hemos decidido servirle y le queremos dar (que es este pequeño cuidado que da tan grandes ganancias), debemos dársela con gran determinación, no como quien presta una cosa para volverla a tomar. Esto no me parece a mí que sea dar; por el contrario, siempre queda con algún disgusto alguien a quien han prestado una cosa cuando se la vuelven a pedir, en especial si son amigos y si el que prestó la cosa debe al otro muchos favores, hechos sin ningún interés; tendrá razón el otro si le parece mezquino y de mala voluntad que el amigo no quiera dejar una cosita suya en su poder, como una señal de amor.

2. ¿Qué esposa hay que, recibiendo de su esposo muchas joyas de valor, no le dé ni siquiera una sortijita, no por lo que vale –porque ya todo lo suyo es de su esposo– sino por señal de amor, por prenda de que será suya hasta la muerte? Pues, ¿qué menos merece este Señor para que nos burlemos de Él, dando y retornando una insignificancia que le damos? Este poco de tiempo que decidimos darle a Él –de todo el que gastamos en nosotros mismos y en quienes no nos lo agradecerán–, aquel rato que le queremos dar con el pensamiento libre de otras cosas, debemos dárselo con toda determinación de no volver a tomarlo nunca jamás, por muchos trabajos que ello nos cueste, o contradicciones, o sequedades. Por el contrario, como ya no es cosa mía, debo pensar que ese tiempo me lo puede pedir por justicia cuando no se lo quisiere dar del todo.

3. Digo del todo, porque algún día –o algunos días– lo podemos dejar por ocupaciones justas; pero la intención debe estar firme. No es nada delicado mi Dios, no se fija en menudencias; así os lo agradecerá igual, porque es dar algo. Quien no es franco, sino tan apretado que no tiene corazón para dar, harto hace con prestar. Por lo menos haga algo, que todo lo toma en cuenta este Emperador, recibe todo como lo queremos hacer. Para pedirnos cuenta no es nada avaro, sino generoso; por grande que sea la falta, Él no vacila en perdonar. Para pagarnos es tan solícito, que ni un alzar de ojos en su nombre dejará sin pago.

4. Otro motivo es porque el demonio no tiene tanto poder para tentaciones. Tiene gran miedo a ciertas almas; sabe por experiencia que le hacen gran daño, que todo lo que él ordena para dañarlas se toma en provecho de ellas y de los demás, y él sale con pérdida. Pero no debemos estar descuidados confiando en esto; a los que están alertas no se atreve a acometerlos, porque es muy cobarde. Si viese descuido, haría gran daño. Y si conoce que una persona es cambiante y que no está firme en el bien que hace, ni tiene gran decisión de perseverar, no la dejará ni a sol ni a sombra; le pondrá miedos e inconvenientes sin fin. Yo lo sé muy bien esto por experiencia y lo he dicho, e insisto en que nadie sabe lo mucho que ello importa.

5. El otro motivo es que el que está bien decidido pelea con ánimo. Ya sabe que, venga lo que viniere, no volverá atrás. Es como uno que está en una batalla; sabe que si le vencen no le perdonarán la vida, y si no muere en la batalla morirá después. Es seguro,

me parece, que peleará con mucho más ánimo y no temerá tanto los golpes, porque la victoria le importa mucho. Es muy necesario también comenzar con gran seguridad de que, si peleáis con ánimo y no os dejáis vencer, saldréis adelante con la empresa. Sin ninguna duda, por poca ganancia que saquéis, saldréis muy rico. No tengáis miedo que os deje morir de sed el Señor que os llama a beber de esta fuente. Esto ya se ha dicho, y yo lo querría decir muchas veces, porque acobarda mucho a personas que aún no conocen por experiencia la bondad del Señor, aunque la conozcan por fe. Es gran cosa saber por experiencia con cuánta amistad y regalo trata a los que van por este camino.

6. No me extraña que los que no lo han probado quieran la seguridad de obtener algún interés; pues ya sabéis que se recibe el ciento por uno aun en esta vida, y dice el Señor que le pidamos y nos dará.⁴¹ Si no creéis a Su Majestad que asegura esto en su Evangelio, de poco sirve que me quiebre yo la cabeza. Insisto en que, si tenéis aún alguna duda, lo intentéis; ¿qué se pierde? porque también esto hay de bueno en este viaje: que muchísimas cosas se reciben más de las que se piden y de las que nosotros acertaremos a pedir. Esto es indudable, yo sé que es así; si encuentran que no es verdad, no crean nada de lo que digo. Vosotras, hermanas, ya lo sabéis por experiencia, y os puedo presentar como testigos, por la bondad de Dios. Para las que vinieren, es bueno que esto quede dicho.

7. Ya dije que trato con algunas almas que no pueden recogerse, ni pueden fijar su entendimiento en oración mental ni en meditación. No se trata de vosotras, pero hay muchas almas que sólo el nombre de estas cosas las atemoriza.

8. Si alguna de ellas viniere a esta casa (porque, como también he dicho, no pueden ir todas por el mismo camino), lo que quiero aconsejaros, o mejor dicho enseñaros (porque como madre tengo ahora esta responsabilidad), es cómo tenéis que rezar vocalmente, pues es necesario que entendáis lo que decís. Hay quien no sabe pensar en Dios, y puede ser que una oración larga también le canse; no quiero referirme a ellas, sino a las que obligadamente debemos rezar si somos cristianos, que son el Padrenuestro y el Avemaría.

⁴¹ Lc 11, 9.

Capítulo 40

EN QUE TRATA DE ORACIÓN VOCAL CON PERFECCIÓN,
Y CÓMO LA ORACIÓN MENTAL ANDA JUNTA CON ELLA.

1. Claro está que tenemos que ver lo que decimos, como he dicho. Que no digan que nosotras hablamos y no nos entendemos, a menos que lo digan porque entenderse no sería necesario, y que la costumbre hace que baste decir las palabras. Si eso basta o no, no me pronuncio; es cosa de letrados. Ellos lo dirán a las personas a quienes Dios diere luz para que quieran preguntar. En los que no tienen el estado religioso no me entrometo. Aquí yo querría, hijas, que no nos contentemos con eso; porque cuando digo “Credo” me parece que es razonable, y aun es obligación, que sepa lo que creo. Cuando digo “Padre”, me parece que es señal de amor entender quién es este padre. Pues también será bueno que veamos quién es el maestro que nos enseña esta oración.

2. Si quisiéramos decir que basta saber de una vez quién es el maestro, sin que nos acordemos más de él, sería como decir que basta decir la oración una vez en la vida. Sí, porque –como dicen– mucho va de maestro a maestro (aunque también de los de acá es gran desgracia no acordarnos); si es maestro del alma y somos buenos discípulos, es imposible no tenerle mucho amor y honrarnos de él y hablar con él muchas veces. De tal maestro como el que nos enseñó esta oración, con tanto amor y deseo que nos aprovechase, Dios no permita nunca que dejemos de acordarnos muchas veces cuando decimos la oración, aunque por nuestra flaqueza no sea todas las veces.

3. En cuanto a lo primero, ya sabéis que este maestro celestial enseña que sea a solas, porque así lo hacía Él cuando oraba (no porque lo necesitara, sino para enseñarnos).

4. Esto ya está dicho: que no se compadece hablar de Dios y al mismo tiempo hablar con el mundo; eso es estar rezando y oír lo que otros hablan y pensar en sus opiniones. Esto ya se sabe que no es bueno y que debemos tratar de estar a solas, y Dios quiera que entendamos con quién estamos y lo que el Señor responde a nuestras peticiones. ¿Pensáis que porque no lo oímos está callado? Bien habla al corazón cuando le pedimos de corazón. Dejando establecido que ha de ser a solas, es bueno que pensemos que es a cada una de nosotras que el Señor enseñó esta oración, y que nos la está mostrando, pues nunca el maestro está tan lejos del discípulo como para que sea necesario dar voces, sino que está siempre muy junto a él. Esto quiero yo que vosotras veáis que os conviene para rezar bien el Padrenuestro: no apartaros del lado del Maestro que os lo enseñó.

5. Tal vez me digáis que esto ya es meditación, que no podéis ni queréis hacerlo, sino sólo rezar vocalmente, y tendréis alguna razón. Pero yo os digo que no sé cómo se pueden separar ambas cosas, si queremos rezar sabiendo con quién hablamos, como es razonable y aun obligatorio hacerlo; y aun quiera Dios que con estas advertencias el Padrenuestro sea bien rezado y no acabemos en otra cosa impertinente. Yo lo he intentado algunas veces, y no encuentro otra manera sino tratar de tener el pensamiento puesto en aquél a quien dirijo las palabras. Por eso tened paciencia, que esto es necesario para ser monjas y aun para rezar como buenos cristianos, a mi parecer.

Capítulo 41

LO MUCHO QUE GANA UN ALMA QUE REZA CON PERFECCIÓN VOCALMENTE, Y CÓMO DIOS LA LEVANTA A COSAS SOBRENATURALES.

1. Es posible que rezando el Padrenuestro, si lo rezáis bien, os ponga Dios en contemplación perfecta; por esta vía muestra al que le habla que le está oyendo, y le habla Su Majestad, suspendiéndole el entendimiento, y atajándole el pensamiento y tomándole –como se dice– la palabra de la boca; tanto que, aunque quiera hablar, no puede hacerlo sin dificultad.

2. Entiende que sin ruido de palabras su maestro obra en su alma, y que sus potencias no obran en ella, según le parece. Esto es contemplación perfecta.

3. Ahora entenderéis la diferencia que hay entre ella y la oración mental. Esto es lo que se ha dicho: pensar y entender qué hablamos y con quién hablamos, y quiénes somos los que nos atrevemos a hablar con tan gran Señor. Pensar esto y otras cosas semejantes, como lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados a servir, es oración mental; no penséis que es algo más complicado, ni os espante el nombre. Rezar el Padrenuestro –o lo que quisieréis– es oración vocal. Pues mirad qué mala música saldrá de la primera: hasta las palabras no tendrán concierto muchas veces. En estas dos cosas podemos algo nosotros, con el favor de Dios. En la contemplación de que les hablé no podemos nada: Dios es el que lo hace todo, porque es obra suya sobre nuestra naturaleza.

4. Todo esto está explicado lo mejor posible en el libro que he escrito,⁴² por eso no hablaré de ello aquí en detalle, pues allí dije todo lo que supe. A quien Dios la hubiere hecho llegar a este estado de contemplación –como dije, algunas estáis en él–, practicadlo, que es muy importante. A las que no, sólo tienen que esforzarse, como se ha dicho en este libro, en ganar por cuantas vías pudieren el favor del Señor, y Él se lo dará en la medida que se lo supliquen y se ayuden. Lo demás el Señor mismo lo dará, y no lo niega a nadie que llegue al final del camino peleando, como se ha dicho.

⁴² *Vida* cc.18-19.

Capítulo 42

EN QUE VA EXPLICANDO LA MANERA DE RECOGER EL PENSAMIENTO, Y DA MEDIOS PARA ELLO. ES CAPÍTULO MUY PROVECHOSO PARA LOS QUE COMIENZAN.

1. Ahora, pues, volvamos a nuestra oración vocal para que se rece de manera que, sin que lo entendamos, Dios nos lo dé todo junto. Y para –como he dicho– rezar como corresponde, es bueno examinar la conciencia y confesaros y santiguaros: esto se sabe que ha de ser lo primero. Procura luego, hija, puesto que estás sola, tener compañía. Pues ¿qué mejor que el mismo Maestro, que enseñó la oración que vais a rezar? Representaos al Señor junto a vos y mirad con qué amor y humildad os está enseñando. Y creedme: cuando pudiereis, no andéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a tenerle a vuestro lado, y Él ve que lo hacéis con amor y que andáis tratando de contentarlo, no lo podréis alejar de vos, no os faltará jamás, os ayudará en todos los trabajos, lo tendréis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado?

2. ¡Oh, almas que no podéis tener mucha capacidad de entendimiento, ni podéis tener el pensamiento, sin distraeros, fijo en Dios! Acostumbraos; mirad que yo sé que podéis hacerlo, porque pasé muchos años por este trabajo de no poder fijar con sosiego el pensamiento en una cosa –y es trabajo muy grande–; pero sé que el Señor no nos abandona, y si no lo logramos en un año, que sea en más. Uno puede acostumbrarse a andar al lado de este verdadero maestro.

3. No os pido que penséis en Él, ni desarrolléis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones en vuestro entendimiento; sólo quiero que le miréis. Pues ¿quién os impide volver los ojos del alma –aunque sea un momento, si no podéis más– a Él? Podéis mirar cosas muy feas y asquerosas, ¿cómo no podréis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia para que no le miréis más. Pero vuestro Esposo nunca quita los ojos de vos, hija, y os ha tolerado mil cosas feas y abominaciones contra Él, y esto no ha bastado para que os deje de mirar, ¿y es mucho que, quitados los ojos del alma de las cosas exteriores, lo miréis algunas veces a Él? Mirad que no está esperando otra cosa –como dice a la Esposa–⁴³ sino que le miréis; así como lo quisierais, lo hallaréis. Le importa tanto que le volváis a mirar, que no dejará de ocurrir por causa suya.

4. Así como dicen que ha de ser la mujer que quiere estar bien casada con su marido, que si él está triste se ha de mostrar ella triste, que si alegre, alegre, aunque no lo esté: esto, con verdad y sin fingimiento, hace el Señor con vos. Él se convierte en el sujeto y quiere que seáis vos la señora y andar Él según vuestra voluntad. Si estáis alegre, miradle resucitado, que el solo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará. ¡Con qué claridad, con qué hermosura, con qué señorío, qué victorioso, qué alegre!, como quien tan victorioso salió de la batalla adonde ha ganado un tan gran reino, y todo lo quiere para vos –al reino y a sí mismo–. Pues ¿es mucho que a quien tanto os da, volváis una vez los ojos a Él?

5. Si estáis con trabajos o triste, miradle en la columna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama, perseguido por unos, escupido por otros, negado por otros, sin amigos, sin nadie que haga algo por Él, helado de frío, puesto

⁴³ Cant 6, 12.

en tanta soledad que os podéis consolar mutuamente. O miradle en el huerto o en la cruz, o cargado con ella sin que le dejaran descansar; Él os mirará con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque buscáis en Él consuelo y volvéis la cabeza a mirarle.

6. ¡Oh, Señor del mundo y verdadero Esposo mío!, podéis decirle si se os ha enternecido el corazón con verle así, tanto que no sólo queréis mirarle, sino que deseáis hablarle, no con oraciones preparadas, sino de la pena de vuestro corazón, que a Él le importa mucho. ¿Tan necesitado estáis, Señor mío y Bien mío, que queréis admitir una pobre compañía, y veo en vuestro semblante que conmigo habéis olvidado vuestras penas? ¿Pues cómo, Señor, es posible que os dejen solo los ángeles, y que no os consuele vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso?, ¿de qué me quejo? Por la vergüenza de haberos visto así, quiero pasar, mi bien, todos los trabajos que vinieren, y considerarlos un gran bien por parecerme a Vos en algo. Juntos andemos, Señor; por donde fuisteis, tengo que ir; por donde pasasteis, he de pasar.

7. Tomaos, hija, de aquella cruz; no se os dé nada que os atropellen los judíos; no hagáis caso de lo que os dijeren; haceos sorda a las murmuraciones; tropezando, cayendo con vuestro Esposo, no os apartéis de la cruz; mirad muchas veces el cansancio con que va y lo superior que es su trabajo a los vuestros; por grandes que los queráis describir y por mucho que los queráis sentir, saldréis consolada de ellos porque veréis que son cosa insignificante comparados a los de Cristo.

8. Diréis, hermanas, que cómo se puede hacer esto; que si fuera con los ojos del cuerpo y en el tiempo que Su Majestad andaba por acá, lo haríais de buena gana y le miraríais siempre. No lo creáis; quien ahora no se quiere forzar un poquito siquiera para recoger la vista y mirar dentro de sí a este Señor –y lo puede hacer sin peligro, sólo con un poco de cuidado–, mucho menos se hubiese puesto al pie de la cruz con la Magdalena, que vio la muerte con sus ojos. ¡Qué debió pasar la gloriosa Virgen y esta bendita santa!, ¡qué de amenazas, qué de malas palabras y qué descomedidas! ¡Y con qué gente cortesana del infierno, pues eran ministros suyos! Por cierto que debió ser terrible lo que pasaron, sólo que con otro dolor mayor no sentirían el suyo.

Capítulo 43

PROSIGUE EN LO MISMO, Y COMIENZA UNA DEVOTA Y PROVECHOSA MANERA DE REZAR EL PADRENUESTRO.

1. Así que, hermanas, no creáis que habrías sido capaces para ello si no lo sois para esto otro, y creed que digo verdad –porque he pasado por ello– cuando afirmo que lo podréis hacer.

2. Para ayudaros, tratad de tener una imagen o retrato de este Señor, no para llevarle en el pecho sin mirarlo nunca, sino para hablar muchas veces con Él –porque Él os dará de qué hablar– tal como habláis acá con otras personas. ¿Por qué razón os han de faltar más las palabras para hablar con Dios? No lo creáis; al menos yo no os creeré.

3. También es gran remedio tomar un buen libro, para comenzar a recogeros para rezar vocalmente (así como dije que se ha de rezar), y poquito a poco ir acostumbrando al alma, con halagos y artificios para no asustarla. Imaginad que desde hace muchos años está separada de su Esposo y que, para que vuelva a casa, es necesario saber negociar mucho, porque así somos los pecadores; tenemos tan acostumbrados a nuestra alma y pensamientos a andar a su placer –o mejor dicho, a su pesar– que la triste alma no entiende que para volver a tomar amor a su marido y acostumbrarse a estar en su casa es necesario mucho empeño, hecho con amor y poco a poco. Si no es así, no haremos nada. Y tened por cierto que, si con cuidado os acostumbráis a pensar que tenéis con vos a este Señor y a hablar con Él muchas veces, sacaréis tan gran ganancia que, aunque yo quisiera ahora decíroslo, tal vez no me creeríais.

4. Pues manteneos al lado de vuestro Maestro, muy decididas a aprender lo que os enseña, y Su Majestad hará que seáis buenas discípulas, y no os dejará si no lo dejáis. Oíd las palabras que os dice aquella boca divina, porque ya en la primera entenderéis el gran amor que os tiene; porque no es poco bien y regalo para el discípulo ver que el maestro le ama.

Capítulo 44

EN QUE TRATA DEL AMOR QUE NOS MOSTRÓ EL SEÑOR EN ESTAS PRIMERAS PALABRAS: “PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS”.

1. *“Padre nuestro que estás en los cielos”*. ¡Oh, Señor, cómo parecéis Padre de tal Hijo, y cómo vuestro Hijo parece hijo de tal Padre! ¡Benditos seáis por siempre jamás! No está al final de la oración, Señor, esta merced tan grande. Ya al comenzar nos llenáis las manos y nos hacéis tan gran merced, que sería harto bueno llenarse el entendimiento y tener ocupada la voluntad para que no pudiésemos decir palabra. ¡Oh, qué bien cabría aquí, hijas, la contemplación perfecta! ¡Oh, con cuánta razón el alma entraría en sí misma para poder mejor levantarse a entender qué es ese lugar adonde dice el Hijo que está el Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mías, que una merced como ésta, después de haber entendido cuán grande es, no debemos considerarla tan poco como para que nos quedemos en la tierra.

2. ¡Oh, Hijo de Dios y Señor mío! ¿Cómo dais tanto y todo junto a la primera palabra? Os humilláis Vos a tal extremo que os juntáis a nosotros en lo que pedís, y aceptáis ser hermano de cosa tan baja y miserable; ¿cómo nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, queriendo que nos tenga por hijos? Como vuestra palabra no puede faltar, ésta se ha de cumplir. Vos le obligáis a que la cumpla, lo que no es poca carga; pues siendo padre nos ha de soportar, por graves que sean las ofensas. Si volvemos a Él como el hijo pródigo, nos ha de perdonar, nos ha de consolar como lo hace un Padre tal que por fuerza es mejor que todos los padres del mundo, porque en Él no puede haber más que todo el bien. Nos ha de regalar, nos ha de sustentar –tiene con qué– y después nos hará participar de sus bienes y heredar con Vos.

3. Señor mío, con el amor que nos tenéis y con vuestra humildad no se os pone nada por delante; porque en fin, Señor, estáis en la tierra y vestido de ella, y tenéis nuestra naturaleza, lo que parece os obliga a hacernos bien. Pero mirad, Señor, que vuestro Padre está en el cielo –Vos lo decís– y es justo: Señor, que cuidéis de su honra. Ya que vos os habéis ofrecido de ser deshonrado por nosotros, dejad a vuestro Padre libre; no le obliguéis a tanto por gente tan ruin como yo, que tan mal sabrá darle las gracias, como también hay otras que no saben dárselas.

4. ¡Oh, buen Jesús, qué claro habéis mostrado que sois una cosa con él, y que vuestra voluntad es la suya y la suya vuestra! ¡Qué confesión tan clara, Señor mío! ¡Qué grande es el amor que nos tenéis! Habéis andado rodeando al demonio y escondiéndole que sois Hijo de Dios, y con el deseo que tenéis de hacer nuestro bien no habéis vacilado en hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podría hacer sino Vos, Señor? Yo no sé cómo en esta palabra el demonio no entendió quién erais, sin quedarle duda; bien veo, mi Jesús, que habéis hablado como Hijo predilecto, por Vos y por todos, y que tenéis el poder de que se haga en el cielo lo que Vos decís en la tierra. ¡Bendito seáis por siempre, Señor mío, que tan amigo sois de dar que no se os pone nada por delante!

Capítulo 45

EN QUE TRATA DE LO IMPORTANTE QUE ES NO HACER
NINGÚN CASO DEL LINAJE, CUANDO DE VERAS SE
QUIERE SER HIJA DE DIOS.

1. ¿Os parece, hijas, que es buen maestro éste, que para interesarnos a aprender lo que enseña, a la primera palabra nos hace una merced tan grande? ¿Será razonable que aun diciendo con la boca esta palabra, dejemos de entender lo que significa tan gran merced para que se haga pedazos nuestro corazón? No es posible que diga esto nadie que haya logrado entender cuán grande es. Pues ¿qué hijo hay en el mundo que no trate de saber quién es su padre, cuando lo tiene bueno, y de tal bondad y majestad y señorío? Y aun si no lo fuera, no me extrañaría que no os quisierais reconocer por sus hijas, porque anda el mundo de tal manera, que si el estado del padre es más bajo que el del hijo, éste no le reconocerá por padre.

2. Esto no ocurre aquí, porque en esta casa nunca, Dios lo quiera, habrá cosas de estas –sería un infierno–, sino la que fuere más, hable menos de su padre: todas han de ser iguales. ¡Oh, enseñanza de Cristo!, que tenía más mando san Pedro siendo un pescador –y lo quiso así el Señor– que san Bartolomé, que era hijo de rey. Su Majestad sabía lo que pasaría y cuál era de mejor tierra, es decir, si sería tierra buena para lodo o para adobes. ¡Oh, válgame Dios, qué gran ceguedad! Dios os libre, hermanas, de semejantes pláticas, aunque sea en broma. Y cuando algo de esta pretensión hubiese en alguna, no la admitáis en casa, porque es Judas entre los apóstoles. Haced cuanto pudiereis por libraros de tan mala compañía. Y si no lo podéis, haya penitencias más graves que por ninguna otra cosa, hasta que conozca que no merecía ser ni siquiera tierra muy ruin. Buen Padre os da el buen Jesús; no se conozca aquí, para hablar de él, otro padre sino el que os da vuestro Esposo. Y tratad, hijas mías, de ser tales que merezcáis regalaros con Él y echaros en sus brazos. Ya sabéis que está obligado a no apartaros de Sí, si sois buenas hijas; entonces, ¿quién no tratará de no perder a tal Padre?

3. ¡Oh, válgame Dios, que hay aquí mucho en que consolaros! Por no alargarme más, quiero dejarlo a vuestro entendimiento; porque por disparado que ande el pensamiento, entre tal Hijo y tal Padre forzosamente ha de estar el Espíritu Santo que obre en vuestra voluntad y os ate con tan grandísimo amor, ya que no os atan tan grandes intereses.

Capítulo 46

COMIENZA A TRATAR DE RECOGER EL ENTENDIMIENTO.

1. Ahora mirad que vuestro Maestro dice “*que estás en el cielo*”. ¿Pensáis que os importa poco saber qué cosa es cielo y adónde se debe buscar a vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo que, para entendimientos derramados, importa mucho no sólo creer esto, sino pensarlo mucho; porque es una de las cosas que atan mucho los pensamientos y hacen recoger el alma.

2. Ya habréis oído que Dios está en todas partes, y esto es gran verdad. Está claro que donde está el Rey, dicen que allí es la corte; en fin, que donde está Dios allí es el cielo. Sin duda, podéis creer que donde está Su Majestad está toda la gloria. Pues mirad lo que dice san Agustín,⁴⁴ creo en el libro de sus meditaciones, que le buscaba en muchas partes y le vino a encontrar dentro de sí. ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad y ver que no necesita, para hablar con el Padre Eterno, ir al cielo, ni para regalarse con Él necesita rezar a grandes voces? Por despacio que hable, la oirá; no necesita alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tener tan buen huésped. Con gran humildad debe hablarle como a un padre, pedirle como a un padre, regalarse con Él como con un padre, aun entendiendo que no es digna de serlo.

3. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, pensando que es humildad. La humildad no consiste en no tomar una merced que el rey os hace; consiste en tomarla y entender cuán inmerecida os llega y alegraros con ella. Curiosa humildad sería que, si el Emperador del cielo y de la tierra viniese a mi casa por hacerme una merced y por alegrarse conmigo, yo por humildad no le quisiera responder ni estar con Él, sino que le dejara solo; y que, mientras Él me está diciendo que le pida, por humildad yo me quede pobre y hasta le deje irse, porque ve que no acabo de decidirme. No os ocupéis, hijas, de esas humildades, sino tratad con Él como padre, y como hermano, y como señor –a veces de una manera, a veces de otra– y Él os enseñará lo que debéis hacer para contentarlo. Dejad de ser bobas, cobradle la palabra, que vuestro Esposo es y que os trate como tales. Mirad que importa mucho tener entendida esta verdad: que el Señor está dentro de nosotras y que allí nos estemos con Él.

⁴⁴ *Confesiones* 1.10 c. 27.

Capítulo 47

EN QUE COMIENZA A TRATAR DE ORACIÓN DE RECOGIMIENTO.

1. Se reza bien cuando –aunque sea vocalmente– el entendimiento se recoge con mayor rapidez, y es oración que trae consigo mil bienes: se llama recogimiento, porque el alma recoge todas las potencias y entra dentro de sí con su Dios. Su divino Maestro viene a enseñarla y a darle oración de quietud más rápidamente que de cualquier otra manera. Porque allí, metida consigo misma, puede pensar toda la Pasión y representar allí al Hijo y ofrecerlo al Padre, y no cansar el entendimiento buscándole en el monte Calvario, o en el huerto, o en la columna.

2. Las que se pudieran encerrar de esta manera en este cielo pequeño de nuestra alma –adonde está el que hizo el cielo y la tierra–, acostumbrándose a no mirar ni estar donde haya algo que las distraiga, creo que llevan excelente camino y no dejarán de llegar a beber el agua de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo. Es como el que va en una embarcación, que con un poco de buen viento llega al fin del viaje en pocos días, mientras los que van por tierra demoran mucho más.

3. Es camino del cielo –digo del cielo porque están metidos en el mismo palacio del rey–; no están en la tierra y están a salvo de muchas ocasiones de error.

4. Se enciende más pronto el fuego del amor divino; basta que soplen un poquito con el entendimiento porque están cerca del mismo fuego. Basta una chispa que lo toque y se abrasará entero, pues no hay impedimentos desde lo exterior. El alma está sola con su Dios; está todo preparado para entenderse.

5. Yo querría que entendieseis muy bien esta manera de orar que –como he dicho– se llama de recogimiento.

Capítulo 48

PONE UNA COMPARACIÓN Y PROPONE UN MODO PARA ACOSTUMBRAR AL ALMA A ANDAR DENTRO DE SÍ.

1. Imaginad que dentro de vosotras hay un palacio de grandísimo precio; todo el edificio es de oro y piedras preciosas –en fin, como para tal Señor–, y que es mucho mérito vuestro el que el edificio sea tan precioso. En verdad es así, porque no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes; mientras mayores son éstas, más resplandecen las piedras. Imaginad que en este palacio, este gran Rey –que ha tenido a bien ser vuestro padre– está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón.

2. Puede parecer cosa impertinente el imaginar esta ficción para darlo a entender; pero puede ser que aproveche mucho, a vosotras en especial, pues como las mujeres no somos letradas ni tenemos el ingenio agudo, la ficción es necesaria para que entendamos bien que dentro de nosotras hay algo más precioso, sin ninguna comparación, que lo que vemos por fuera. No nos imaginemos vacías en lo interior (y quiera Dios que sean sólo las mujeres las que cometan este descuido), porque es muy importante: si tuviésemos cuidado de pensar que tenemos tal huésped adentro, me parece imposible que nos ocupásemos tanto de las vanidades y las cosas del mundo, pues veríamos cuán bajas son frente a las que adentro poseemos. ¿Qué hace una alimaña, viendo algo que le llama la atención, que no sea hartar su hambre en la presa? Diferencia tiene que haber entre ellas y nosotros, pues tenemos ya tal padre.

3. Tal vez se reirán de mí; dirán que esto está muy claro –y tendrán razón–, pero para mí fue oscuro durante algún tiempo. Entendía bien que tenía un alma; pero lo que merecía esta alma, y quién estaba dentro de ella si no me tapaba los ojos con las vanidades de la vida, no lo entendía. Si hubiera entendido, como ahora, que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, no le habría dejado tantas veces solo, alguna vez habría estado con él, y habría tratado que no estuviera tan sucio. Pero ¡qué cosa tan admirable, que quien podría llenar mil mundos con su grandeza, se encierre en cosa tan pequeña! Así quiso caber en el vientre de su sacratísima Madre. Como es Señor, trae consigo la libertad, y como nos ama, se hace a nuestra medida. Cuando un alma está en el comienzo, para no asustarla de verse tan pequeña para tener en sí una cosa tan grande, no se da a conocer hasta que va ensanchando a esa alma poco a poco, de acuerdo a lo necesario para lo que pone en ella. Por eso digo que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio.

4. Lo importante es que se lo demos como suyo con gran decisión, y lo libremos de estorbos, para que pueda poner y quitar como en cosa suya. Ésta es su condición, y Su Majestad tiene razón; no se lo neguemos. Aun aquí nos causa molestia tener huéspedes en casa a los que no podemos decirles que se vayan. Como Él no va a forzar nuestra voluntad, toma lo que le dan; pero no se da a Sí del todo hasta que ve que nos damos del todo a Él (esto es cosa cierta y por eso os lo digo tantas veces). Tampoco obra en el alma si ella no es suya sin impedimento alguno; porque si este palacio se llena de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de caber Él con su corte? Harto hace con estar un poquito en medio de tantas molestias.

5. ¿Pensáis, hijas, que viene solo? ¿No veis lo que dice su sacratísimo Hijo: “que estás en los cielos”? Pues a un tal Rey es natural que no le dejen los cortesanos; sino que

están todos con él rogándole por vos para vuestro provecho, pues están todos llenos de caridad. No penséis que es como acá, que si un señor o un prelado favorece a alguien con algún motivo o porque quiere, luego hay envidias y aquel pobre es mal visto sin que haya hecho nada; le cuestan caros los favores.

6. Huid, por amor de Dios, de semejantes cosas; tratad de cumplir cada una con su deber, que si el prelado no se lo agradeciere, tengo por seguro que se lo agradecerá y pagará el Señor. Sí, porque no venimos aquí a buscar premio en esta vida, sino en la otra. Mantened siempre el pensamiento en lo perdurable, y de lo de acá no hagáis ningún caso, porque hoy está bien con una, y mañana, si ve una virtud más en vos, estará mejor con vos; y si no, poco importa. No deis cabida a estos primeros impulsos, sino atajadlos pensando que no es acá vuestro reino, y cuán pronto termina todo.

Capítulo 49

PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA.
ES CAPÍTULO MUY PROVECHOSO.

1. Pero esto es aún escaso remedio y poca perfección; lo mejor es que dure, y vos, desfavorecida y abatida, queráis estarlo por estar con Él que está con vos. Poned los ojos en vos y miraos interiormente: hallaréis a vuestro Esposo, que no os faltará; antes bien, mientras menos consuelo tengáis por fuera, más regalo os hará. Es muy piadoso, y a persona afligida jamás falta, si confía sólo en Él. Así lo dice David, que “nunca vio al justo desamparado”,⁴⁵ y otra vez que “está el Señor con los afligidos”.⁴⁶ Pues, o creéis esto, o no. Entonces, creyéndolo como se debe creer, ¿de qué os preocupáis?

2. ¡Oh, Señor mío!, que si de veras os conociésemos, no se nos daría nada de nadie. Dais mucho a los que de veras se quieren dar a Vos. Creed, amigas, que es gran cosa entender esta verdad para descubrir que las cosas y favores de acá son mentira cuando nos desvían en algo de esta verdad. ¡Oh, válgame Dios, quién pudiera hacer entender esto a los mortales! No yo, por cierto, Señor, que debiéndoos más que nadie, no acabo de entenderlas como es debido.

3. ¡Oh, quién supiera explicar cómo es esta compañía santa con el acompañador de las almas, Santo de los santos, sin interrumpir la soledad que ella y su Esposo tienen cuando esta alma quiere entrar dentro de sí en este paraíso con su Dios y cierra la puerta a todo lo del mundo! Y entended que esto no es cosa sobrenatural, sino que podemos hacerlo nosotros. Se entiende que con el favor de Dios, como ocurre con todo lo que dije en este libro que podemos; pues sin Él no se puede hacer nada, nada. Porque éste no es el silencio de las potencias, sino encerramiento que el alma hace de ellas dentro de sí misma.

Se logra esto de muchas maneras, como está escrito en algunos libros de los que escriben acerca de oración mental; ellos dicen que debemos desocuparnos de todo para acercarnos interiormente a Dios.

⁴⁵ Salmo 36, 25.

⁴⁶ Salmo 34, 19.

Capítulo 50

EN QUE DICE EL GRAN PROVECHO QUE SE SACAN DE ESTE MODO DE ORACIÓN.

1. Como yo no hablo sino de cómo debe rezarse la oración vocal para que vaya bien rezada, no hay para qué decir tanto; lo que pretendo es sólo que veamos y estemos con quien hablamos, sin darle la espalda (eso me parece que hacemos cuando estamos hablando con Dios y pensando en mil vanidades). Todo el daño viene de no entender quién está verdaderamente cerca, sino de imaginarle lejos, ¡y cuán lejos, si le vamos a buscar al cielo! Pues Señor, ¿es el vuestro un rostro para no mirarlo estando tan cerca de nosotros? Cuando hablamos con los hombres nos parece que no nos oyen si no vemos que nos miran, ¿y cerramos los ojos para no mirar que Vos nos miráis? ¿Cómo vamos a entender si habéis oído lo que os decimos? Sólo esto es lo que querría dar a entender: que para irnos acostumbrando a afianzar nuestro entendimiento a fin de que comprenda fácilmente lo que habla y con quién habla, es necesario recoger los sentidos exteriores dentro de nosotros mismos y darles algo en qué ocuparse. Es así como tendremos el cielo dentro de nosotros, puesto que allí está el Señor del cielo.

2. Y cuando comencemos a gustar del hecho que no es necesario dar voces para hablarle –porque Su Majestad nos hará sentir que está allí–, rezaremos con mucho sosiego el Padrenuestro y todas las oraciones que quisiéremos, y el mismo Señor nos ayudará a que no nos cansemos. Porque al poco tiempo que nos esforcemos a estar con Él, nos entenderá por señas, de manera que, si teníamos que decirle muchas veces el Padrenuestro, nos entenderá sólo con una. Es muy amigo de quitarnos trabajo, y bastará que en una hora lo digamos una vez, si entendemos que estamos con Él y lo que le pedimos, y las ganas que tiene de darnos como padre, y cuán de buena gana está con nosotros y que nos regalemos con Él. No es amigo de que nos quebrems la cabeza. Por eso, hermanas, por amor del Señor acostumbraos a rezar con este recogimiento el Padrenuestro, y en poco tiempo veréis la ganancia. Es un modo de orar que pronto acostumbra a que el alma no ande perdida y las potencias alborotadas, como el tiempo os lo dirá. Sólo os ruego que lo probéis, aunque os cueste algún trabajo, porque todo lo que no es costumbre lo cuesta. Pero yo os aseguro que en poco tiempo os será de gran consuelo entender que, sin necesidad de cansaros en buscar el lugar donde está este santo Padre a quien estáis pidiendo, lo encontraréis dentro de vos.

3. Que Su Majestad lo enseñe a las que no lo sabéis. En cuanto a mí, yo os confieso que nunca supe qué cosa era rezar con satisfacción y consuelo hasta que el Señor me enseñó este modo; y he hallado siempre tantos provechos en esta costumbre de recogerme dentro de mí, que por eso me he alargado. Y tal vez todas lo sabéis, pero alguna vendrá que no lo sepa; por eso, no os pese que aquí lo haya dicho.

Ahora empecemos a entender cómo prosigue nuestro buen Maestro, y comienza a pedir a su santo Padre por nosotros, y qué es lo que pide, porque es bueno que lo entendamos.

Capítulo 51

LO IMPORTANTE QUE ES ENTENDER LO QUE SE PIDE EN LA ORACIÓN.

1. ¿Quién hay –por desubicado que sea– que cuando pide a una persona importante no lleva pensado cómo pedirselo, para agradarle y no caerle mal, y qué le va a pedir, y para qué necesita lo que le va a dar, en especial si pide cosa determinada, como nos enseña que pidamos nuestro buen Jesús? Me parece algo para tener muy en cuenta. ¿No podríais, Señor mío, concluir con una palabra y decir: “Dadnos, Padre, lo que nos conviene”?

2. ¡Oh, sabiduría de los ángeles! Para Vos y vuestro Padre esto bastaba, cuando así le pedisteis en el huerto: mostrasteis vuestra voluntad y temor, pero lo dejasteis en la voluntad suya. Pero a nosotros nos conocéis, Señor mío, que no estamos tan rendidos como lo estabais Vos a la voluntad de vuestro Padre, y que nos era necesario pedir cosas determinadas para que nos detuviéramos un poco en mirar siquiera si nos hace falta lo que pedimos; y si no, que no lo pidamos. Porque así como somos, si nos dan lo que queremos –con este libre albedrío que tenemos– no admitiremos lo que el Señor nos diere, porque aunque sea lo mejor, como no vemos luego el dinero en la mano, pensamos que nunca seremos ricos.

3. ¡Oh, válgame Dios, por qué tenemos tan dormida la fe para lo uno y lo otro, que no acabamos de entender cuán cierto tenemos el castigo ni cuán cierto el premio! Por eso es bueno, hijas, que entendáis lo que pedís en el Padrenuestro, para que, si el Padre Eterno os lo diere, no se lo rechazéis y penséis muy bien si os hace falta. Y si no, no lo pidáis, sino pedid a Su Majestad que os dé luz, porque estáis ciegas y os hastían los manjares que os han de dar vida, y preferís los que os han de acercar a la muerte, ¡y qué muerte tan peligrosa y tan para siempre!

Capítulo 52

QUE TRATA DE ESTAS PALABRAS: “SANTIFICADO SEA TU NOMBRE, VENGA A NOSOTROS TU REINO”. COMIENZA A EXPLICAR LA ORACIÓN DE QUIETUD.

1. Pues dice el buen Jesús: “*Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino*”. Ahora mirad, hijas, qué sabiduría tan grande es la de nuestro Esposo. Yo aquí pienso, y es bueno que lo entendamos, qué pedimos en este reino, qué es lo que pedimos. Pero como Su Majestad vio que –a causa de lo poquito que nosotros podemos– no podíamos santificar, ni engrandecer, ni glorificar, ni ensalzar este nombre Santo del Padre Eterno si no nos ayudaba Su Majestad, dándonos acá su reino, el buen Jesús así lo puso, lo uno junto a lo otro. Para que entendáis, hijas, lo que pedimos, y lo importante que es pedirlo, y hacer cuanto pudiéremos para agradar a quien nos lo ha de dar, os quiero decir aquí lo que yo entiendo. Si no estuviera bien, pensad vosotras otras reflexiones, que el Señor nos lo permite cuando en todo nos mantenemos sujetas a lo que dice la Iglesia (como lo hago yo siempre, por ejemplo con esto que no os daré a leer hasta que lo vean personas que lo entiendan); si no estuviera bien, por lo menos no va con malicia, sino con no saber más.

2. El gran bien que hay –con muchos otros– en el reino del cielo, es no dar ya peso a las cosas de la tierra: un sosiego y gloria en sí mismos, un alegrarse de que se alegren todos, una paz perpetua, una satisfacción grande al ver que todos santifican y alaban al Señor y bendicen su nombre y nadie lo ofende; todos le aman, y la misma alma no piensa en otra cosa sino en amarle, ni puede dejar de amarle porque le conoce. Y así le amaríamos acá, aunque no con esa perfección y esa perseverancia; muy de otra manera le amaríamos si le conociésemos.

3. Parece que voy a decir que tenemos que ser ángeles para hacer esta petición y rezar vocalmente. Bien lo quisiera nuestro divino Maestro, pues nos manda hacer tan alta petición. Tengan por seguro que no nos dice que pidamos cosas imposibles, porque posible sería –con el favor de Dios– que lo hiciera un alma puesta en este destierro; tal vez no con la perfección con que lo hacen las que están ya fuera de esta cárcel, y no navegan ya en este mar ni andan este camino. Pero hay ratos en los que, cansados de andar, los pone el Señor en un sosiego de las potencias y quietud del alma en que –como lo hiciera por señas– les da claramente a entender qué sabor tiene lo que se da a los que el Señor lleva a su reino; y a los que se les da acá según le pedimos, les da pruebas para que con ellas tengan gran esperanza de ir a gozar eternamente de lo que acá reciben a sorbos.

4. Vendría bien aquí, en esta petición, hablar un poco de un comienzo de pura contemplación, a la que –los que la tienen– llaman oración de quietud; pero como he dicho que trato de oración vocal, parece que no se aviene lo uno con lo otro para quien no lo supiere. Y yo sé que sí se aviene. Perdonadme que lo quiera decir aquí, porque sé que a muchas personas, rezando vocalmente Dios las levanta a alta contemplación, sin intentarlo ellas ni entenderlo. Por eso me interesa tanto, hijas, que recéis bien las oraciones vocales. Conozco a una monja que nunca pudo tener más que oración vocal, y aferrada a ésta lo tenía todo, y si no la practicaba, el entendimiento se le perdía tanto, que no lo podía soportar. ¡Si todas pudiesen tener así la oración mental! En ciertos Padrenuestros, que rezaba por las veces que el Señor derramó sangre, permaneció dos o tres horas, y me vino a decir, muy acongojada, que no sabía contemplar, sino sólo rezar

vocalmente. Era ya vieja, y había gastado su vida harto bien y religiosamente. Al preguntarle yo qué rezaba, vi, por lo que me contó, que asida al Padrenuestro, el Señor la levantaba a tener unión. Por eso alabé al Señor, y envidié su oración vocal. Así que no penséis, los que sois enemigos de los contemplativos, que estáis libres de serlo si rezáis las oraciones vocales como se deben rezar, teniendo limpia la conciencia. Lo seguiré diciendo. Quien no lo quisiere oír, pase adelante.

Capítulo 53

PROSIGUE EXPLICANDO LA MISMA ORACIÓN
DE QUIETUD. ES MUY NOTABLE.

1. De esta oración de quietud, adonde yo entiendo que el Señor comienza a darnos a entender que oye nuestra petición, y que comienza ya a darnos su reino aquí, para que de verdad alabemos su nombre y tratemos que lo alaben otros, diré algo, aunque –por tenerlo escrito en otra parte, como he dicho– no me alargaré mucho en explicarlo.

2. Es cosa sobrenatural y no podemos lograrla nosotros por muchos esfuerzos que hagamos, porque es un ponerse el alma en paz, o ponerla en paz el Señor con su presencia –como hizo con el justo Simeón–; todas las potencias se sosiegan. El alma entiende –por una manera de entender muy diferente de la que se logra con los sentidos exteriores– que ya está junto a su Dios, y que, con un poquito más, llegará por unión a estar hecha una misma cosa con Él. Esto no lo ve con los ojos del cuerpo ni del alma. Tampoco el justo Simeón veía del Glorioso Niño pobrecito más que los paños en que iba envuelto, y la poca gente que lo acompañaba en la procesión; más parecía ser un romerito, hijo de padres pobres, que Hijo del Padre celestial, pero el mismo Niño se lo dio a entender. Y así lo entiende acá el alma, aunque no con tanta claridad, porque aún no se da cuenta sino de que está en el reino (por lo menos cerca del rey que habrá de tener), y parece estar temerosa aún de atreverse a pedir.

3. Es como un apaciguamiento que se siente interiormente y exteriormente; el hombre exterior (quiero decir el cuerpo, porque alguna simplecita habrá que no sepa lo que es interior y exterior) no querría moverse, sino que –como quien ha llegado casi al fin del camino– descansa, y siente grandísimo deleite en el cuerpo y gran satisfacción, y el alma está tan contenta de verse cerca de la fuente, que aún sin beber ya está harta. No parece que haya nada más que desear. Las potencias sosegadas no querrían agitarse; no están perdidas, porque piensan en cerca de quién están y pueden estar. Es un pensamiento sosegado; no querrían que se moviese el cuerpo para que no las desasosiegase; piensan una sola cosa y no muchas; les fatiga el hablar; en decir “Padre Nuestro” una sola vez, emplearán una hora. Están tan cerca, que ven que se entienden por señas. Están en el palacio cerca del Rey; están en su reino, que ya el Señor les comienza a dar aquí. Vienen algunas veces lágrimas sin pesadumbre y con mucha suavidad; todo su deseo es que sea santificado este nombre. No les parece estar en el mundo, al que no querrían ver ni oír; sólo a su Dios. No les da pena nada, ni parece que les tiene que dar.

4. Cuando trataba de oración de quietud, dejé de decir esto: que sucede mucho que el alma esté en verdadera quietud y el entendimiento tan alto, que eso que ocurre parece que no fuera en su casa. Y, en verdad, así me parece que sucede, que está como huésped en casa ajena y buscando otras posadas donde estar, porque aquella no la conforma pues no sabe permanecer en ella. (Tal vez otros no sean así; hablo de mí, que algunas veces deseo morirme porque no puedo remediar esto). Otras veces parece asentarse en su casa, y la voluntad está de acuerdo; si ambos se conciertan, es una gloria. Es como dos casados, cuando lo están bien y se aman, y el uno quiere lo que quiere el otro; pero si uno está mal casado, ya ven el desasosiego que da a su mujer. Así que la voluntad, cuando se ve en esta quietud (téngase mucho en cuenta este aviso, que es importante), no le haga más caso del que le haría a un loco; porque si lo quiere traer consigo obligadamente se preocupará y se inquietará. Y en este punto de oración todo le

costará trabajo sin ganar más, por el contrario, perdiendo lo que el Señor le da sin ningún trabajo de su parte.

5. Y tened muy en cuenta esta comparación que el Señor me puso estando en esta oración y que me gusta mucho: el alma está como un niño que aún mama, cuando está a los pechos de su madre y ella, sin que él paladee, le echa la leche en la boca para agradarlo. Así es acá, que sin trabajo del entendimiento se le pone el Señor en el alma, y quiere que sepa que está allí, y que trague la leche que le da, y está entendiendo que se la da, y amando. Si va a pelear para hacer intervenir a su propio entendimiento, no podrá con todo; estará obligada a dejar caer la leche de la boca, y perderá aquel alimento divino.

6. Esta, y otras cosas, diferencian a esta oración de la de unión: que en aquella, ni siquiera el tragar lo hace el alma; sin entender cómo, el Señor le pone dentro de sí el alimento. Aquí parece que aún quiere que trabaje un poquito, aunque es con tanto descanso que casi no se siente. Quien tuviese esta oración entenderá claramente lo que digo después de haber leído esto –si lo mira con atención–, y cuidado que importa. Así que el sentir en sí esta oración es un contento quieto y grande y sosegado de la voluntad, sin saber con precisión de dónde viene, aunque está claro que es diferentísimo de los contentos de acá, y que no sería suficiente ser dueños del mundo y de sus goces para sentir aquella satisfacción que está en lo interior de la voluntad. Porque estos otros contentos de la vida me parece que los goza lo exterior de la voluntad, digamos la corteza. Quiero decir, que cuando se viere en tan alto grado de oración (que es, como ya lo he dicho, evidentemente sobrenatural), si el entendimiento se fuese a los mayores desatinos del mundo, ríase de ello y déjele por necio y quédese en su quietud; él irá y vendrá, pero aquí ya es señora y poderosa la voluntad: ella lo traerá sin que vos hagáis nada. Y si queréis hacerlo a fuerza de brazos, perdéis la fortaleza que tenéis frente a él, fortaleza que viene de comer y admitir aquel divino alimento; y ni uno ni otro ganaréis nada, sino que podríamos decir que quien quiere abarcar mucho, lo pierde todo. La experiencia ayudará a entender esto; para entenderlo sin que nos lo digan, hace falta mucha, y poca para hacerlo y entenderlo después de haberlo leído.

7. En fin, con la satisfacción y deleite que se tiene, con razón pueden decir que están en su Reino y que el Padre Eterno les ha oído su petición de venir a ellas. ¡Oh, dichosa súplica, con la que tanto bien pedimos sin entenderlo! ¡Dichosa manera de pedir! Por eso quiero yo, hermanas, que miremos cómo rezamos esta oración celestial y lo que pedimos en ella; porque está claro que, si Dios nos hace esta merced, debemos alejarnos –mal que nos pese– de los negocios del mundo. Porque llegando el Señor del mundo, todo lo echa fuera. No digo que todos los que la pidieren, por fuerza deben estar completamente desasidos del mundo; por lo menos querría que entendieran lo que les falta y se humillen, y no hagan tan gran petición como quien no pide nada, y si el Señor les diese lo que piden, no se lo reprochen.

8. Hay muchos –y yo he sido una de ellos– que el Señor los está enterneciendo y dándoles inspiraciones santas y luz acerca de todo; en fin, dándoles este reino, y poniéndolos en esta oración de quietud, y ellos se hacen los sordos. Y hay almas tan amigas de hablar y decir muchas oraciones vocales muy de prisa para acabar su tarea cada día, que aunque el Señor les ponga su reino en las manos y les dé esta oración de quietud y esta paz interior no la admiten, sino que ellos mismos, con su rezar, piensan que lo hacen mejor.

9. No hagáis esto, hermanas, cuando el Señor os hiciere esta merced; mirad que perdéis un gran tesoro y que haréis mucho más con una palabra del Padrenuestro de vez en cuando, que diciéndolo muchas veces de prisa y sin entenderlo. Está muy cerca aquél a quien pedís; no puede dejar de oíros. Y creed que ésta es la verdadera manera de alabar y santificar su nombre, porque ya, como alguien de su casa, glorificáis al Señor y le alabáis con más afecto y deseo, y parece que no podéis dejar de servirlo. Así que en esto os aviso que pongáis mucha atención, porque importa muy mucho.

Capítulo 54

QUE TRATA DE ESTAS PALABRAS: “HÁGASE TU VOLUNTAD, ASÍ EN EL CIELO COMO EN LA TIERRA”, Y LO MUCHO QUE HACEMOS SI LAS DECIMOS CON DETERMINACIÓN.

1. Ahora que nuestro buen Maestro nos ha pedido y enseñado a pedir algo de tanto valor, que encierra en sí todas las cosas que acá podemos desear, y nos ha concedido tan gran merced como la de hacernos sus hermanos, veamos qué quiere que demos a su Padre, y qué le ofrece por nosotros, y qué es lo que nos pide; cómo podremos retribuirle de algún modo tan grandes mercedes. ¡Oh, buen Jesús, que tanto dais de parte nuestra, cómo además pedís para nosotros! Aunque ello no sea nada para tan gran Rey al que tanto debemos, es cierto, Señor mío, que no nos dejáis con nada y que damos todo lo que podemos, si lo hacemos con determinación.

2. “Sea hecha tu voluntad, y como es hecha en el cielo, así se haga en la tierra”. Bien hicisteis, buen Maestro y Señor, en hacer la petición anterior, para que podamos cumplir lo que ofrecéis por nosotros; porque es seguro, Señor, que si así no fuera, me parece imposible que pudiéramos cumplirla. Pero concediendo vuestro Padre lo que vos le pedisteis, de darnos acá su reino, yo sé que no os fallaremos en dar lo que dais por nosotros; porque, si la tierra se hace cielo, será posible que se haga en mí vuestra voluntad. Pero sin esto, y en tierra tan ruin, tan sin fruto como la mía, yo no sé, Señor, cómo sería posible; es gran cosa lo que ofrecéis. Por eso querría, hijas, que lo entenderais.

3. Cuando pienso en esto, estoy de acuerdo con los que dicen que no está bien pedir trabajos al Señor, que es poca humildad. Y me he topado con algunos tan pusilánimes, que aun sin este amparo de humildad no se atreven a pedirselos, pensando que más adelante se los dará. Querría preguntarles si entienden esta voluntad que suplican al Señor la cumpla Su Majestad en ellos, o bien lo dicen repitiendo lo que dicen todos, pero sin la intención de hacerlo. Esto, hijas, sería mucho mal. Mirad nuestro buen Jesús parece nuestro embajador, que ha querido mediar entre nosotros y su Padre –y muy a cosa suya–, y no sería justo que lo que promete u ofrece por nosotros dejásemos de cumplirlo; si no, no lo digamos.

4. Ahora quiero hablar claramente. Mirad, hermanas, escuchad mi parecer. Lo queráis o no, se hará su voluntad en el cielo y en la tierra; creedme, y haced de la necesidad virtud. ¡Oh, Señor mío, qué gran regalo es éste para mí, que no dejasteis a merced de un querer tan ruin como el mío el cumplir vuestra voluntad! Bendito seáis por siempre. Y os alaben todas las cosas. Sea glorificado vuestro nombre por siempre. ¡Buena estaría yo, Señor, si estuviera en mis manos el cumplirse o no vuestra voluntad! Ahora yo os doy libremente la mía; aunque no va, desde hace tiempo, libre de interés, porque ya tengo probado por gran experiencia la ganancia que recibo al dejar libremente mi voluntad en la vuestra. ¡Oh, hijas, qué gran ganancia hay aquí, o qué gran pérdida al no cumplir lo que ofrecemos al Señor en el Padrenuestro!

5. Antes de deciros lo que se gana, os quiero explicar lo mucho que ofrecéis, para que no os llaméis después a engaño y digáis que no lo entendisteis. No sean como algunas monjas que no hacen sino prometer, y, como no cumplen nada, dicen que cuando profesaron no entendieron lo que prometían. Así lo creo yo, porque es fácil hablar y difícil obrar, y si pensaron que todo era fácil, es verdad que no lo entendieron. A las que

profesen acá, hacedlo entender con largos períodos de prueba, para que no piensen que debe haber sólo palabras, sino también obras.

6. Así quiero que entendáis frente a quién estáis, y lo que ofrece por vos al Padre el buen Jesús, y lo que le dais vos cuando decís que se cumpla su voluntad en vos. Pues no penséis que sea su voluntad daros riquezas ni deleites, ni grandes honras, ni todas esas cosas de acá; no os quiere tan poco, y considera mucho lo que le dais y os lo quiere pagar bien, pues os da su reino aun en vida. ¿Queréis ver cómo trata a los que sinceramente le dicen eso? Preguntadlo a su Hijo glorioso, que se lo dijo en la oración del Huerto. Como fue dicho con verdad y con toda voluntad, mirad si cumplió bien en darle dolores y trabajos e injurias y persecuciones, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz.

Capítulo 55

CÓMO LOS RELIGIOSOS ESTÁN OBLIGADOS A QUE NO SEAN PALABRAS, SINO OBRAS.

1. Pues veis aquí, hijas, lo que dio a quien más amaba. Por ellos se entiende cuál es su voluntad. Mirad lo que hacéis; tratad que no sean palabras de cumplido las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos en vivir lo que Su Majestad quisiere. No es manera de dar voluntad el mostrar la joya y decir que la tomen, y cuando extienden la mano para tomarla, vos la guardáis muy bien.

2. Éstas no son burlas para hacer a quien le hicieron tantas por nosotros. Aunque no hubiere otra cosa, no merece que nos burlemos tantas veces de Él; se lo decimos muchas veces en el Padrenuestro: démosle ya de una vez la joya, después de tantos intentos de dársela. Es verdad que Él no nos la da primero. ¡Oh, válgame Dios, cómo se ve que mi buen Jesús bien nos conoce! Porque no dijo al principio que diésemos esta voluntad al Señor, hasta que estuviésemos bien pagados por este pequeño servicio; hay que entender la gran ganancia que en el mismo servicio el Señor quiere que obtengamos, porque aun en esta vida nos comienza a pagar, como ahora diré. Los del mundo, harto harán si tienen realmente la intención de cumplirlo. Vosotras, hijas, a decir y hacer, palabras y obras, como en verdad parece que hacemos los religiosos; sólo que algunas veces ponemos la joya en la mano del Señor y la volvemos a tomar. Somos sinceros en el primer momento y después tan reticentes, que más valdría que nos hubiésemos detenido en el acto de dar.

3. Porque todo lo que os he advertido en este libro va dirigido a darnos enteramente al Creador, y poner nuestra voluntad en la suya y desasirnos de las criaturas, y espero que hayáis entendido lo mucho que nos importa. Nuestro buen Maestro pone aquí estas palabras porque sabe lo mucho que ganaremos al hacer este servicio a su Eterno Padre; con ello nos disponemos a que pronto se acabe el camino y bebamos del agua viva de la fuente de la que hablamos. Porque si no nos damos del todo al Señor, y no nos ponemos en sus manos para que haga su voluntad en todo lo que nos concierne, nunca permitirá beber de esa fuente. Esto es contemplación perfecta, lo que dijisteis que escribiese.

4. Y en esto ninguna cosa hacemos de parte nuestra; ni trabajamos, ni negociamos, ni hace falta hacer nada, porque todo lo demás estorba e impide decir “hágase tu voluntad”, cúmplase en mí, Señor mío, vuestra voluntad, de todos los modos y maneras que Vos, Señor mío, quisieréis. Si queréis que sea con trabajos, dádmelos, y vengan; si con persecuciones, y enfermedades y deshonras y necesidades, aquí estoy, no volveré el rostro, Padre mío, ni hay razón para que vuelva las espaldas. Como vuestro Hijo ofreció en nombre de todos esta mi voluntad, no hay motivo para que falte, por mi parte; hacedme Vos la merced, de darme vuestro reino para que yo lo pueda cumplir –pues Él me lo pidió–, y disponed de mí como cosa vuestra, conforme a vuestra voluntad.

5. ¡Oh, hermanas mías, qué fuerzas tiene este don! Si va con la decisión con que debe ir, no puede dejar de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza, y transformarnos en sí, y hacer una unión del Hacedor con la criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas y si tenéis buen Maestro: como sabe por dónde ha de ganar la voluntad de su Padre, nos enseña cómo y con qué le tenemos que servir.

Capítulo 56

TRATA DE LO QUE DA EL SEÑOR DESPUÉS QUE
NOS HEMOS ENTREGADO A SU VOLUNTAD.

1. Y mientras mayor determinación tiene el alma –lo que se va entendiendo por las obras que no son palabras de cumplido–, más la acerca el Señor a sí y la levanta de todas las cosas bajas de acá, y de sí misma, para prepararla a recibir del Señor grandes mercedes, tanto que no acaba en esta vida de pagar este servicio. Tanto la considera, que ya no sabemos qué pedir, y Su Majestad nunca se cansa de dar; porque, no contento con tenerla hecha una sola cosa consigo –por haberla ya convertido en Sí–, comienza a regalarse con ella, a descubrirle secretos, a alegrarse de que entienda lo que ha ganado y de que conozca algo de lo que tiene por dar. La hace ir perdiendo estos sentidos exteriores para que no se ocupe de nada. Esto es arrobamiento. Y comienza a tratarla con tanta amistad, que no sólo le vuelve a dejar su voluntad, sino que con ella le da la suya. Porque el Señor se alegra –ya que la trata con tanta amistad– que mande a veces, y cumplir Él lo que ella le pide, así como ella hace lo que Él le manda; y lo hace mucho mejor, porque es poderoso y puede cuanto quiere, y no deja de querer.

2. La pobre alma, aunque quiera, no puede muchas veces lo que querría, ni puede nada sin que se lo den, y queda siempre más adeudada, y muchas veces fatigada por verse sujeta a tantos inconvenientes que le ocasiona el estar en la cárcel de este cuerpo; ella querría pagar algo de lo que debe, y es harto boba angustiándose en el intento. Aunque haga lo que debe ser, ¿qué podemos pagar los que no tenemos para dar sino lo que recibimos, más que conocemos, y lo que podemos –que es nuestra voluntad– darlo cumplidamente? Porque –como he dicho– está ya escrito en otra parte cómo es esta oración, y lo que ha de hacer el alma hasta entonces; las cosas largamente explicadas de lo que el alma siente aquí, y en las que se conoce que es de Dios, no hago más que rozarlas, para daros a entender cómo debéis rezar esta oración del Padrenuestro.

3. Sólo os hago una advertencia; no penséis que llegaréis aquí con vuestra fuerza ni empeño; por el contrario, si antes teníais devoción, quedaréis fríos. Sólo con simplicidad y humildad –que es la que lo resuelve todo– decid: “Hágase tu voluntad”.

Capítulo 57

EN QUE TRATA LA GRAN NECESIDAD QUE TENEMOS DE HACER ESTA PETICIÓN DE “PAN NUESTRO”.

1. Pues entendiendo el buen Jesús –como he dicho– qué difícil cosa es esto que ofrece por nosotros, conociendo nuestra flaqueza y el hecho que muchas veces no entendemos cuál es la voluntad del Señor, como somos débiles y Él tan piadoso, tenía que haber un medio de lograrlo. Él vio que de ninguna manera nos conviene dejar de dar lo dado, pues en ello está toda nuestra ganancia. Vio que era difícil cumplirlo, porque si se dice a un rico que es la voluntad de Dios que modere su plato para que otros que mueren de hambre coman al menos pan, él encontrará mil razones para no entender esto sino a su arbitrio. Si se dice a un murmurador que es la voluntad de Dios querer algo tanto para sí como para su prójimo, o para su prójimo como para sí, no tendrá paciencia ni le bastará razón para entenderlo. Si se dice a un religioso o religiosa acostumbrado a libertad y a regalo, que tiene el deber de dar ejemplo; que no sólo con palabras ha de decir la palabra, sino que ha jurado y prometido cumplir sus votos y es voluntad de Dios que lo haga; que si da escándalo, aunque no quebrante del todo sus votos, irá contra ellos; que si ha prometido pobreza, la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere; ¿qué haría si el Señor no hiciere de su parte lo más? No habría sino muy poquitos que cumplieran su palabra y lo que Él ofreció al Padre. ¡Quiera Su Majestad que haya muchos! Porque, habiendo visto el Señor la necesidad, pensó en un medio admirable con el que nos mostró el amor extremado que nos tenía, y en su nombre y en el de sus hermanos hizo esta petición: *“El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, Señor”*.

Capítulo 58

QUE TRATA DE LO MUCHO QUE HIZO EL PADRE
ETERNO AL QUERER QUE SU HIJO SE NOS
QUEDASE EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

1. Entended, hermanas, por amor de Dios, esto que pide el buen Jesús –nos va la vida en no pasarlo por alto– y considerad muy poco lo que habéis dado, pues tanto tendréis que recibir. Me parece ahora a mí –salvo otro parecer mejor– que habiendo visto el buen Jesús lo que había dado por nosotros, y cómo nos importaba tanto darlo y la gran dificultad que había para hacerlo, y siendo nosotros tan inclinados a cosas bajas y teniendo tan poco amor y ánimo, era necesario que viéramos el suyo para despertarnos; y no una vez, sino cada día, y aquí debió decidirse a quedarse con nosotros. Y como era cosa tan grave y de tanta importancia, quiso que viniese de la mano del Eterno Padre. Porque, aunque ambos eran una misma cosa, y sabía que lo que Él hiciera en la tierra se haría en el cielo, y su voluntad y la del Padre eran una sola, era tanta la humildad del buen Jesús que quiso como pedir permiso, porque ya sabía que era amado por el Padre y que se deleitaba en Él. Entended bien que pedía en esto más de lo que ha pedido en lo demás, porque sabía la muerte que le darían, y las deshonras y afrentas que padecería.

2. Pues, ¿qué padre habría, Señor, que habiéndonos dado a su hijo –y tal hijo–, quisiera permitir que se quedara entre nosotros cada día a padecer? Por cierto, Señor, ninguno, sólo el vuestro; bien sabéis a quién pedíais. ¡Oh, válgame Dios, qué gran amor del Hijo y qué gran amor del Padre! Aunque no me asombro tanto del buen Jesús, porque, como ya había dicho “hágase tu voluntad”, lo había de cumplir como quien es. Sí, porque no es como nosotros, y sabe que la cumple amándonos como a sí, por eso iba buscando cómo cumplir más cabalmente –aunque fuese a su costa– este mandamiento. Pero Vos, Padre Eterno, ¿cómo lo permitís?, ¿por qué queréis cada día ver en manos tan ruines a vuestro Hijo? Ya que una vez lo quisisteis y lo permitisteis, veis cómo lo tratan; ¿cómo puede vuestra piedad cada día, cada día, ver las injurias que le hacen? ¡Y cuántas se deben hacer hoy a este Santísimo Sacramento! ¡En cuántas manos enemigas suyas debe verle el Padre! ¡Cuántos desacatos de estos herejes!

Capítulo 59

EXPONE UNA EXCLAMACIÓN AL PADRE.

1. ¡Oh, Señor eterno! ¿Cómo aceptáis tal petición, cómo lo consentís? No miréis su amor, porque para hacer cumplidamente vuestra voluntad y hacerla por nosotros, se dejará hacer pedazos cada día. Tenéis que mirarlo vos, Señor mío, ya que vuestro Hijo no se detiene ante nada. ¿Por qué todo nuestro bien ha de ser a su costa? ¿Por qué calla ante todo y no sabe hablar por Sí, sino por nosotros? ¿No hay quién hable por este mansísimo cordero? Dadme licencia, Señor, que hable yo –ya que quisisteis dejarle en nuestro poder– y os suplique, pues tan de veras os obedeció y con tanto amor se nos dio. Veo que en esta petición duplica las palabras, porque primero pide que le deis este pan cada día, y vuelve a decir “dádnoslo hoy, Señor”. Considerad también –para que no nos quitéis esta merced– que es “nuestro”, que ya una vez nos lo disteis para salvarnos: no nos lo volváis a quitar. Pues mirad, hermanas mías –y que esto os enternezca el corazón para amar a vuestro Esposo–, que no hay esclavo que de buena gana diga que lo es, y que el buen Jesús parece que se honra en ello.

2. ¡Oh, Padre Eterno, que esta humildad merece mucho! ¡Con qué tesoro compraremos a vuestro Hijo! Venderle, ya sabemos que lo hicimos por treinta monedas; pero para comprarle, ¿qué precio basta? Como aquí el Señor se hace uno con nosotros, por la parte que tiene de nuestra naturaleza, y como es Señor de su voluntad, lo recuerda a su Padre para poder dárnosla, puesto que es suya, y por eso se llama “nuestro”. Él no hace diferencias entre Él y nosotros, pero nosotros sí la hacemos para no darnos cada día por Él.

Capítulo 60

QUE TRATA DE ESTA PALABRA QUE DICE "COTIDIANO".

1. Ya queda claro que el buen Jesús, en esto de que es nuestro, –y así pide a su Padre que nos lo dé “cada día”–, parece que hubiese dicho “para siempre”; escribiendo esto he tenido el deseo de saber por qué el Señor, después que dijo “cada día”, volvió a decir “hoy”. Os quiero decir mi bobería; si lo fuere, téngase por tal –harta lo es ya el meterme en esto–. Pero, puesto que ya vamos entendiendo lo que pedimos, pensemos bien qué es, para que –como he dicho– lo comprendamos y lo agradezcamos a quien con tanto cuidado nos está enseñando. Así que, el ser nuestro “cada día”, me parece que es porque le poseemos acá en la tierra, pues se nos quedó acá y le recibimos, y después le poseeremos también en el cielo si aprovechamos su compañía; porque no se queda con nosotros sino para ayudarnos y animarnos y sostenernos para hacer esta voluntad que hemos pedido se cumpla en nosotros.

2. El decir “hoy”, me parece que se refiere a esta vida, que es como un día. ¡Y bien que es un día! Y es para los desventurados que se han de condenar y que no le gozarán en la otra, para hacer por ellos todo lo que pueda serles de provecho, y estar con ellos este “hoy” de esta vida, alentándolos; y si se dejan vencer, no será por su culpa. Y para que se lo otorgue el Padre, le recuerda que es sólo un día de lo que dure este mundo; como nos lo dio, no parezca que lo vuelve a tomar, porque será sólo un día el que duren estos malos tratos de acercarse a Él indignamente; que mire que está obligado –por haber ofrecido por nosotros algo tan grande como dejar nuestra voluntad en la suya– a ayudarnos por todos los medios que pudiere. Que no pide más que “hoy” nuevamente; que por habernos dado para siempre este pan sacratísimo lo tenemos seguro y que nos lo dio sin pedírselo. Con este alimento y maná de la humanidad, que parece lo encontramos cada vez que queremos, no moriremos de hambre si no es por nuestra culpa, porque de todas las maneras que el alma quisiere comer, hallará en Él sabor y consolación y alimento. No hay necesidad ni trabajo ni persecución que sea soportar, si comenzamos a partir y mascar de los que Él soportó, y a meditar sobre ellos. No quiero pensar que el Señor se haya acordado del otro pan de los mantenimientos y necesidades corporales, ni querría que lo recordaseis vosotras. El que está en subidísima contemplación no tiene más memoria de estar en el mundo que si no lo estuviese, tanto menos si ha de comer; ¿e iba el Señor a preocuparse tanto de pedir que comiésemos, para Él y para nosotros? No me parece. Nos está enseñando a poner nuestra voluntad en las cosas del cielo y a pedir que lo comencemos a gozar desde acá, ¿y nos iba a meter en cosa tan baja como pedir de comer? ¡Él nos conoce, que comenzando a ocuparnos de las necesidades del cuerpo se nos olvidarán las del alma! ¡Qué gente somos, que decimos contentarnos con poco y luego, mientras más nos diere, más parece que nos ha de faltar el agua!

3. Pidan esto, hijas, los que quieren más de lo necesario. Vosotras pedid que os deje hoy a vuestro Esposo, para que no os veáis en este mundo sin Él por el tiempo que viviereis; que basta que quede disfrazado en estas apariencias de pan, lo que es harto tormento para quien no tiene otro amor ni otro consuelo; pero suplicadle que no os falte y que os prepare para recibirle dignamente.

4. Del otro pan no os preocupéis las que muy de veras os habéis entregado a la voluntad de Dios. Me refiero a los tiempos de oración en que tratáis cosas más importantes; hay otros tiempos, en que la que está encargada de ello debe preocuparse

de lo que habéis de comer, es decir, de daros lo que tuviere. No temáis que os falte si no faltáis vosotras a vuestra promesa de entregaros a la voluntad de Dios.

Y por cierto, hijas, de mí os digo que, si llegase a faltar en eso con malicia –como lo hice muchas veces–, no le suplique yo que me dé ese pan ni otra cosa que comer. Déjeme morir de hambre. ¿Para qué quiero vida, si con ella voy ganando cada día más la muerte eterna?

Capítulo 61

QUE PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA. PONE UNA COMPARACIÓN. ES MUY BUENO PARA DESPUÉS DE HABER RECIBIDO EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

1. Así que, si de veras os dais a Dios como lo decís, no os ocupéis de vos, porque Él tiene ese cuidado y lo tendrá siempre. Es como si un criado entra a servir a un amo: el criado se ocupa de contentarle en todo, pero el amo está obligado a darle de comer mientras está en su casa y le sirve, a menos que sea tan pobre que no tenga ni para sí ni para él. Pues acá esto no ocurre, porque siempre es y será poderoso. ¿Y sería buena cosa que el criado anduviese pidiendo cada día de comer, sabiendo que su amo tiene y debe tener cuidado de dárselo? Es gastar palabras, y el amo debe decirle que tenga cuidado de cómo servirle, y que no se ocupe de lo demás.

2. Así que, hermanas, pida ese pan quien quisiere; pidamos nosotras el que nos interesa y supliquemos al Padre nos dé gracia para disponernos del mejor modo a recibir don tan grande y tan celestial alimento. Que puesto que los ojos del cuerpo no se deleitan en mirarle –porque está encubierto– se descubra a los del alma y se le dé a conocer, lo que es otro alimento de contentos y regalos. Que para sustentar la vida, le vendremos a desear y pedir más veces de las que querremos, aun sin que lo sintamos: no es necesario despertarnos para ello, porque nuestra inclinación ruin a las cosas bajas nos despertará muchas veces. Pero tengamos la advertencia de tratar de poner nuestro cuidado sólo en suplicar al Señor lo que he dicho, porque teniendo esto lo tendremos todo.

3. ¿Pensáis que no es muy grande alimento, aun para nuestro cuerpo, este Santísimo Sacramento, y muy gran medicina aun para los males corporales? Yo lo sé, y conozco una persona que estando con grandes enfermedades, y muchas veces con graves dolores, con la mano se le quitaban y quedaba sana del todo. Esto, con mucha frecuencia, y con males tan conocidos que no se podrían fingir. Otros muchos efectos hacía en esta alma, que no hay para qué decirlos –y yo podía saberlos, y sé que no miente–. Pero tenía tanta devoción y tan viva fe, que cuando en algunas fiestas oía a personas decir que querrían haber estado en el tiempo en que andaba Cristo en el mundo se reía entre sí, porque le parecía que teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, ¿qué más se les daba?

4. Pero sé de esta persona que durante muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgaba –tal como si viera con los ojos corporales entrar en su casa a Cristo–, trataba de esforzar la fe para creer que era lo mismo, y le recibía en una casa tan pobre como la suya, y se liberaba de todas las cosas exteriores y se ponía en un rincón, tratando de recoger los sentidos para estar con su Señor a solas, y se consideraba a sus pies, y se estaba allí –aunque no sintiese devoción– hablando con Él.

5. Porque, a menos que queramos ser ciegos y bobos, si dentro de nosotros tenemos fe, ¿para qué hemos de ir a buscarle más lejos, ya que sabemos que, mientras el calor natural no consume las formas del pan, está con nosotros el buen Jesús? Pues sí, cuando andaba en el mundo, sólo con que tocaran su ropa sanaba a los enfermos, ¿se puede dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tengo fe, y me dará todo lo que le pidiere, pues está en mi casa?

6. Si os aflige el no verlo con los ojos corporales, mirad que nos conviene, porque es otra cosa verle glorificado o verle cuando andaba por el mundo. Nadie con nuestra flaca naturaleza podría soportarlo, y nadie querría estar en este mundo; porque al ver esta Verdad eterna, parecerían burlas todas las cosas que acá nos interesan.

7. Aunque no lo veáis con estos ojos corporales, no temáis que se esconda de sus amigos. Estad vos con Él de buena gana; mirad que esta hora es de gran provecho para el alma, y al buen Jesús le agrada mucho que le hagáis compañía: cuidado mucho, hijas, de no perderla. Si la obediencia os mandara otra cosa, tratad de dejar el alma con el Señor, que es vuestro Maestro; aunque no entendáis, no dejará de enseñaros. Y si luego lleváis el pensamiento a otra parte, y no hacéis caso de Él, que está dentro de vos, como si no le hubieseis recibido, no os quejéis de Él, sino de vos. No digo que no recéis, para que no os aferréis a las palabras y digáis que hablo de contemplación –a menos que el Señor os llevare a ella–; sino que, si rezáis el Padrenuestro, entendáis cuán realmente estáis con quien os lo enseñó, y le beséis los pies por ello, y le pidáis que os ayude a pedir y que no se aleje de vos.

8. Si os ponéis a pedir a una imagen de Cristo ante la que estáis, ¿no veis que es bobería dejar la imagen viva y la misma persona por mirar el dibujo? Si tuvieseis un retrato de una persona a la que queréis mucho, y esa persona os viniese a ver, ¿no sería bobería dejar de hablar con ella y tener toda la conversación con el retrato? ¿Sabéis cuándo esto es bueno y santísimo, y es cosa en la que yo me deleito mucho? Cuando está ausente la misma persona, es gran regalo ver una imagen de nuestra Señora o de algún santo al que tenemos devoción –tanto más la de Cristo–; es cosa que despierta mucho, es algo a lo que querría volver los ojos a cada momento. ¿Qué mejor cosa podríamos mirar ni más gustosa a la vista? ¡Desventurados los herejes que carecen de este consuelo y de este bien, entre otros!

9. Pero acabando de recibir al Señor, teniendo a su misma persona delante, tratad de cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miraos al corazón. Yo os digo –y lo vuelvo a decir y muchas veces lo diré– que si tomáis esta costumbre de estaros con Él (y esto no un día ni dos, sino todos los días que comulgareis), y tratáis de tener conciencia de ello, será lícito que gocéis a menudo de este bien. No viene tan disfrazado que de muchas maneras no se dé a conocer según el deseo que tenéis de verle; y tanto lo podéis desear hasta que se os descubra del todo.

10. Pero si al recibirlo no hacéis caso de Él –estando tan cerca– y le vais a buscar a otras partes, o vais a buscar otras cosas bajas, ¿qué queréis que haga? ¿Habrà de forzaros a que le veáis y os estéis con Él, porque se os quiere dar a conocer? No, porque no le trataron bien cuando se dejó ver por todos y les decía claro quién era, y fueron muy pocos los que le creyeron. Y así, harta misericordia nos hace a todos cuando quiere que se entienda que es Él quien está en el Santísimo Sacramento. Pero no quiere que le vean descubiertamente, ni mostrar sus grandezas ni darles de sus tesoros, sino a los que entiende que mucho lo desean, porque éstos son sus verdaderos amigos. Yo os digo que quien le ofendiere y no llega a recibirle, no lo importune nunca para que se le dé a conocer. No ve la hora de haber cumplido con lo que manda la Iglesia, luego se va a su casa y trata de echarle de ella; así que, si entra en sí, es para pensar vanidades allí en su presencia.

Capítulo 62

EN QUE TRATA DEL RECOGIMIENTO QUE SE DEBE TENER DESPUÉS DE HABER COMULGADO.

1. Me he alargado tanto en esto –aunque dije también mucho de ello en la oración de recogimiento– porque importa muy mucho este entrarse a estar a solas con Dios. Cuando no comulgareis y oyereis misa, podéis comulgar espiritualmente –es de grandísimo provecho– y hace lo mismo. Es mucho lo que se manifiesta aquí el amor del Señor; porque preparándoos a recibir, jamás deja de dar, de muchas maneras que no entendemos. Es como acercarnos al fuego, que aunque sea muy grande, si escondéis las manos, mal os podréis calentar: os quedaréis fríos, más que si al fuego no lo vierais. El calor alcanza estando cerca. Pero otra cosa es querer acercaros a él; si el alma está dispuesta, una chispita que salte la abrasará toda. Y es tan importante, hijas, disponernos para esto, que no os asombréis que lo diga muchas veces.

2. Al principio puede ser que no se os descubra, o que no os encontréis bien (el demonio os pondrá apretamientos del corazón y congoja, porque sabe el daño tan grande que le viene de aquí); también puede que halléis más devoción en cosas diferentes a ésta. A pesar de todo no renunciéis; aquí probará el Señor cuánto le queréis. Acordaos que hay pocas almas que le acompañen y le sigan en los trabajos; pasad algo por Él, que Su Majestad os lo pagará. Acordaos también cuántas personas habrá que no sólo no quieran estarse con Él, sino que le echen de su casa con gran desacato y descomedimiento. Algo tenemos que pasar para que se entienda que tenemos deseos de verlo. Y como todas las ocasiones en que lo dejan solo y lo tratan mal las soporta a cambio de una en que con amor alguien le admita y le acompañe, sea la vuestra esta una. Porque de no haber ninguna, con razón el Padre Eterno no le permitiría quedarse con nosotros; pero es tan amigo de amigos y tan señor de siervos que, como ve la voluntad de su buen Hijo, no lo quiere estorbar en obra tan excelente en la que muestra en forma tan cumplida el amor que tiene a su Padre. A causa de ese amor ha buscado tan admirable invención para mostrar lo que nos ama, y para ayudarnos a pasar nuestros trabajos.

3. Pues, Padre Santo, que estás en los cielos: ya que lo queréis y lo aceptáis (claro está que no ibais a negar cosa que era tan buena para nosotros), alguien ha de haber, como dije antes, que hable por vuestro Hijo, pues Él nunca supo pensar en Sí. Así os ruego yo, hijas, que me ayudéis a pedir a nuestro Padre santo, en nombre suyo, que como no le ha quedado nada por hacer después de este tan gran beneficio para los pecadores, se sirva Su Majestad poner remedio para que su Hijo no sea tan mal tratado. Como su Hijo nos dio tan buen medio para que le podamos ofrecer en sacrificio muchas veces, valga tan precioso don para que no sigan los grandísimos males y desacatos que se hacen en los lugares donde está este Santísimo Sacramento. Parece que le quieren volver a echar del mundo, sacar de los templos; se han profanado tantas iglesias aun entre los cristianos, los que a veces van allí más con intención de ofenderle que de adorarle.

4. Pues, ¿qué es esto, Señor? O dad fin al mundo, o poned remedio a tan grandísimos males, porque no hay corazón que los soporte, aun de los que somos ruines. Os suplico, Padre Eterno, que no lo soportéis ya Vos; atajad este fuego, Señor. Mirad que vuestro Hijo aún está en el mundo; por Él, que terminen cosas tan feas y sucias, pues su hermosura y limpieza no merecen estar donde hay tan malos olores. No lo hagáis por nosotros, Señor que no lo merecemos: hacedlo por vuestro Hijo. No nos atrevemos a pedir que no nos lo

dejéis acá, pues Él logró de Vos que por este día de hoy –que es lo que durará el mundo– lo dejarais acá, y si no, se acabaría todo; si algo os aplaca, es tener acá tal prenda. Pues algún medio ha de haber, Señor; póngalo Vuestra Majestad, porque si queréis podéis.

5. ¡Oh, Señor, quién pudiera importunaros mucho y haberos servido en algo, para poder pedir os tan gran merced en pago de mis servicios, puesto que no dejáis ninguno sin recompensa! Pero no tengo méritos, Señor; por el contrario, tal vez sea yo la que os he enojado, de manera que también por mis pecados pueden venir tantos males. Entonces, ¿qué puedo hacer, Señor, más que presentaros este pan bendito, y aunque nos lo disteis, devolvéroslo y suplicaros por sus méritos que hagáis esta merced, ya que lo tiene de tantas maneras merecido? Ya, Señor, haced ya que se sosiegue este mar; que no ande siempre en tempestades esta nave de la Iglesia, y ¡sálvanos, Señor mío, que perecemos!⁴⁷

⁴⁷ Mt 8, 25.

Capítulo 63

TRATA DE ESTAS PALABRAS:
“PERDÓNANOS NUESTRAS OFENSAS”.

1. Pues viendo nuestro precioso Maestro que con este alimento, si no es por culpa nuestra, todo nos resulta fácil, y que podemos cumplir muy bien lo que dijimos al Padre de que se cumpla en nosotros su voluntad, le dice ahora que nos perdone, pues perdonamos: *“Y perdónanos, Señor, nuestras ofensas, como nosotros las perdonamos a los que nos ofenden”*.

2. Y mirad, hermanas, que no dice “como perdonaremos”, para que entendáis que quien pide un don tan grande como ese, y ya ha puesto su voluntad en la de Dios, esto ya debe estar hecho, y por eso dice: “como nosotros las perdonamos”. Así que, quien de veras hubiese dicho al Señor estas palabras: “hágase tu voluntad”, debe tenerlo todo hecho, o al menos decidido. Veis aquí por qué los santos se alegraban con las injurias y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían. ¿Qué harán las pecadoras como yo, que tanto tiene que perdonarme? Por cierto esto es algo, hermanas, que debemos tener muy presente: que una cosa tan grave y de tanta importancia como que el Señor nos perdone nuestras culpas –que merecían fuego eterno–, se perdonen a cambio de cosa tan baja como que nosotras perdonemos agravios que no son nada. Porque, ¿qué se puede decir ni qué injuria se puede hacer a una como yo, que merecía que los demonios siempre me maltratasen, sino que me traten mal en este mundo, que es cosa justa? En fin, Señor mío, que por esta causa no tengo nada que daros para pedirnos que perdonéis mis ofensas. Que me perdone vuestro Hijo, porque nadie me ha hecho nada injustamente, y por eso no he tenido nada que perdonar por Vos; sólo tomad mi deseo de perdonar por Vos cualquier cosa para que Vos me perdonéis a mí, o para cumplir vuestra voluntad sin condición. Pero no sé qué haría, llegado el caso, si me condenaran sin culpa; ahora me veo tan culpada ante vuestros ojos, que todos quedan cortos, aunque los que no saben la que soy, como vos lo sabéis, piensan que me agravian. Así, Padre mío, de balde me tenéis que perdonar; aquí cabe bien vuestra misericordia. Bendito seáis Vos, que tan pobre como soy me soportáis; porque lo que vuestro sacratísimo Hijo dice en nombre de todos, por ser yo la que soy, no puedo pagarlo.

3. Pero, Señor, ¿habrá algunas almas que me tengan compañía y no hayan entendido este punto? Si las hay, en vuestro nombre yo les pido que se acuerden de esto y no hagan caso de pequeños agravios, que parece que hicieran casas con pajitas, como los niños, con estos afanes de honra. ¡Oh, válgame Dios, hermanas, si entendiéramos qué cosa es honra, y en qué consiste perder la honra! Ahora no hablo con vosotras –que harto mal estaría que no hubieseis entendido esto– sino conmigo, pensando en el tiempo que me precié de honra sin entender qué cosa era, y juzgaba a la gente por lo que oía. ¡Oh, de cuántas cosas me agraviaba, y me da vergüenza! Y no era de las que se fijan mucho en estos puntos; pero como todas, me equivocaba en el punto principal, porque yo no hacía caso de la honra que tiene algún provecho, que es la que aprovecha al alma. ¡Y qué bien lo dijo, el que dijo que honra y provecho no podían estar juntos! –no sé si lo dijo a este propósito–, porque es realmente así; el provecho del alma, y esto que el mundo llama honra, no pueden estar juntos. ¡Oh, válgame Dios, qué al revés anda el mundo! Bendito sea el Señor, que nos sacó de él. Quiera Su Majestad que esté siempre fuera de esta casa como lo está ahora, porque Dios nos libre de monasterios donde hay afanes de honra; con ellos nunca se honra mucho a Dios.

Capítulo 64

EN QUE HABLA CONTRA LAS DEMASIADAS HONRAS.

1. ¡Válgame Dios, qué destino tan grande!, porque ponen los religiosos su honra en unas cositas que me espantan. Esto no lo sabéis, hermanas; pero os lo quiero decir para que os cuidéis de ello. Sabed que los religiosos tienen también sus leyes de honra: van subiendo en dignidades como los del mundo. Los letrados deben ocuparse de sus letras, y el que ha llegado a leer teología no debe bajar a leer filosofía –lo que es punto de honra, que debe subir y no bajar–, y aun si se mandase la obediencia, el hacerlo sería tenido por agravio y afrenta; y luego el demonio descubre razones que aun por la ley de Dios parecen ser admitidas. Entre monjas, la que ha sido priora debe quedar toda la vida inhabilitada para otro oficio que no sea aquél; en cuanto a las antigüedades, no temáis que lo olviden, y hasta parece que tiene mérito en aquello porque lo manda la Orden.

2. Es la cosa más curiosa y más para la risa –o mejor dicho para llorar, y con gran razón– que se pueda pensar. Sí; porque la Orden no manda que yo no tenga humildad: lo manda para que haya orden. Pero yo no debo estar tan preocupada de este punto del orden, si cuido los otros imperfectamente: por lo que a mí me toca, que este punto lo miren otras y que me descuide yo. El caso es que, como somos aficionadas a subir –aunque por este medio no subiremos al cielo–, no nos gusta bajar. ¡Oh, Señor, Señor! ¿sois Vos nuestro modelo y maestro? Sí, por cierto. Pues, ¿en qué estuvo vuestra honra, Rey mío? ¿Por ventura la perdisteis al ser humillado hasta la muerte? No, Señor, sino que la ganasteis en provecho de todos.

3. ¡Oh, por amor de Dios! que hemos perdido el camino, porque lo hemos equivocado desde el principio; ¡quiera Dios que no se pierda alguna alma por cuidarse de estos negros puntos de honra! Y después llegaremos a pensar que hemos hecho mucho perdonando una nadería de éstas, que no tenía nada que ver con agravio, y como quien ha hecho algo importante vendremos a que nos perdone el Padre, puesto que hemos perdonado. Dadles a entender, Señor, que no saben lo que dicen y que van a pedir con las manos tan vacías como yo. Hacedlo por vuestra misericordia y por ser quien sois; en verdad, Señor, no veo que haya mérito alguno para que nos hagáis tan gran merced, si no es porque Él os lo pide, Él, que es siempre el agraviado y el ofendido.

4. Pero, ¡cómo debe apreciar el Señor este amarnos unos a otros!, porque habiéndole dado nuestra voluntad, se lo hemos dado todo, y esto no se puede hacer sin amor. Mirad, hermanas, lo que nos importa amarnos unas a otras y tener paz, que el Señor puso ésta ante todas las cosas que ofreció en nuestro nombre a su Padre, para que le pudiéramos decir os amamos y pasamos trabajos, y los queremos pasar por Vos, o por ayunos y otras obras (porque eso hace un alma que ama a Dios y le tiene dada su voluntad). Tal vez, como nos conoce por ser tan amigos de esta negra honra, y por ser reacios a pasar nada por Él, insistió mucho en ella, sabiendo que es para nosotros una cosa muy difícil de alcanzar; y es tan difícil, que después de haber pedido tantas cosas grandes para nosotros, la ofrece Él de parte nuestra.

Capítulo 65

EN QUE TRATA DE LOS EFECTOS QUE PRODUCE LA ORACIÓN CUANDO ES PERFECTA.

1. Pues tened muy en cuenta, hermanas, que dice “como perdonamos”, ya como cosa hecha. Entended que cuando el alma de oración y contemplación perfecta no sale muy decidida después de las cosas que Dios le da, si se le ofrece, pone por obra el perdonar cualquier injuria grave (no hablo de esas naderías); al alma a quien Dios hace llegar a esto, le da lo mismo ser estimada que no serlo, por el contrario, le molesta mucho más la honra que la deshonra.

2. Y podéis creer que si no sale con estos efectos, las mercedes no eran de Dios, sino del demonio: son ilusiones y regalos que os hacen parecer que es bueno que os consideréis más honrados. Y como el buen Jesús sabe que donde Él llega deja estos efectos, dice decididamente al Padre que perdonamos a los que nos ofenden.

3. Es cosa asombrosa cuán alta es la perfección de esta oración evangélica, así como lo es el maestro que nos la enseña; por eso hay motivos, hijas, que cada una la tome como suya. Me asombraba yo hoy, encontrando aquí, en tan pocas palabras, toda la contemplación y perfección, tanto que parece que no necesitáramos otro libro para estudiar fuera de éste. Porque hasta aquí ha enseñado el Señor desde los principios de la oración mental, hasta la muy alta y perfecta contemplación; de no estar escrito en otra parte, y también para no alargarme, habría que hacer un gran libro de oración sobre tan verdadero fundamento. Ahora el Señor va mostrando también los efectos que produce la oración y contemplación, cuando es de Dios.

4. Pensaba yo cómo Su Majestad no había explicado más estas cosas tan altas para que las entendiéramos; y pensé que como esta oración debía ser general para todo el mundo, para que cada uno pidiese lo suyo y se consolase pensando que lo entendía bien, lo dejó así, confuso. Bendito sea su nombre por siempre jamás, amén. Y por Él suplico yo al Padre Eterno que perdone mis ofensas y grandes pecados (pues yo no he tenido a quién, ni qué perdonar, y cada día tengo más de que Él me perdone), y me dé gracia para que algún día tenga yo algo que presentarle para pedir.

5. Pues habiéndonos el buen Jesús enseñado una manera de oración tan alta, y habiendo pedido por nosotros ser ángeles en este destierro, debemos empeñarnos con todas nuestras fuerzas a que junto a las palabras estén las obras. Debemos en algo parecer hijos de tal Padre, y hermanos de tal Hermano; Su Majestad sabe que, haciendo lo que decimos, el Señor no dejará de cumplir lo que le pedimos, y traerá a nosotros su reino y nos ayudará el Señor; porque nos lo pide su Hijo, y parece que hace algo como un acuerdo de nuestra parte con Su Majestad, como quien dice: haced Vos esto, Padre mío, y ellos harán esto otro. Pues es muy cierto que Él no faltará por su parte. ¡Oh, oh, que es muy buen pagador y paga muy sin medida!

6. De modo que podéis, hijas, decir esta oración una vez, y entendiendo que no tenéis doblez y que haréis lo que decía, os deja ricas de una sola vez. No andéis con dobleces, porque es muy amigo de que no se pretenda negociar con Él, ni podréis lograrlo, porque todo lo sabe; por el contrario, tratando con verdad y llaneza, siempre da más de lo que se le pide. Nuestro buen Maestro sabe que los que realmente llegan a esta perfección en el pedir, recibirán en alto grado las mercedes que les hará su Padre. Sabe que los que están

aquí, que tienen el mundo debajo de los pies, pueden tener grandísima esperanza –por los efectos que produce esta oración en sus almas–, de contentar al Señor; sumergidos en los regalos del mundo no querrían acordarse que hay otro mundo, ni que tienen enemigos.

7 ¡Oh, Sabiduría eterna!, ¡oh, buen enseñador! ¡Qué gran cosa es, hijas, un maestro sabio, temeroso, que previene los peligros! Es todo el bien, toda la seguridad que un alma espiritual puede tener en el mundo. No podría insistir con palabras en lo importante que es esto. Así que, viendo el Señor que era necesario despertarlos y recordarles que tienen enemigos, y cuán peligroso es para ellos el ir descuidados, y que necesitan mucha más ayuda del Padre Eterno para no caer ni andar sin ser engañados, hace estas peticiones.

Capítulo 66

QUE TRATA DE CÓMO TENEMOS NECESIDAD DE DECIR
“Y NO NOS DEJES CAER EN TENTACIÓN”. DICE Y EXPLI-
CA ALGUNAS TENTACIONES QUE PONE EL DEMONIO.

1. *“Y no nos dejes, Señor, caer en tentación, mas líbranos del mal”*. Grandes cosas hay aquí, hermanas, que debéis pensar y entender, puesto que lo pedís. Se entiende que los que lleguen a este punto de oración no pedirán al Señor que les quite los trabajos, ni que los libere de tentaciones y persecuciones y peleas, porque éste es un efecto muy cierto y muy grande que demuestra ser espíritu del Señor y no ilusión; por el contrario, los desean y los piden y los aman, y de ningún modo los aborrecen. Son como los soldados, que están más contentos cuando hay guerra, porque tienen esperanza de enriquecerse; y si no la hay, deben contentarse con su sueldo, que no les aprovecha mucho.

2. Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tratan de oración, no ven la hora de pelear. Nunca temen enemigos públicos; ya los conocen y saben que no tienen fuerza contra la fuerza que en ellos pone el Señor, y ellos siempre quedan vencedores y con ganancia y ricos, por eso nunca los evitan. A los que temen –y con gran razón, y siempre pidan al Señor los libre de ellos– es a unos demonios traidores, que se disfrazan y se transfiguran en ángeles de luz; hasta que no han hecho mucho daño en el alma no se dejan conocer, sino que nos andan bebiendo la sangre y acabando las vidas, y estamos en la tentación misma y no lo entendemos. Pedid, hijas, y pedid muchas veces en el Padrenuestro, que de éstos os libre el Señor, y que no permita que andéis en tentación, que no os engañen, que se descubra la ponzoña, que no os escondan la verdad. ¡Oh, con cuánta razón nuestro buen Maestro nos enseña a pedir esto, y lo pide por nosotros!

3. Mirad que de muchas maneras os dañan; no penséis que basta entender que los gustos son de Dios, porque éste es el menor daño; antes bien, muchas veces os harán caminar más de prisa y estar muchas horas en la oración.

4. Donde ellos pueden hacer gran daño para nosotros y para los demás, es en hacernos creer que tenemos virtudes, no teniéndolas, lo que es pestilencia; sin darnos cuenta, y pareciendo que vamos seguros, terminamos cayendo a un hoyo y no podemos salir de él. Y aunque no sea todas las veces un pecado mortal que nos lleve al infierno, nos debilita las piernas y nos impide andar en este camino de que hablé al comienzo, y que no se me ha olvidado. Ya veis cómo estará uno metido en un gran hoyo; allí se le acaba la vida, y harto hará si no se hunde más para llegar al infierno. El hoyo no aprovecha ni a sí ni a los demás, antes daña, porque, como está hecho, muchos de los que van por el camino pueden caer en él. Si logra salir y lo tapa con tierra, no hace daño ni a sí ni a los demás; pero yo digo que esta tentación es bien peligrosa.

5. Yo sé mucho de esto por experiencia y así os lo diré, aunque no tan bien como quisiera.

6. El demonio os hace entender que sois pobres, y tiene alguna razón, porque habéis prometido pobreza, pero sólo con la boca. Digo con la boca porque, si con el corazón entendiésemos lo que prometimos y lo prometiésemos, es imposible que el demonio nos pudiese tener veinte años y toda nuestra vida en esta tentación; veríamos que engañamos al mundo y a nosotros mismos. Ahora bien, cuando se ha prometido la pobreza y el que

piensa que es pobre dice “yo no quiero nada”, “tengo esto porque no puedo pasar sin ello”, “en fin, para servir a Dios tengo que vivir”, “Él quiere que sustentemos estos cuerpos” –porque todo esto es bueno–, y así le hace entender que es pobre, que esta virtud ya la tiene, y que está todo hecho.

7. Ahora vengamos a la prueba, porque esto no se conocerá sino vigilando mucho: si se tiene cuidado, pronto se delatará. Tiene demasiada renta para lo que necesita; tiene tres servidores cuando le basta con uno. Le ponen un pleito por algo de lo que tiene, o el pobre labrador le deja de pagar; tanto desasosiego le produce, tanto le importa, como si no pudiera vivir sin ello. Dirá que no puede permitir esa pérdida, y que todo son excusas. No digo yo que lo deje, sino que trate de recuperar lo suyo, si corresponde; y si no lo hace, es lo mismo, porque al verdadero pobre le importan tan poco estas cosas, que si por algún motivo le ocurren, jamás lo inquietan. Nunca piensa que le ha de faltar y si le falta, no se preocupa mucho; lo considera cosa accesoria y no principal. Como tiene pensamientos más altos, se ocupa de estos otros como de un trabajo.

Capítulo 67

PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA. ADVIERTE SOBRE UNAS HUMILDADES FALSAS QUE PONE EL DEMONIO.

1. Un religioso o religiosa –que ya lo es, o que lo será– no posee nada porque, a veces, nada tiene; pero si hay quien se lo dé, es raro que le parezca que le sobra. Siempre gusta de tener algo guardado, y si puede tener un hábito de fino paño, no lo pide de paño burdo; siempre tiene alguna cosita que pueda empeñar o vender –aunque sean libros– porque si viene una enfermedad necesita más cuidados que los habituales. ¡Pecadora de mí! ¡Qué!, ¿es eso lo que prometiste? Descuidaos de vos y dejad a Dios que provea, venga lo que viniere, porque si andáis preocupados por el futuro, más vale que –para no distraeros– tuvieseis cierta renta.

2. Aunque esto se pueda hacer sin pecado, es bueno que vayamos entendiendo estas imperfecciones, para darnos cuenta que nos falta mucho para tener esta virtud, y la pidamos a Dios y tratemos de tenerla. Porque sólo con pensar que la tenemos nos descuidamos y nos engañamos, que es lo peor.

3. Así nos ocurre con la humildad. Nos parece que no queremos honra, ni que se nos da nada de nada; viene la ocasión de que os tocan en un punto, y luego, en lo que sentís y hacéis, se entenderá que no sois humilde, porque si algo os llega para daros más honra, no lo desecháis. No lo desechan tampoco los pobres que hemos dicho, y reciben el provecho, y ¡quiera Dios que no sean ellos los que lo busquen! Tienen ya la convicción de que no quieren nada, no se les da nada de nada, y de verdad lo piensan.

4. Así que la costumbre de decirlo hace que más lo crean. Cuando estamos sobre aviso, luego se revela si es tentación, como en todas las demás virtudes; porque cuando de veras se tiene una sólida virtud de éstas, las trae todas consigo: es cosa muy conocida.

5. Pues guardaos, hijas, de unas humildades que pone el demonio con apariencia de gran inquietud por la gravedad de los pecados pasados: “si merezco acercarme al Sacramento”, “si me preparé bien”, “que no merezco vivir entre los buenos”. Cosas de éstas van viniendo con sosiego y regalo y gusto, cuando las trae consigo el conocimiento propio, y son de estimar; pero si vienen con alboroto e inquietud y apretamiento del alma, sin poder sosegar el pensamiento, creed que es tentación y no os tengáis por humildes, porque no vienen de ahí.

6. Así ocurre con penitencias desordenadas, para poner os en el pensamiento que sois más penitentes que los demás, y que hacéis algo importante; si al deciros vuestro confesor o prelado que no lo hagáis, y os da pena y volvéis a ello, es clara la tentación. Así es en todas las cosas; en especial no se os olvide ésta.

Capítulo 68

PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA, ADVIRTIENDO
SOBRE TENTACIONES.

1. El demonio me pone una seguridad de que de ningún modo volveré a ser la de antes, porque ya tengo entendido qué es el mundo. Esta tentación es la peor de todas, especialmente al principio, porque os hace aceptar las ocasiones, y así volvéis a desviar la mirada, y ¡quiera Dios que os levantéis de esta caída! Como el demonio ve que es alma que lo puede perjudicar, y obtener provecho para otras, hace todo lo que puede para lograr que no se levante.

2. En los gustos, si el Señor os lleva a contemplación y a daros particular parte de Sí, y muestras de que os ama, tened la advertencia de comenzar y acabar con conocimiento propio, y hablarlo todo con quien os entienda, porque aquí suele él asaltar de diferentes maneras. Hay muchos libros llenos de estos avisos, y no todos pueden darnos seguridad porque somos nosotros los que no sabemos entendernos.

3. Pues, Padre Eterno, no nos dejéis caer en esta tentación. Cosas públicas, con vuestro favor, vengan; pero estas traiciones, ¿quién las entenderá, Dios mío? Siempre necesitamos pedir os ayuda. Dadnos, Señor, alguna señal, para poder andar sin sobresaltos. Ya sabéis que no van muchos por este camino; y si han de ir con tantos miedos, irán todavía menos.

4. Cosa extraña es ésta, ¡como si a los que no tienen oración no los tentase el demonio! Todos se espantan más de uno que engaña por este camino, que de cien mil que ven irse al infierno por otros caminos. Y en verdad tienen razón, porque son poquísimos los que el demonio logra engañar entre los que rezaren el Padrenuestro con esta atención, aunque se atemoricen por ser cosa nueva y no usada. Es cosa muy de los mortales aceptar fácilmente lo que ven cada día, y espantarse de lo que nunca han hecho. Y los mismos demonios los hacen asustarse, porque a ellos les conviene; pierden mucho por uno solo que logre perfección.

5. Y digo que es tan de espantar, que no me asombra que se espante, porque –si no es por culpa propia– van mucho más seguros por este camino de la oración que los que van por otro camino, como los que están en el cobertizo mirando al toro, están más seguros que los que se les ponen en los cuernos. He oído esta comparación y me parece al pie de la letra. No tengáis miedo, hermanas, de ir por estos caminos; hay muchos en la oración, unos aprovechan de un modo, y otros de otro, como he dicho. Es camino seguro; más fácilmente os libraréis de la tentación estando cerca del Señor, que no estando lejos. Suplicádselo y pedídselo, como lo hacéis tantas veces al día en el Padrenuestro.

Capítulo 69

EN QUE ADVIERTE SOBRE ESTAS TENTACIONES, Y DA
EL REMEDIO, QUE ES EL AMOR Y TEMOR DE DIOS.
HABLA DEL TEMOR.

1. Y recibid esta advertencia, que no es mía sino de vuestro Maestro: tratad de caminar con amor y temor. Y yo os lo aseguro: el amor os hará apurar el paso, y el temor os hará caminar mirando dónde ponéis los pies para no caer. Con estas dos cosas, os aseguro que no seréis engañadas.

2. Me diréis que cómo lograréis ver que en verdad tenéis estas dos cosas tan grandes. Es fácil de ver; como dicen, los ciegos las ven. No son cosas secretas; aunque vos no queráis entender, ellas dan voces que hacen mucho ruido, porque no son muchos los que las tienen, y por eso se notan mucho más. ¡Como si no fuera nada: amor y temor de Dios! Son dos castillos fuertes desde los que se da guerra al mundo y a los demonios.

3. Quien de veras ama a Dios, ama todo lo bueno, quiere todo lo bueno, favorece todo lo bueno, alaba todo lo bueno, con los buenos se junta, siempre los defiende, abraza todas las virtudes; no ama sino verdades y todas las cosas que sean dignas de amar. ¿Pensáis que ama vanidades quien de veras ama a Dios? No puede; ni ama riquezas, ni cosas del mundo, ni honras, ni tiene contiendas, ni anda con envidias. No pretende otra cosa sino contentar al Amado. Se muere porque la quiera, y así pone la vida en entender cómo le agrada más. ¿Esconderse? Es imposible. Si no, mirad a un san Pablo, a una Magdalena; en tres días él comenzó a entender que estaba enfermo de amor, y la Magdalena en uno. ¡Y qué bien entendido! Porque hay más, y hay menos, y así, con la fuerza que tiene el amor, se da a entender: si es poco, se da a entender poco, si es mucho, mucho.

4. Pero en esto de que estamos hablando, o sea de los engaños e ilusiones que presenta el demonio a los que suben a contemplación perfecta y a cosas altas no hay poco; el amor es siempre mucho, y así se da a entender mucho, y de muchas maneras. Es un fuego grande, por fuerza ha de dar gran resplandor. Y si no hay esto, anden con gran recelo y crean que tienen mucho que temer; traten de entender qué es, hagan oraciones, anden con humildad, supliquen al Señor no los deje caer en tentación: es seguro que andan en ella si no hay esa señal. Pero andando con humildad, y tratando de saber la verdad, sujetas al confesor, el Señor es fiel: creed que, si no andáis con malicia y no sentís soberbia, con lo que el demonio pensare daros la muerte, os dará la vida. Sujetas a lo que tiene la Iglesia, no hay que temer; por muchos miedos e ilusiones que el demonio quiera poner, pronto se delatará.

5. Pero si sentís el amor de Dios que he dicho y el temor que os diré, andad alegres y quietas. Por causar turbación al alma para que no goce de tan grandes bienes, el demonio os pondrá mil temores falsos, y hará que otros os los pongan. Ya que no puede ganarnos, al menos trata que perdáis algo y que pierdan los que pueden ganar mucho, creyendo que es Dios el que hace tan grandes mercedes a una criatura tan ruin.

Capítulo 70

EN QUE TRATA DEL AMOR DE DIOS.

1. ¿Pensáis, hijas, que le importa poco al demonio poner duda en esto? Mucho gana, porque, además de otros daños, hace dos muy conocidos: uno, que pone temor para acercarse a la oración pensando que van a ser engañados; el otro, que impide a muchos el acercarse más a Dios. Porque creyendo que Dios es tan bueno que tanto se comunica con una persona tan ruin, muchos piensan que será así también con ellos, y tienen razón; yo conozco a algunos que han pensado así y en muy poco tiempo han recibido de Dios grandes mercedes.

2. Así que, hermanas, cuando entre vosotras entendierais que hay en alguna este amor, alabad a Dios por ella y dadle las gracias, y no por eso penséis que está segura; antes bien, ayudadla en la oración, porque nadie puede estar seguro mientras vive y anda expuesto a los peligros del mar donde navega. Como digo, luego se conoce dónde ese amor está. No se puede esconder que se ama a un hombrecillo o a una mujercilla, sino que mientras más eso se encubre parece que más se descubriera. (Se puede amar hasta a un gusano, lo que no merece el nombre de amor porque se funda en una insignificancia, y es un asco poner esta comparación). ¿Y se podrá encubrir un amor tan fuerte como el de Dios, fundado sobre tal cimiento, teniendo tanto que amar y tantas causas por qué amar? En fin, es amor y merece ese nombre, que lo han robado acá las vanidades del mundo. ¡Oh, válgame Dios, qué cosa tan diferente debe ser un amor del otro para quien lo ha probado!

3. Quiera Su Majestad dárnoslo a probar antes que nos saque de esta vida. Será gran cosa a la hora de la muerte (cuando vamos adonde no sabemos), haber amado sobre todas las cosas, y con pasión de amor que nos enajene, al Señor que nos ha de juzgar. Podremos ir seguros con el fardo de nuestras deudas: no será ir a tierra extraña, sino a propia, pues es la de Aquél a quien tanto amamos. Ésa es la mayor diferencia con los quererres de acá; que amándole, estamos bien seguras que nos ama. ¡Oh, hijas mías, acordaos aquí de la ganancia que trae este amor consigo y de la pérdida de no tenerlo, que nos pone en manos del tentador, manos tan crueles, tan enemigas de todo bien y tan amigas de todo mal!

4. ¿Qué será de la pobre alma que, salida recién de los dolores y trabajos de la muerte, luego cae en ellas? Negro descanso le llega, negro; despedazada irá al infierno. ¡Qué multitud de serpientes de todas clases, qué temible lugar, qué desventurado hospedaje! Si para una noche no hay quien sufra una mala posada, especialmente si es persona regalada (que son las que más deben ir allá), en una posada para siempre, siempre, para sin fin, ¿qué pensáis que sentirá aquella triste alma? No queramos regalos, hijas; bien estamos aquí; es sólo una noche la mala posada. Alabemos a Dios y cuidemos de suplicarle siempre que nos tenga de su mano, así como a todos los pecadores, y no nos deje caer en estas ocultas tentaciones.

Capítulo 71

QUE TRATA DEL CUIDADO QUE SE HA DE TENER EN CUANTO A PECADOS VENIALES.

1. ¡Cómo me he alargado! Pero no tanto como quisiera; porque si hablar del amor de Dios es cosa agradable, ¿cómo será tenerlo? ¡Oh, Señor mío, dádmelo Vos! No me vaya yo de esta vida hasta que no quiera nada de ella, ni sepa qué es amar a nadie fuera de Vos, ni ponga este nombre de amor en nadie, pues todo es falso; si es falso el cimiento, no dura el edificio. No sé por qué nos asombramos; cuando oigo decir “aquél me pagó mal”, “este otro no me quiere”, me río entre mí: ¿qué os tienen que pagar y qué os van a querer? En esto veréis quién es el mundo, pues vuestro mismo amor os da después el castigo; y esto es lo que os pesa, porque la voluntad se resiente mucho de que la hayáis traído ocupada en juegos de niños. Ahora vengamos al temor, aunque me gustaría hablar un rato de este amor de mundo, porque lo conozco bien –por mis pecados–, y me gustaría que lo conocierais para que os librarais de él para siempre; pero tengo que dejarlo porque me salgo del tema. El temor de Dios es cosa también muy conocida por el que lo tiene, y por los que están a su alrededor. Aunque al principio no está en todos tan crecido como para conocerlo bien, va aumentando su valor. Algunas personas –como he dicho– reciben del Señor tanto y tan rápidamente, y las sube a tan altos momentos de oración, que enseguida lo entienden bien; pero cuando no se tiene la gracia de este crecimiento –que, como he dicho, en un momento deja al alma rica de todas las virtudes–, va aumentando poco a poco. El temor y el amor de Dios siempre ayudan a conocerse más, porque luego nos apartan del pecado y de las ocasiones y de las malas compañías; y se ven también otras señales. Cuando el alma está en el crecimiento de la oración de que estamos hablando, el temor de Dios no se disimula, sino se da a conocer bien; a esta persona no la verán andar descuidada, sino que, aunque la vean tener mucho cuidado, Dios la tiene de manera que se ve muy claro su interés en no ofenderle. Si se la siguiese con gran cuidado, se verá que no hará voluntariamente un pecado venial; de los mortales huye como del fuego.

2. ¡Oh, qué gran cosa es no haber ofendido al Señor, para que los siervos o esclavos infernales no hagan cosa que no nos saque con más provecho! Porque todos ellos le deben servir, mal que les pese, sólo que ellos le sirven por fuerza y nosotros con toda nuestra voluntad; así que teniéndolo a Él contento, ellos se mantendrán a raya.

3. En vuestro interior tened este cuidado hasta que no os veáis con tan gran decisión de no ofender al Señor, que perderíais mil vidas por no cometer un pecado venial, y os dejaríais perseguir por todo el mundo. Me refiero a los pecados voluntarios, porque de los que no lo son, ¿quién estará sin cometer muchos? Hay una manera muy pensada de estar alerta; otra tan ligera, que hasta que no está hecha una culpilla, hasta que no se cometió, parece que no se entendiera. Pero un pecado, por chico que sea, que se entienda que se hace a sabiendas, Dios nos libre de él. Yo no sé cómo tenemos tanto atrevimiento para ir contra tan gran Señor, aunque sea en muy poca cosa; tanto más, que nunca es poco lo que se hace contra tan gran Majestad, sabiendo que nos está mirando. Éste me parece a mí un pecado sobrepensado; como quien dijera: Señor, haré esto aunque os pese; ya veo que lo veis y sé que no lo queréis y lo entiendo, pero yo prefiero seguir mi antojo antes que cumplir vuestra voluntad. A mí me parece que en una cosa así no hay poco.

4. Por amor de Dios, hijas, nunca os descuidéis en esto, como ahora –¡gloria sea al Señor!– lo estáis haciendo; mirad que importa mucho hacer costumbre y comenzar a entender qué cosa es y cuán grave es la ofensa a Dios. Intentad mucho saberlo y tratarlo en vuestros pensamientos, para que vayáis arraigando en vuestros corazones un muy claro temor de Dios. Hasta que el alma no entienda que lo tiene, necesita andar con mucho, mucho cuidado, y apartarse de todas las ocasiones y compañías que no la ayuden a acercarse más a Dios. En todo lo que hace, debe redoblar la voluntad en lo que dice, cuidar que sea edificante; huir de donde hubiere conversaciones que no sean de Dios. Se necesita mucho para arraigar en sí este temor de Dios; aunque, si de veras hay amor, luego Su Majestad lo da. El alma debe estar muy decidida a no hacer un pecado venial, ni por cosa creada ni por miedo a mil muertes; no importa que los hagamos después, porque por nuestra flaqueza no debemos fiarnos de nosotros. Cuanto más decididos, menos confiados debemos estar en nosotros, pues la confianza debemos tenerla en Dios. Si entendemos esto, no es necesario andar tan encogidos ni apretados, que el Señor y la costumbre nos ayudarán a no ofenderle; podremos andar con una santa libertad, tratando con las personas que fuere necesario, y mejor aún con las distraídas, porque no nos harán daño. Éstas, por el contrario, cuando hemos aborrecido el pecado, ayudan más a cumplir la buena determinación, porque hacen ver la diferencia que hay de lo uno a lo otro.

5. Y si el alma se empieza a encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno. A veces le da por ser escrupulosa y la veis inhabilitada para sí y para las otras; cuando no, será buena para sí, pero no llevará muchas almas a Dios si la ven con tanto encogimiento y apretura. Nuestra naturaleza es tal, que luego ahoga, y por no vernos en aquel apretamiento, se nos quitan las ganas de acercarnos mucho al camino de la virtud.

6. Y de aquí viene otro daño, que es juzgar mal a los otros que no van por ese camino, y lo hacen con más santidad y sin esos encogimientos; luego nos parecerán imperfectos. Si tienen alegría santa, nos parecerá cosa disoluta, en especial en personas como vosotras, que no tenéis letras ni sabéis bien lo que se puede hacer sin pecado. Es cosa muy peligrosa, y un andar en continua tentación, lo que es muy malo porque es un perjuicio del prójimo; el pensar que si no van todos por vuestro camino de encogimiento no van bien, es malísimo. Y hay otro daño: que en algunas cosas que tenéis que hablar y que será necesario decir, por miedo de ofender a Dios no os atreveréis a decir sino bien de cosas que sería bueno abominar.

Capítulo 72

HABLA CONTRA LOS ESCRÚPULOS. Y DICE ESTAS PALABRAS: “MAS LÍBRANOS DEL MAL”

1. Así que, hermanas, tratad de entender que Dios no mira tantas menudencias como vosotras pensáis y no dejéis que se os encoja el alma y el ánimo, porque se podrán perder muchos bienes; basta la intención recta y la voluntad decidida de no ofender a Dios. No dejéis arrinconarse a vuestra alma, porque en lugar de lograr más santidad sacará muchas más imperfecciones que el demonio le pondrá por otras vías. No aprovechará ni a sí ni a nadie.

2. Veis aquí cómo con estas dos cosas, el amor y el temor de Dios, podéis ir con quietud por este camino, sin que os parezca ver a cada paso el hoyo donde vais a caer, con lo que nunca acabaríais de llegar. Pero, como no se puede saber con certidumbre si tenemos estas dos cosas tan necesarias, y teniéndonos el Señor lástima por nuestra vida tan incierta entre tantas tentaciones y peligros, Su Majestad nos enseña que pidamos y Él lo pide para sí: *“Mas líbranos del mal, amén”*.

3. Digo que lo pide para Sí, porque bien se ve cuán cansado estaba de esta vida, cuando dijo en la cena a sus apóstoles que había deseado mucho aquella cena, que era la última de su vida;⁴⁸ por lo que se entiende cuán cansado debía estar ya de vivir. Ahora no se cansan los que tienen cien años, sino que desean estar siempre en esta vida. En verdad no la pasamos tan trabajosamente y pobremente como el buen Jesús. ¿Qué fue toda su vida, sino una cruz, con nuestra ingratitud siempre delante de los ojos, y viendo tantas ofensas como se hacían a su Padre, y tantas almas como se perdían? Pues si acá, una que tenga alguna caridad sufre gran tormento de ver eso, ¿qué sería para la caridad de este Señor? Y ¡qué razón tenía de suplicar al Padre que le librase ya de tantos males y trabajos y le pusiese en descanso para siempre!

4. Con el “amén” entiendo yo que, como parece que con él se acaban todas las cosas y razones, así pide el Señor que seamos libres de todo mal para siempre. No debemos pensar, hermanas, que mientras vivimos podemos estar libres de muchas tentaciones, imperfecciones y pecados; se dice que quien pensare estar sin pecado se engaña, y es así. Si hablamos de males del cuerpo y trabajos, ¿quién está sin muy muchos, de muchas maneras? Ni tampoco podemos pedirlo. Pues entendamos qué pediremos aquí, porque este decir “de todo mal” parece imposible, ya sea del cuerpo –como he dicho– o de imperfecciones y faltas en el servicio de Dios. De los santos no digo nada; todo lo podrán en Cristo, como decía san Pablo. Pero los pecadores como yo, que me veo rodeada de flojedad y tibieza y poca mortificación y muchas otras cosas, veo que necesitamos pedir remedio al Señor. Vosotras, hijas, pedid como os pareciere; yo, el remedio no lo encuentro viviendo, y así le pido que me libre de todo mal para siempre. ¿Qué bien encontramos en esta vida, hermanas, si carecemos de tanto bien y estamos ausentes de él? Líbrame, Señor, de esta sombra de muerte; líbrame de tantos trabajos, líbrame de tantos dolores, líbrame de tantos cambios, de tantos cumplimientos como los que estamos obligados a tener los que vivimos; de tantas, tantas cosas que me cansan y angustian, que si las dijese todas cansaría a quien esto leyese. No hay ya quien soporte vivir. Ese cansancio debe venirme de haber tan mal vivido, y de ver que tampoco lo que vivo ahora es como debe ser, pues debo tanto. ¡Oh, Señor mío, líbrame ya de todo mal y llévame donde están

⁴⁸ Lc 22, 15.

todos los buenos! ¿Qué esperamos aquí los que por experiencia tenemos algún conocimiento de lo que es el mundo, y los que tenemos alguna fe acerca de lo que el Padre Eterno nos tiene guardado? Como su Hijo lo pide, y enseña que pidamos, creed que no nos está bien vivir sin que deseemos estar libres de todo mal.

5. Lo de pedir esto con gran deseo y determinación es de grandísimo efecto para que la contemplación sea verdadera, y para que Dios acerque el alma a Sí; porque como empieza a entender algo de sus grandezas, querría ya verlas del todo. No quiere estar en una vida donde hay tantos impedimentos para gozar de tanto bien; desea estar donde no se ponga el sol de justicia; se le hace todo oscuro lo que después ve acá; de cómo viven una hora se espanta, pues no la deben vivir con contento. ¡Bonito es el mundo para gustar de él quien ha comenzado a gozar de Dios, y ha recibido acá su Reino, y no vive por su voluntad sino por la del Rey!

6. ¡Oh, cuán diferente vida es ésta para no desear la muerte! ¡Cuán diferentemente a la nuestra se inclina la voluntad de Dios! Ella desea la verdad, la nuestra la mentira; desea lo eterno, acá, lo que se acaba; desea cosas grandes y altas, acá bajas y de tierra; desea todo lo seguro, acá, todo lo dudoso. No cabe, hijas, sino suplicar a Dios que nos libre para siempre de todo mal. Ya que nuestro deseo no es tan perfecto, esforcémonos en hacer bien la petición. ¿Qué nos cuesta pedir mucho, si pedimos a un poderoso? Vergüenza sería pedir una monedita a un emperador. Y para no equivocarnos, dejemos a su voluntad el dar –pues ya le tenemos dada la nuestra– y sea para siempre santificado su nombre en los cielos y en la tierra, y en mí sea hecha su voluntad, amén.

Capítulo 73

EN QUE CONCLUYE.

1. Veis aquí, amigas, cómo es el rezar vocalmente con perfección, mirando y entendiendo a quién se pide y quién pide y qué es lo que se pide. Cuando os digan que no es bueno que tengáis otra oración más que la vocal, no os desconsoléis; leed esto muy bien y lo que entenderéis acerca de oración, suplicad al Señor os lo dé a entender. Rezar vocalmente no os lo puede quitar nadie, ni tampoco el no querer rezar el Padrenuestro de corrido sin entenderlo. Si alguna persona os lo quita y os lo aconseja, no le creáis; creed que es falso profeta y mirad que en estos tiempos no debéis creer a todos, porque, aunque no hay que temer de los que ahora os pueden aconsejar, no sabemos lo que está por venir.

2. También pensé deciros algo de cómo debéis rezar el Avemaría, pero me he alargado tanto, que esto se quedará, y bastará haber entendido cómo se reza bien el Padrenuestro, para todas las oraciones que tuviereis que rezar.

3. Ahora volvamos a la conclusión del camino que comencé a tratar, porque me parece que el Señor me ha quitado trabajo al enseñarnos, a vosotras y a mí, lo que debemos pedir en esta oración. Sea bendito por siempre, y es cierto que jamás pensé que había tan gran secreto en esta oración evangelical, que encierra en sí todo el camino espiritual desde el principio, hasta hacernos llegar a Dios y darnos abundantemente de beber en la fuente de agua viva de que hablamos. Por eso es que, salida de esta oración, ya no sé seguir adelante.

4. Parece que el Señor ha querido que entendamos, hermanas, la gran consolación que aquí está encerrada, y que aunque nos quiten libros, no nos pueden quitar este libro dicho por la boca de la misma verdad, que no puede errar. Y como tantas veces al día –como he dicho– decimos el Padrenuestro, regalémonos con él y tratemos de aprender de tan excelente Maestro la humildad con que ora, y todo lo demás que hemos dicho. Su Majestad me perdone por haberme atrevido a hablar de cosas tan altas; bien sabe que yo no me habría atrevido, ni mi entendimiento sería capaz para ello, si Su Majestad no lo pusiera delante de mí.

5. Pues, hermanas, parece que ya no quiere que diga más, porque aunque pensé seguir, no sé con qué. El Señor os ha enseñado el camino, y a mí que pusiese en el libro –el que he dicho que está escrito– cómo se llega a esta fuente de agua viva, y qué siente allá el alma, y cómo la sacia Dios y le quita la sed de las cosas de acá, y la hace crecer en las cosas del servicio de Dios. Para las que hubieren llegado a ella será de gran provecho y les dará mucha luz.

Tratad de conseguirlo con el Padre Fray Domingo Báñez, de la Orden de santo Domingo, que –como he dicho– es mi confesor y lo tiene, y a él dará éste. Si éste sirve para que lo veáis y os lo da, también os daré el otro; si no, considerad mi voluntad, que con este trabajo he obedecido lo que mandasteis. Y me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, sin tener que pensar en lo que debía decir de lo que el Señor me dio a entender sobre los secretos de esta oración evangelical, que me ha sido de gran consuelo.

Sea bendito y alabado sin fin, amén, Jesús.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

(por Fr. Camilo Maccise, OCD)

INTRODUCCIÓN

La oración en la escuela de Jesús

(por Fr. Maximiliano Herráiz, OCD)

1. Génesis y proceso redaccional
2. Oración y pedagogía
3. Jesús, Maestro y Amigo

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

De la causa que me movió a hacer este monasterio con tanta estrechez, y cómo se deben descuidar de las necesidades temporales, y del bien de la pobreza.

CAPÍTULO 2

Que trata de cómo se deben despreocupar de las necesidades corporales, y del bien de la pobreza.

CAPÍTULO 3

Que prosigue en la misma materia.

CAPÍTULO 4

Que trata de tres cosas muy importantes para la vida espiritual.

CAPÍTULO 5

De cómo, para tan gran empresa, es necesario animarse a alcanzar toda perfección; y cómo la oración es medio para ello.

CAPÍTULO 6

Habla de tres cosas. Explica primero qué es el amor del prójimo, y lo que dañan las amistades particulares.

CAPÍTULO 7

Trata de dos diferencias en el amor, lo que importa conocer cuál es el espiritual, y trata de los confesores.

CAPÍTULO 8

Prosigue en tratar de los confesores y lo que importa que sean letrados, y da consejos para tratar con ellos.

CAPÍTULO 9

Prosigue en esta forma de amor al prójimo.

CAPÍTULO 10

De lo mucho que se debe apreciar ser amado con este amor.

CAPÍTULO 11

Prosigue en la misma materia dando algunos consejos para ganar este amor.

CAPÍTULO 12

Comienza a tratar el gran bien que es intentar desasirse de todo, interior y exteriormente.

CAPÍTULO 13

El gran bien que hace a los que han dejado el mundo el huir de los deudos, y cuánto más verdaderos son los amigos que encuentran.

CAPÍTULO 14

De cómo lo anterior no basta, sin el desasimiento de sí mismas.

CAPÍTULO 15

Que trata de la humildad, y de cómo anda unida con estas dos virtudes: el desasimiento y la forma de amor de la que hemos hablado.

CAPÍTULO 16

Prosigue en la mortificación que deben adquirir en las enfermedades.

CAPÍTULO 17

Cómo el verdadero amador de Dios ha de considerar poco la vida.

CAPÍTULO 18

Que prosigue diciendo cómo el que quiere avanzar debe considerar poco la honra.

CAPÍTULO 19

Cómo se debe huir de las razones del mundo para llegar a la verdadera razón.

CAPÍTULO 20

Lo mucho que importa no permitir que profese ninguna cuyo espíritu sea contrario a las cosas que se han dicho.

CAPÍTULO 21

Prosigue en lo mucho que esto importa.

CAPÍTULO 22

Que trata del gran bien que hay en no disculparse aunque se vean condenar sin culpa.

CAPÍTULO 23

Prosigue en la misma materia.

CAPÍTULO 24

Que trata de cuánto ha sido necesario lo que se ha dicho, para comenzar a tratar de oración.

CAPÍTULO 25

De la diferencia que tiene que haber entre la perfección de vida de los contemplativos, Y la de los que se contentan con la oración mental.

CAPÍTULO 26

En que trata cómo es posible algunas veces que Dios suba un alma de esta vida a perfecta contemplación, y la causa de ello. Es muy importante este capítulo.

CAPÍTULO 27

Cómo no todas las almas son para contemplación y cómo algunas llegan a ella tarde, y cómo el verdadero humilde ha de ir contento por el camino en que lo lleva el Señor.

CAPÍTULO 28

Lo mucho que se gana al conseguir la contemplación, y lo malo que sería quedar sin ella por culpa nuestra.

CAPÍTULO 29

Que prosigue en la misma materia, y dice cuánto son mayores los trabajos de los contemplativos que los de los activos. Es de mucho consuelo para ellos.

CAPÍTULO 30

Que comienza a tratar de la oración. Se dirige a almas que no pueden discurrir con el entendimiento.

CAPÍTULO 31

Que trata de una comparación que explica algo acerca de la contemplación perfecta.

CAPÍTULO 32

En que trata cómo se han de moderar, a veces, los ímpetus sobrenaturales.

Capítulo 33

En que trata cómo, por diferentes vías, nunca falta consuelo en el camino de la oración.

CAPÍTULO 34

Que persuade a las hermanas para que despierten a oración a las personas que trataren.

CAPÍTULO 35

En que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación, y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone para comenzar.

CAPÍTULO 36

Prosigue en la misma materia, y denuncia este engaño, y cómo no deben dar crédito a todos.

CAPÍTULO 37

En que explica qué cosa es oración mental.

CAPÍTULO 38

Prosigue en la misma explicación de oración mental.

CAPÍTULO 39

Lo que importa que no vuelva atrás quien ha comenzado este camino de oración; vuelve a insistir en que debe ser con gran decisión.

CAPÍTULO 40

En que trata de oración vocal con perfección, y cómo la oración mental anda junta con ella.

CAPÍTULO 41

Lo mucho que gana un alma que reza con perfección vocalmente, y cómo Dios la levanta a cosas sobrenaturales.

CAPÍTULO 42

En que va explicando la manera de recoger el pensamiento, y da medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan.

CAPÍTULO 43

Prosigue en lo mismo, y comienza una devota y provechosa manera de rezar el padrenuestro.

CAPÍTULO 44

En que trata del amor que nos mostró el Señor en estas primeras palabras: "Padre nuestro que estás en los cielos".

CAPÍTULO 45

En que trata de lo importante que es no hacer ningún caso del linaje, cuando de veras se quiere ser hija de Dios.

CAPÍTULO 46

Comienza a tratar de recoger el entendimiento.

CAPÍTULO 47

En que comienza a tratar de oración de recogimiento.

CAPÍTULO 48

Pone una comparación y propone un modo para acostumbrar al alma a andar dentro de sí.

CAPÍTULO 49

Prosigue en la misma materia. Es muy provechoso.

CAPÍTULO 50

En que dice el gran provecho que se saca de este modo de oración.

CAPÍTULO 51

Lo importante que es entender lo que se pide en la oración.

CAPÍTULO 52

Que trata de estas palabras: "Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino". Comienza a explicar la oración de quietud.

CAPÍTULO 53

Prosigue explicando la misma oración de quietud. Es muy notable.

CAPÍTULO 54

Que trata de estas palabras: "Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra", y lo mucho que hacemos si las decimos con determinación.

CAPÍTULO 55

Cómo los religiosos están obligados a que no sean palabras, sino obras.

CAPÍTULO 56

Trata de lo que da el Señor después que nos hemos entregado a su voluntad.

CAPÍTULO 57

En que trata la gran necesidad que tenemos de hacer esta petición de "pan nuestro".

CAPÍTULO 58

Que trata de lo mucho que hizo el Padre Eterno al querer que su Hijo se nos quedase en el Santísimo Sacramento.

CAPÍTULO 59

Expone una exclamación al Padre.

CAPÍTULO 60

Que trata de esta palabra que dice "cotidiano".

CAPÍTULO 61

Que prosigue en la misma materia. Pone una comparación. Es muy bueno para después de haber recibido el Santísimo Sacramento.

CAPÍTULO 62

En que trata del recogimiento que se debe tener después de haber comulgado.

CAPÍTULO 63

Trata de estas palabras: "Perdónanos nuestras ofensas".

CAPÍTULO 64

En que habla contra las demasiadas honras.

CAPÍTULO 65

En que trata de los efectos que produce la oración cuando es perfecta.

CAPÍTULO 66

Que trata de cómo tenemos necesidad de decir "y no nos dejes caer en tentación". Dice y explica algunas tentaciones que pone el demonio.

CAPÍTULO 67

Prosigue en la misma materia. Advierte sobre unas humildades falsas que pone el demonio.

CAPÍTULO 68

Prosigue en la misma materia, advirtiendo sobre tentaciones.

CAPÍTULO 69

En que advierte sobre estas tentaciones, y da el remedio, que es el amor y temor de Dios. Habla del temor.

CAPÍTULO 70

En que trata del amor de Dios.

CAPÍTULO 71

Que trata del cuidado que se ha de tener en cuanto a pecados veniales.

CAPÍTULO 72

Habla contra los escrúpulos. Y dice estas palabras: "Mas líbranos del mal"

CAPÍTULO 73

En que concluye.

[CUARTA DE FORROS]

Los místicos son el vértice de la conciencia cristiana y, por ello, sus experiencias y su doctrina son siempre actuales. Ellos enseñan actitudes básicas para responder al Señor de la historia, que cuestiona e interpela en cada época. Con todo, sucede en ocasiones, que el lenguaje que utilizan para transmitirnos su mensaje puede dificultar su lectura y comprensión.

La presente edición de los libros de Teresa de Ávila, primera Doctora de la Iglesia, sale al encuentro de esa dificultad para ayudar a superarla a quienes desean acercarse a una experiencia espiritual y una doctrina que han marcado profundamente la vida de la Iglesia en los cuatro últimos siglos.

Al editar esta adaptación de la Sra. Ángela Nattero Ferrero al castellano actual se quiere facilitar el acceso a todos los grandes libros teresianos para que los cristianos de hoy puedan aprovechar la riqueza humana y espiritual que nos transmiten. Después de un primer acercamiento a ellos en este lenguaje actualizado, será más fácil leerlos en el castellano del siglo XVI que ha hecho de santa Teresa una de las cumbres de la literatura castellana.

Nuestra edición cuenta también con la riqueza de las introducciones que hace a cada una de las obras el P. Maximiliano Herráiz, uno de los mejores especialistas teresianos.

Camilo Maccise